



LA BIBLIOTECA DEL
MUSEO BARCELONÉS

LOS BENEDICTINOS Y LA CIENCIA

No es posible hablar de la Orden benedictina sin el mayor entusiasmo y sin que vibre en el lenguaje el acento ardoroso de la más profunda gratitud.

Ella fué la que salvó á Europa: su fundador es el patriarca del progreso; sus hijos, los apóstoles de la ciencia. Sus conventos prestaron asilo seguro y deleitoso á las letras, amigas de la soledad y del silencio, que huían asustadas de la vista espantable de los feroces hijos de la Escandinavia; y fueron el arca santa donde se conservó inalterable, vivo y luciente el fuego sagrado de la cultura, próximo á extinguirse al soplo helado é impetuoso del huracán de las invasiones.

De los crímenes cometidos por las revoluciones modernas, difícilmente ninguno tan repugnante como la variedad de sacrílegas manifestaciones de odio satánico, de que se hizo objeto á los mismos á quienes tanto deben todas las naciones europeas.

Nos creemos grandes porque vamos en hombros de cientos de generaciones: sin los tesoros de la tradición científica, pobre y en gran manera menguado quedaría el caudal de nuestras ideas: la antigüedad sabia nos ha legado obras que no sólo no hemos podido superar, sino que nos creemos felices sólo en comprender. Sin la Orden benedictina, las luces

de Atenas y de Roma no habrían brillado para nosotros; y serían como si no hubiesen sido los resplandecientes destellos que fulguraban con la fosforescencia de la idea en las tumbas de imperios en que se meció la cuna de los genios más portentosos del orbe.

Los bárbaros odiaban intensamente las expresiones todas del arte y de la sabiduría: bajo su hacha destructora venían á tierra los monumentos más hermosos, gala y ornato de los siglos de Augusto y de Pericles: el incendio, que señalaba su paso entre montones de escombros y sobre charcos de sangre, reducía á cenizas volúmenes inestimables en que filósofos profundos habían condensado por modo admirable las intuiciones deslumbradoras de su espíritu, las irradiaciones de su saber universal y los frutos sazonados y regaladísimos de sus trabajos, sudores y vigilias; ó donde se guardaban las notas dulcísimes y los acentos arrebatados y solemnes que arrancaron de las cuerdas de la lira y con que hicieron resonar la trompa épica poetas inspirados, deleite de las Muses. Las hordas salvajes del Norte llevando, como en alas del huracán, por toda la tierra civilizada, á impulsos de la venganza y del fanatismo, en una mano el martillo de Thor y en otra la tea de los festines de la muerte, hicieron temblar bajo los cascos de sus caballos las plazas desiertas de todas las ciudades.

Entonces fué, en medio de aquel diluvio de fuego, de aquel aluvión de sangre y de ruinas, de aquella tempestad de odios salvajes y rencores inextinguibles, de aquella hecatombe inmensa sin ejemplo en la historia, cuando el espíritu de Elías descendió sobre Benito de Nursia, y la fama de sus asombrosos milagros y los resplandores fulgentísimos de sus heroicas virtudes congregaron á su derredor, en el desierto de Subiaco y en los bosques de Monte-Casino, á los espíritus más generosos y mejor templados de su época, aguijoneados por el deseo de buscar la felicidad eterna propia mediante el trabajo en beneficio de la felicidad temporal del prójimo.

Su misión fué en un principio eminentemente conservadora y la más á propósito para cimentar el derrumbado edificio levantado al saber por los incesantes esfuerzos de cien

viriles generaciones: era preciso antes que nada recoger los escombros aprovechables y reunir los materiales dispersos por la saña del aquilón; guardar cuidadosamente durante el largo y crudo invierno de la primera parte de la Edad Media los gérmenes prolíficos de la cultura, al calor de los grandes ideales del Cristianismo, en el amante regazo de la Iglesia, hasta que pudieran sembrarse convenientemente en las nuevas sociedades que descansaban ya tranquilas á la sombra del cayado de Pedro y se les viera desarrollarse con aquella maravillosa florecencia que en el siglo XIII, el siglo más grande de la historia, se dejó ver pomposa y lozana en las severas páginas de la *Suma teológica*; mostró la variedad brillantísima de sus formas y de sus colores en las florestas literarias del *Paraíso perdido*, y halló su expresión más adecuada en los poemas de piedra de las catedrales góticas, cuyas líneas ondulantes, como las llamas de un incendio, cuyas espirales retorcidas, imagen de los desesperados esfuerzos con que intentábase realizar el ideal de la belleza, y cuyas altísimas torres elevadas al cielo como brazos gigantes de una generación de titanes, revelan el espíritu esforzado, idealista y fervoroso de sus constructores.

Cada casa benedictina tenía su biblioteca, que se consideraba como una de las piezas más principales y se rodeaba de fuertes muros, cubriéndola con espesas bóvedas para preservarla de las llamas en caso de incendio: los volúmenes más interesantes solían estar sujetos á la pared con duras cadenas para librarlos de la rapacidad, que si lograba arrancarlos de su sitio, quedaba ella amarrada con otras más terribles, con las de la excomunión mayor, temida entonces como nunca.

Para buscar una obra curiosa, para enriquecer la librería con un volumen interesante hacían los benedictinos viajes largos, difíciles y penosos, sin reparar en gastos ni en sacrificios de ninguna especie, con el fin no sólo de recrear su espíritu é ilustrar su inteligencia con la lectura, sino que también para transmitirlos á la posteridad, librándolos de la destrucción á que se exponían en las casas de los particu-

lares en aquellos tiempos de espantosa confusión y de continuas revueltas.

Es cosa que admira leer los catálogos de las bibliotecas benedictinas en el largo período de la Edad Media. Según Hurter, la abadía de Croyland poseía en el siglo XI nada menos que tres mil volúmenes. Dos siglos después la de Glastonebury se enorgullecía legítimamente con su selecta colección de cuatrocientos tomos, entre los que se contaban muchos de poesía y de historia romana. En aquel mismo tiempo se veían entre los doscientos cuarenta y siete infolios del convento de Benedictbeuren las obras de Horacio, de Virgilio, de Lucano y de Salustio. El de San Miguel, cerca de Bamberg, era famoso por su riquísima biblioteca, que guardaba inestimables tesoros literarios de la antigüedad clásica, así pagana como cristiana, sin que apenas dejase de tener representación en ella ninguno de los poetas latinos. Aun con todo, á pesar del exquisito cuidado que ponían los monjes en la adquisición y custodia de los libros más interesantes, ya fueran de autores católicos, ya de gentiles y aun de herejes, se han perdido, para desdicha de las letras, millares de volúmenes, que sólo conocemos por los encomios y ponderaciones con que los encarecieron sus coetáneos. ¿Qué sería si no hubieran existido desde principios del siglo VI, sin interrupción, millares de personas esparcidas por toda la redondez de la tierra y viviendo en lugares apartados y seguros, para, según la regla que se habían obligado á cumplir, dedicarse, libres de los cuidados y de las ambiciones del mundo, con todo el ardor y constancia de quien espera por sus trabajos eterna recompensa, á recoger y copiar ejemplares de obras importantes, entonces muy raros y de grandísimo precio?

No había ningún monasterio de importancia que no tuviese su *scriptorium*, oficina de la inteligencia, donde se suplía la falta del arte de imprimir, con un trabajo tan ilustrado como continuo y con un esmero y una asiduidad que han hecho para siempre famosa la paciencia benedictina. Recoger manuscritos sin procurar su reproducción, era sólo preservar de la ruina por algún tiempo á la ciencia. Hombres

de sacrificio y de abnegación, no enriquecían, lo diremos otra vez, sus bibliotecas los benedictinos para su exclusiva instrucción y deleite. Si durante aquellos siglos de sequía y esterilidad del ingenio humano recogían en las profundidades de sus monasterios los hilos de agua de la tradición, depurándola del lodo de la herejía, era para formar manantial abundantísimo cuyos limpios raudales, encauzados y dirigidos convenientemente, llevaran la fecundidad y la vida á los más apartados países. Juntaban en uno los haces dispersos de la luz de la inteligencia; mas para hacerlos pasar por la lente convergente de su estudio, formando potente foco cuyos rayos deslumbradores pudieran romper las densas nieblas de ignorancia y de barbarie que envolvían al mundo.

Mientras unos se dedicaban á desmontar bosques, á canalizar torrentes y á construir ciudades, sus compañeros de hábito, profesores antes quizá de las entonces desiertas academias ó nobles de la más ilustre prosapia, olvidados de todo lo existente para consagrarse no más que á Dios y al porvenir de la ciencia, consumían la mayor parte de las horas del día, y todos los días del año y todos los años de una existencia que solía prolongarse notablemente, sentados ante un pupitre copiando códices con esmero tan exquisito, con perfección tan acabada y adornándolos á veces con iluminaciones, miniaturas, letras capitales y viñetas tan hermosas, que no hay palabras para ponderar debidamente su belleza y elegancia.

A veces la vida entera de un hombre no bastaba para dar término á la reproducción de un códice: el que había escrito el *Incipit liber*, fórmula generalizada por el *Doctor Máximo* y nuestro compatriota Orosio, no siempre podía llegar al *Explicit feliciter*; y al bajar á la tumba, cedía el puesto y el *graphium*, el *calamus* ó el *arundo* á otro compañero; y así, añadiendo vidas á vidas, se lograba dar cima á trabajos que son el asombro de este siglo ligero del vapor y de la electricidad.

En ocasiones el *scriptor* ponía su firma al fin del volumen trasladado; pero era lo más frecuente omitirla, escribiendo en su lugar sencilla y conmovedora acción de gracias al

Ser Supremo. Para aquellos hombres de superior y extraordinario temple de alma eran lo de menos, en comparación con el cumplimiento del deber, los elogios de la posteridad. Al lado de su mesa de escribir veían al ángel custodio con dorada pluma en la mano, consignando por modo imborrable con áureos caracteres sus actos de abnegación y de sacrificio; y tenían por averiguado é indiscutible que las gotas de sudor vertidas en beneficio de la humanidad y de la ciencia un Dios, para quien nada pasa inadvertido, las trocaba en brilladores diamantes que resplandecerían indefectiblemente en su diadema de triunfo.

Como la oscura abeja que en las largas horas del crudo invierno labra solitariamente panal sabrosísimo, así la Orden benedictina, en la interminable noche de la Edad Media, gastó todas sus fuerzas y energías en libar en las flores de la erudición clásica el jugo vital de la ciencia, que elaborado y transformado convenientemente en la soledad y en el silencio, había de ser alimento dulcísimo para las futuras generaciones, algunas de las cuales, sin embargo, despreciarían á quienes, sin interés ninguno humano, y solamente por su amor al prójimo, conservaron y perfeccionaron el sustento de la inteligencia en beneficio de las más remotas edades. El virgiliano *Sic vos, non vobis, mellificatis, apes*, es aplicable exactamente á los antiguos benedictinos.

El viajero que, en alas del vapor, atraviesa las montañas, cruza los torrentes y salva los precipicios, no suele acordarse de la falange de obreros que consumieron su vida en las entrañas de la tierra horadando los peñascos y construyendo el túnel por donde vuela la locomotora suprimiendo las distancias. Cuando se ve en el Océano la isla madreporica, cubierta de hermosura, encantada la vista con su belleza, no se atiende al sinnúmero de pólipos que la formaron. Hoy que está al alcance de una mediana fortuna el adquirir rica biblioteca, y tantos medios hay para consultar sin gran dispendio ni trabajo toda clase de libros, es difícil formarse idea exacta de la incesante y prolongada labor que emplearon los benedictinos al objeto de enriquecer sus librerías y transmitir á la posteridad cuantiosa suma de conocimientos, base

indispensable para levantar el majestuoso edificio que enorgullece con justicia á la ciencia contemporánea.

Á la vez que las obras de la antigüedad, atendían con singular esmero los benedictinos á conservar, fijándolos por medio de la escritura, los hechos más notables de sus contemporáneos. Las crónicas de los monjes de San Benito son insustituíbles en algunas épocas, y si por un momento se prescindiese de ellas, faltaría el hilo de Ariadna para salir del laberinto inextricable de lo pasado; denso velo de tinieblas cubriría puntos muy culminantes de la historia, y quedarían en la narración inmensas lagunas muy difíciles de llenar por otro medio. Hay en ellas un fondo de sinceridad, un cierto candor infantil, tal acento de convicción y tanto cuidado en no alterar á sabiendas la verdad, que por esto solo podría perdonárseles las muchas faltas que, á la luz de la crítica moderna, cometen en la forma y en la sustancia de la narración. No se comprende cómo algunos historiadores, por ejemplo, Vicetto en su *Historia de Galicia*, olvidando todo el bien que han merecido de las ciencias históricas, por no más que haber puesto á las veces mayor diligencia en contar los sucesos religiosos, que no los políticos y militares, dirigen feroces y brutales recriminaciones á los benedictinos, que no pudieron sustraerse á las influencias del medio ambiente literario de su época, y debían no perder de vista que la brevedad era necesaria si habían de sacarse muchas copias á fin de que el libro, con el correr del tiempo, no viniera á perderse.

La imparcialidad nos obliga á advertir lo que, por otra parte, no es necesario teniendo en cuenta que el hombre no deja de serlo por cubrirse con un hábito religioso, ni pierden su brío las pasiones con encerrarlas en la soledad de un claustro: los benedictinos no en todas partes ni igualmente en todos los tiempos se conservaron fieles á su misión civilizadora y á la austeridad de la sapientísima regla que les impuso el santo patriarca. Es horrible la descripción que varios Concilios, como los de Trosly y de Metz, hacen del estado de la vida religiosa en determinadas épocas. Pero una singular providencia velaba por el esplendor de esta Orden,

y á la corrupción no tardaba en seguir una completísima y general reforma.

Decaída ya á principios del siglo VIII la disciplina monástica á consecuencia de los trastornos sociales de aquel tiempo, encontró en San Bonifacio un restaurador ilustre á quien debieron su origen los famosos conventos de Hersfeld y de Tulda, en Alemania. La necesidad de nueva reforma se dejó sentir bien pronto, y entonces un segundo Benito, el de Aniana, hizo reflorar en la Orden las virtudes que ilustraron su cuna.

Empero la restauración más importante, por su influencia extensísima y por su larga duración, debióse á los monjes cluniacenses, en cuyos primeros abades, Bernón, Odón, Aymar, Mayeul, Odilón y Hugo, parecía resucitada, con el celo de los apóstoles, la austeridad de los primitivos anacoretas, por lo que muy pronto numerosos monasterios de toda la cristiandad, sin excluir á España, se pusieron bajo su dirección y dependencia. Dos siglos más tarde vino la tibieza y languidez, que produjo en breve una saludable reacción iniciada por Roberto en los últimos años del siglo XI estableciendo la congregación del Cister, de la que fué el sapientísimo San Bernardo el miembro más ilustre.

La Orden de los cartujos, fundada por aquel tiempo sobre la de los benedictinos, inspirábase como la primitiva de éstos en el amor más entusiasta y decidido á la ciencia, y su fundador, por hablar con un moderno historiador alemán, «les impuso por deber el sacar copias de los autores antiguos y de las actas más importantes, á fin de asegurarles títulos al agradecimiento de las futuras generaciones».

La reforma que bajo la protección del Cardenal Richelieu hizo de los benedictinos en Francia el Prior de San Vannes, Didier de La Cour, con el nombre de Congregación de San Mauro, fué también provechosísima para la ciencia. De ella salieron Montfaucon, Martene, D'Achery, Mabillon, Ruinart, Durand, Nourry y tantos otros que nos legaron eruditísimos trabajos sobre la antigüedad y cuyo nombre es su mayor elogio.

Los servicios hechos á la ciencia por la Congregación de

San Mauro han sido estudiados en sus diversos aspectos por el erudito Herbst.

Pero hay un trabajo que basta por sí solo para proclamarla digna de una gratitud eterna por parte de todos los sabios. La edición que después de un siglo de incesante é ilustradísima labor publicaron de los Santos Padres los benedictinos franceses, aunque no está completa ni se nota el mismo cuidado y esmero en cada uno de los 150 volúmenes, es la principal de todas las que existen, en juicio del sapientísimo Jessler, é hizo memorable para siempre la erudición de los maurinos.

Es cosa que asombra el considerar cuánto estudio debieron poner aquellos religiosos para venir á resultado tan por todos conceptos admirable. Sabido es que por lo común los Padres usaban de amanuenses, *notarii*, para escribir sus obras, los cuales expresaban con signos abreviados, *tachigraphia*, lo que se les dictaba, dejando á otros escribientes, *kaligraphi*, el cuidado de poner en limpio y en forma de *códice* ó de volumen las palabras del escritor. Por mucha que se suponga la pericia de los que antes de la fundación de la Orden benedictina se dedicaban al comercio de libros sacando copias manuscritas, *librarii*, era muy fácil incurrir en equivocaciones de bulto y trascendencia; por eso fué que algunos antiguos autores, al final de sus libros, conjuraban, por Jesucristo y por el juicio supremo, á los copiantes para que tuviesen cuidado en la transcripción y no les atribuyeran lo que no habían dicho.

Prescindiendo de las malas artes de los herejes, que procuraban corromper el texto de los primeros escritores eclesiásticos en todo lo que se oponía abiertamente á la perversidad de sus doctrinas; dejando á un lado la necia y estúpida piedad de algunos católicos, que para defender una religión santa, y no necesitada de semejantes procedimientos, intercalaban en los testimonios de la tradición proposiciones que no se hallaban en ellos; y omitiendo ahora el atrevimiento de que más de una vez daban muestras los libreros, metiéndose á corregir ó modificar lo que en su ignorancia tenían por defecto del autor, aparece innegable la facilidad con que

aun empleando el cuidado más solícito, podía alterarse le texto, dado el sistema de escribir que se estilaba en los primeros siglos, cuando sólo se usaban las letras mayúsculas, sin ligadura alguna, en una serie continua en que no se separaban las palabras y se omitían los acentos y todos los signos ortográficos, que tanto ayudan al lector.

Para dar con la lección verdadera entre tanta variedad como presentaban los códices patológicos y publicar una edición tan, humanamente hablando, perfecta, aparte de inmensos esfuerzos de crítica y de agudeza de ingenio, tuvieron que hacer los benedictinos trabajos colosales en la comparación y estudio de las variantes de los manuscritos, depurándolos de elementos extraños y restituyendo el texto á su prístina verdad.

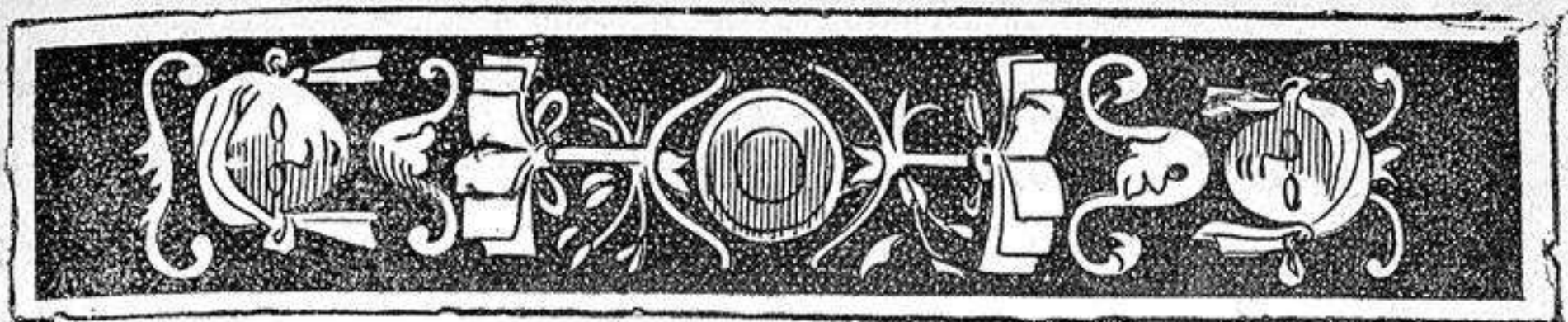
Y no se juzgue, en vista de lo que ligeramente apuntado queda, que sólo trabajo de erudición debe la ciencia á los benedictinos. Ellos, amén de salvar las letras en los tiempos feudales y propagarlas entre los pueblos con su predicación, y fundando al lado de cada iglesia un establecimiento docente donde, sobre todo cuando decayeron las escuelas episcopales, se educaba é instruía al clero y recibían la luz de la sabiduría los hombres á quienes Dios destinaba para alumbrar el mundo desde el alto candelabro de la Iglesia, desplegando libremente las alas poderosas de su genio por los amplios horizontes del humano saber, hicieron con maravillosos inventos progresar las ciencias experimentales, y produjeron obras literarias dignas del mayor elogio.

Si no fuera tan evidente, para convencerse de ello bastaría echar una ligera ojeada á la historia de la ciencia.

ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ,

Magistral de Lugo.





NOMBRES DE LAS CALLES DEL ANTIGUO SAN SEBASTIÁN

Cuando el ilustrado escritor D. Carmelo de Echeagaray publicó las *Investigaciones históricas de Guipúzcoa*, analicé su obra, en estas mismas páginas, con el detenimiento que merecía, fijándome en los pormenores relativos á la influencia gascona en la vieja Easo, como ciertas ceremonias religiosas, análogas á los ritos de los templos vasco-franceses, introducidas en la época en que se hallaba incorporada á la diócesis del obispado de Bayona, y la conservación de diversos nombres gascones en la capital de la provincia y en sus cercanías.

Urgull, *Mirall*, *Pumarguer* y *Morlans* revelan su origen francés; pero añadí que había en San Sebastián otros de igual procedencia, citando la etimología de la palabra *Puyo* y de su diminutivo *Puyuelo*, aplicado á una de las calles, y expliqué también que el nombre de *Embeltrán* debe derivarse de la contracción de *Mosén Beltrán*, conservado todavía en Cataluña y en las regiones en donde subsiste el lemosín. Las denominaciones de otras vías del casco antiguo, como *Esterlines* y *Narrika*, se derivan de muy distintas fuentes, contribuyendo á confirmar el carácter cosmopolita de la ciudad eúskara durante los agitados tiempos de la Edad Media.

La tiranía y los vejámenes que hacían sufrir los señores feudales á los pueblos enclavados bajo la férula de sus almenados castillos, originaron en el Norte de Europa la fuga de los vasallos que, agrupándose en el litoral marítimo ó en las márgenes de los ríos navegables, fundaron varias ciudades constituídas, para garantía de las libertades públicas, al amparo del Trono, ó en forma de repúblicas municipales. La vida comunal despertó el espíritu de emulación y de progreso en sus habitantes, y como la prosperidad de estas ciudades y su floreciente comercio excitara la codicia de los corsarios, viéronse precisadas Hamburgo y Lubeck á constituir en el siglo XIII una alianza defensiva, á la que se fueron incorporando sucesivamente las poblaciones más importantes de Alemania, constituyendo la Confederación llamada *Hansa* teutónica, palabra equivalente á *unión*.

Para fomentar la marina mercante, se concedió el monopolio de los fletes á las naves propias, y á falta de marina de guerra sostenida por los soberanos, tuvo que crearla la Liga anseática, á fin de prestar la debida protección á su tráfico mercantil. Los Reyes de Inglaterra le otorgaron grandes privilegios en sus factorías de Londres, y fundó el *Hansa* sucursales en Brujas, en Rusia y en Noruega. Tenían los ingleses tan escasa experiencia comercial durante el reinado de Eduardo II que, según Hume, monopolizaban los anseáticos el tráfico exterior, hallándose en estado miserable la marina británica.

Así como las ciudades libres de Alemania abarcaban á la sazón el comercio del Norte de Europa, Flandes y Brabante constituían la región esencialmente manufacturera, siendo Brujas la Venecia del Septentrión, y los activos comerciantes vascongados se apresuraron á instalar su factoría en aquel emporio de los Países Bajos. El docto académico don Cesáreo Fernández Duro consigna en su novísima obra titulada *La marina de Castilla* los datos siguientes tomados de un libro de D. Marcos Jiménez de la Espada: «Todos los autores belgas, siguiendo á los antiguos cronistas flamencos, prodigan sus elogios á los opulentos y atrevidos traficantes de la antigua Iberia que por espacio de 200 años alimenta-

ron el inmenso mercado de Brujas. En 1348 se hizo representar el comercio español por residentes que fabricaron una casa en la calle *Lhange Winckel*, hoy calle *Española*, lindando con la casa de la Torre al N. de la plaza de igual nombre, que se extiende hasta el gran canal. La casa de los españoles se reedificó en 1554. Los vizcaínos tenían también su lonja en la esquina S. E. del muelle de *Spínola*, construída en 1494; no se conserva de ella el menor resto.

No he de poner en tela de juicio estos datos, pero puede afirmarse, sin temor, que los vascongados tuvieron en Brujas su factoría mucho antes de finalizar el siglo XV. D. Martín Fernández Navarrete consigna (1) que los comerciantes vascongados establecieron una lonja en aquella ciudad y otra en la Rochela en tiempo de Alfonso XI, ó sea precisamente al mediar la centuria anterior, lo cual indica su participación en el local instalado por cuenta de los mercaderes españoles, y aun es muy probable se remontase su factoría á época anterior. Ya en el año 1303 Eduardo I, Rey de Inglaterra, hizo extensivos varios privilegios del *Hansa* á Francia, España, Portugal, *Navarra*, Lombardía, Toscana, Provenza, Cataluña, Flandes y Brabante, y como el tráfico con Navarra se hacía por el puerto de San Sebastián, no cabe duda de que si en los comienzos del siglo XIV tenían sus comerciantes un centro en Londres, no habían de descuidar la instalación de otro en Brujas, como principal centro mercantil del Norte de Europa.

Esta confusión procede, sin duda, de que siendo la marina guipuzcoana y vizcaína la predominante en el litoral cantábrico, hasta el punto de disponer de una armada capaz de luchar con las potencias del Norte, con independencia de los Reyes de Castilla, se comprendían los pueblos de toda la costa cantábrica en la denominación de vascongados, según observa el citado Sr. Fernández Duro en el tomo VI de las *Disquisiciones náuticas*, volumen en el que, con motivo de la indemnización de 11.000 coronas pagada á los mismos por Enrique IV de Inglaterra, añade que en la colec-

(1) *Colección de viajes y descubrimientos de los españoles.*

ción Rymer constan las pruebas de que los vizcaínos y guipuzcoanos «tenían establecidas lonjas de contratación en Brujas y la Rochela en 1348», consignando más adelante que «cerró el siglo XIV estando la marina cantábrica en pleno desarrollo y con factorías en Burdeos, la Rochela, Nantes, Dieppe, en varios puertos de Inglaterra, Escocia y Alemania».

En corroboración de que los vascongados tenían su factoría en Flandes al mediar el siglo XIV, he de consignar algunos párrafos de una obra muy erudita de D. Antonio de Capmany (1):

«En 1350, usando los vizcaínos las libertades de su tierra, y la ocasión de estar alzada contra D. Pedro, hacían cruel corso sobre los ingleses. Eduardo III aprestó poderosa armada, en la que se embarcó con sus dos hijos y encontró en *Winchensey* á la española. Se declaró por aquél la victoria y apresaron 26 naos, pero las tripulaciones de 24 antes quisieron morir que rendirse, y el Rey de Inglaterra mandó acuñar una medalla para conmemorar el triunfo. Los cántabros continuaron su enemistad y corso, y Eduardo, deseando concertar paces, despachó cuatro negociadores al puerto de *Sweyne* y á otros de la Flandes donde residían, vizcaínos para tratar de asegurar una perpetua amistad. De estas diligencias resultó concluirse en Londres en 1.º de Agosto de 1351 un convenio entre el Rey de Inglaterra y los diputados de las villas marítimas de Castilla y condado de Vizcaya, que fueron Juan López de Salcedo, Diego Sánchez de Loparda y Martín Pérez Galindo. Se renovaron después las hostilidades, porque en 1353 fué necesario ajustar nuevo convenio de pacificación entre los diputados de Bayona y Biarritz y los de Castro Urdiales, San Sebastián, Guetaria, Fuenterrabía, Motrico y Laredo, y otro en Diciembre del propio año con los del condado de Vizcaya, á saber: de Bermeo, Bilbao, Lequeitio y Ondarroa, paces que fueron confirmadas en 9 de Julio de 1354.» (2).

(1) *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, tomo III, cap. II.

(2) Aunque D. Nicolás Soraluce describe en su *Historia de la M. N*

Y el predominio de los puertos vascongados en el tráfico con el del Norte se conservó en tiempos posteriores, como se demuestra para los reinados de la casa de Austria por un libro muy curioso traducido del francés por D. Francisco Javier de Goyeneche, Marqués de Belzunce (1), en donde se consigna el párrafo siguiente: «Los holandeses frecuentan todos los puertos de las costas septentrionales de España; pero los comerciantes de Bilbao y San Sebastián son los que más comercian, siendo el puerto de la primera el más considerable porque es el depósito de toda la provincia de Castilla la Vieja y de la de León. De San Sebastián llevan casi las mismas mercaderías que de Bilbao, que las toman en Navarra, Guipúzcoa, Asturias, etc.»

Pero dejando estas investigaciones, debo recordar que los ingleses llamaban en los últimos siglos de la Edad Media *esterlings* ó comerciantes del Este á los anseáticos para distinguirlos de los belgas y holandeses, como habitantes de países situados más al Oeste (2); de aquí procede la palabra libra *esterling* ó esterlina, por ser de aquella procedencia toda la moneda que circulaba entonces en Inglaterra.

Acudiendo á otras fuentes para esclarecer el sentido de la palabra *esterlin*, el Diccionario de la Academia lo define: «Bocací. Tela de hilo engomada, más gorda y basta que la holandilla y de uno ú otro color». Y el etimológico de don Roque Barcia, del modo siguiente: «Esterlin.—Francés, *sterling*; italiano, *sterlino*, del inglés *sterling*: moneda esterlina fina acuñada por los *easterlings*, comerciantes del Este de Alemania con relación á la posición topográfica de Inglaterra, vocablo derivado de *east*, Este. Ricardo I hizo ir á su nación, de Alemania, donde se batía, la moneda más fina, que el pueblo llamó *sterlins*. Por Este de aquella nación se debe entender el conjunto de las ciudades anseáticas, y particularmente Lubeck».

y M. L. provincia de Guipúzcoa estos sucesos, hemos consignado la versión de Capmany por la frase subrayada, que viene á comprobar el aserto de la factoría vascongada existente en aquella época en los Países Bajos.

(1) Comercio de Holanda ó el gran Tesoro historial y político del floreciente comercio, etc.

(2) *Systeme nacional*, libre premier, par F. List.

Queda demostrado que los vascongados tenían en los siglos XIV y XV factorías en Flandes, Inglaterra, Escocia, Alemania y Francia, manteniendo muy activas relaciones mercantiles con los anseáticos ó esterlines, que monopolizaban entonces el tráfico de los países del Norte, y como San Sebastián era, por su mayor antigüedad respecto de Bilbao, el centro de contratación más importante de la costa cantábrica y la plaza más frecuentada por los teutónicos, tendrían éstos, á su vez, alguna lonja y hospederías en la calle de *Esterlines* de la vieja Easo, derivándose su nombre de la regla usual de cortesía en casos análogos, como es fácil de probar con numerosos ejemplos.

Consérvase en Brujas la calle *Española* en recuerdo de nuestras factorías; en Sevilla hubo la de *Vizcaínos* en memoria de su participación en la conquista realizada por Fernando *el Santo* y de otras gloriosas expediciones marítimas. En Madrid existe la calle de *Génova* y se derribó la iglesia de los *Italianos*, antiguo hospital pontificio y refugio establecido á fines del siglo XVI para los naturales de aquel país; en la calle del *Humilladero* se encuentra el hospital é iglesia de los *Irlandeses*, fundado por los clérigos católicos emigrados á consecuencia de la revolución inglesa; en recuerdo de nuestros antiguos dominios hay calles de *Buenos Aires*, *Caracas*, *Milaneses* y *Piamonte*, y de los actuales *Fernando Poo*, *Habana* y *Puerto Rico*, habiéndose conmemorado también los hechos de armas gloriosos antiguos y modernos con los nombres de *Bilbao*, *Cádiz*, *Callao*, *Ciudad Real*, *Ciudad Rodrigo*, *Covadonga*, *Gerona*, *Guadalete*, *Hernani*, *Navas de Tolosa*, *Puicerdá*, *San Marcial*, *Tarifa*, *Trafalgar*, *Vergara* y *Zaragoza*. Las vías públicas de Barcelona están bautizadas con nombres de varias ciudades y regiones de Cataluña y de la antigua corona, como *Aragón*, *Mallorca*, *Valencia*, *Córcega*, *Nápoles*, *Sicilia*, *Provenza* y *Rosellón* que, así como la de *Sevilla*, recuerdan su floreciente comercio de la Edad Media; la de *Lepanto*, el memorable combate naval de las escuadras cristianas aliadas contra la armada turca, y las de *Bilbao*, *Bailén*, *Callao*, *Portugalete*, *Tetuán* y *Vergara*, nuestras guerras extranjeras y civiles del siglo actual, ocurriendo lo pro-

pio en otras capitales españolas. Tan repetidos ejemplos demuestran la costumbre antigua y moderna de aplicar nombres extranjeros á las calles, en los casos en que han existido vínculos políticos, ó bien relaciones comerciales tan íntimas como las mantenidas durante larguísimo período entre los *esterlines* y los *donostiarras*.

El Ayuntamiento de San Sebastián acaba de realizar la obra meritoria de dar á luz la *Colección de documentos históricos del Archivo municipal*. Contiene el curioso padrón de vecinos hecho en el año 1566, en el que figura la calle de *los Esterlines*, cuyo origen será probablemente dos siglos más antiguo, pero es preciso advertir que no debían conservarse ya en la ciudad las factorías de los teutónicos. Éstos fundaron su establecimiento de Londres en 1250 y dos años después el de Brujas; pero á medida que los ingleses fueron despertando de su letargo, el vuelo del comercio anseático suscitó los celos de los naturales, y al mediar la XVI centuria, les retiró Eduardo VI sus privilegios, habiéndoles tratado aún más duramente la Reina Isabel, que ocupaba el trono en la época en que se llevó á cabo el mencionado empadronamiento de San Sebastián. Los *esterlines* cometieron el error de crear un tráfico mercantil extraordinario sin fomentar la industria propia, y en cuanto aprendieron el camino los holandeses, consiguieron desbancarles, alcanzando el predominio comercial, hasta que en el siglo XVII, con la caída de nuestra casa de Austria, se inició la prosperidad del imperio británico.

El padrón de los vecinos *que entraban en elección en San Sebastián* en el año 1566 prueba que vivían varios holandeses en la ciudad, y debe observarse además la particularidad de que aparece el nombre de calle de *los Esterlines* con el artículo determinado en plural, en vez de designarla sencillamente con la palabra *Esterlines*. ¿Significa esto que se trata de habitantes de alguna región? Cabe, cuando menos, tomarlo como indicio. Analizando el libro anecdótico de don Ramón de Mesonero Romanos, titulado *El antiguo Madrid*, se nota que se llaman: iglesia de *los Italianos* la del antiguo refugio pontificio, hospital de *los Irlandeses* el de la calle del

Humilladero, hospital de los *Aragoneses* el que estuvo en la Escuela Pía. San Antonio de los *Portugueses* la capilla que estuvo junto á la fábrica de porcelana del Retiro, designándose, en cambio, con el nombre de cuesta de *Areneros* la de la montaña del Príncipe Pío, y con los de *Cedaceros* y *Esparteros*, también sin artículo, dos calles céntricas de la capital. No pretendemos que haya una regla gramatical para preceptuar esta diferencia, pero la costumbre de mantener un sentido más genérico ó indeterminado al tratarse de los oficios parece indicar una confirmación más—aunque no resulta necesaria—acerca del origen de la palabra *esterlines*.

En cuanto al nombre *Narrika*, debe ser de origen vascongado, y como no me considero competente en etimología euskara, he de limitarme á consignar las definiciones del Diccionario de D. Pedro Novia de Salcedo, más completas que las de D. Francisco Aizquibel.

«*Narrika*. Irritación, de enojo. Parece formación de *narriaka*, acción de *narria*, rastra, por lo que incomoda y enoja la pesadez; si no es contracción de *narrioa-ka*, acción de mancha, ó de *narraioa-ka*, acción de incomodo. *Irritatio*.»

«*Narra*. *Narria*. Hombre ó mujer gruesa, pesada, floja; *narria-rastra*, rastra para llevar algo arrastrando; tonto; torpe, pesado. Acaso voz radical formada de las letras *n-a-r-r*, mucho movimiento de extensión plana con la característica de apelativo. El significado *narria* es asimismo formación vascongada de *na-arria*, piedra de extensión plana, y lo es la que sirve para las ferias de prueba del vigor de tiro de los animales.»

Las *narrias* ó *rastras* se usaron desde época antigua para el transporte de mercancías á los muelles de San Sebastián, pareciendo verosímil la versión que deriva del mencionado origen el nombre de *Narrika*, aplicado á una de las calles contiguas al puerto.

PABLO DE ALZOLA.



PORVENIR DE LAS RAZAS (1)

Hay en la historia contemporánea un hecho de capital importancia, menos ruidoso que otros largamente discutidos, pero más transcendental que la mayor parte de los verificados en nuestro siglo. Trátase del advenimiento de un nuevo pueblo al concierto universal de la civilización, y sabido es el influjo inmenso que un acontecimiento de esta índole puede tener en la marcha de la humanidad. Cada nación que aparece en los horizontes de la Historia es un combustible más que arroja Dios en la hoguera del progreso.

Allá, en el remoto Oriente, gentes de raza amarilla adoptan con fervor las regeneradoras máximas del credo de la civilización; y en política, en enseñanza, en arte militar, en las manifestaciones todas de la vida emulan con los cultos pueblos de la Europa occidental. ¿Cuáles serán las consecuencias de este despertar de una raza? ¿Volverán á caer unas sobre otras las naciones como cayeron en los tiempos de la invasión doria en el Peloponeso ó en la época de la irrupción de los bárbaros en el imperio romano de Occi-

(1) Segunda parte de la conferencia que dió el autor el día 2 de Abril último en la Sociedad Geográfica de Madrid.

dente? ¿Se producirá nuevamente una de esas formidables mareas humanas que, semejantes á los desbordamientos del Nilo, parecen asolarlo todo, y traen, por el contrario, bajo las cenagosas ondas la fecundidad y el bienestar?

No hay duda. Estamos avocados, en no lejano día, á una terrible lucha de razas que empieza á preverse y que ha motivado ya profundos estudios, tales como las numerosas monografías y múltiples discursos acerca de la influencia china en Filipinas, y de la probabilidad de una invasión japonesa en aquel archipiélago. Y, sin embargo, la atención de los sociólogos y de los historiadores no se ha fijado aún, como debiera, en el gran problema que hoy se presenta á nuestra vista y que se manifiesta, no ya en el caso particular á que se alude, del desarrollo de la civilización europea en el imperio del sol saliente, sino, en general, en la reñida lucha por la existencia que han entablado entre sí las razas humanas, al ser puestas en íntimo contacto por los prodigiosos progresos materiales de nuestro siglo y por el espíritu de mancomunidad que nació en Europa y América al calor de las últimas revoluciones.

Parece, entre nosotros, arraigada tenazmente la discutible creencia de la superioridad de la raza blanca. Suponemos imposible que los negros ó los mongólicos puedan disputar algún día el dominio del planeta á esta privilegiada raza caucásica, que ha realizado hasta ahora la casi totalidad de la obra del progreso moderno. Olvidamos la profunda observación de Quatrefages cuando nota que «la superioridad entre los diferentes grupos humanos se manifiesta esencialmente por el desenvolvimiento intelectual y moral, y que esta superioridad, única fundamental, pasa de unas razas á otras. Todos los europeos eran verdaderos salvajes, cuando ya los chinos y los egipcios estaban civilizados. Si estos últimos hubiesen juzgado á nuestros antecesores como nosotros juzgamos frecuentemente á las razas extrañas, habrían hallado entre estos antepasados nuestros muchísimos signos de inferioridad, comenzando por este color, del cual estamos tan orgullosos, y que ellos reputarían como seguro indicio de clorosis inveterada».

A poco que se medite esta opinión del eminente antropólogo francés, nos convenceremos de cuán infundada es nuestra preocupación de que la raza blanca es la reina de las razas, á la manera que la especie humana es la reina de la creación. Quizá esos pueblos que hoy vienen al concierto de la civilización universal, por lo mismo que tuvieron una infancia más larga, por lo mismo que despiertan de su letargo secular, aparecen en la vida sin prejuicios, sin estadias tradiciones, en una palabra, sin compromisos con el pasado, gozando así del más hermoso atributo de la juventud, la espontaneidad en la acción, que no está sometida á la pesada impedimenta de los recuerdos.

Y no obstante, el color de la tez, el ángulo facial, la forma del cráneo... serán siempre para nosotros motivo de orgullo y juzgaremos á las razas tanto más inferiores cuanto más se aparten del tipo ideal de los pueblos caucásicos. Es más, parece que abrigamos la egoísta é inhumanitaria esperanza de ver desaparecer á todas las razas, excepto la nuestra, al modo que han ido desapareciendo los habitantes precolombinos de América.

Los datos de la Geografía y de la Historia distan mucho de comprobar estas halagüeñas ilusiones de los blancos. Sirva de ejemplo la república de Santo Domingo, perdida ayer para nuestra patria y ya casi perdida hoy para nuestra raza. Según Audain, «en esta república hay una tercera parte de negros, casi dos terceras partes de mulatos y una proporción insignificante de blancos». Analizando este hecho resulta evidente la aparición de una nueva raza, los mulatos, que no pueden ser en aquella isla resultado del cruzamiento de la *proporción insignificante de blancos* con la población negra que forma únicamente la tercera parte del número de habitantes. Claro está que la inmensa mayoría de mulatos dominicanos procede de la unión de progenitores mulatos, formando una raza intermedia, de la misma suerte que la que surgió, al decir de Quatrefages, en la Malasia, por la yuxtaposición de elementos amarillos, negros y blancos, fundidos todos para dar lugar á las gentes de color pardo ó aceitunado que habitan en aquellas islas.

Ahondando todavía más en esta singularidad etnográfica que nos presenta la república dominicana, é investigando la preponderancia de esta raza intermedia, es fácil explicarse este hecho, á primera vista misterioso y sorprendente. En efecto, el mulato hereda de la raza negra la inmunidad contra la fiebre amarilla (hasta el punto de que Nott asegura que basta un cuarto de sangre negra para hallarse libre de esa endemia, con tanta probabilidad como la que da la vacuna contra la viruela), y hereda del blanco la inteligencia, pues las dotes del espíritu, á excepción de las condiciones puramente *geniales*, se transmiten de padres á hijos, por regla general, siendo esta *herencia* uno de los principales factores del progreso. Ahora bien: las fiebres diezman la población blanca de la república dominicana, y alejan de allí á nuestra raza, con tanta más razón, cuanto que, siendo un Estado autónomo, faltan los motivos de codicia que impulsan á nuestra gente hacia las otras Antillas; y por otra parte, la menor inteligencia de los negros, y por consecuencia menor instrucción, menor riqueza y menor intervención en los asuntos públicos, colocan á la población negra en desfavorables condiciones para multiplicarse. Hé aquí, pues, cómo el porvenir de esta república pertenece al elemento mulato, convertido ya en raza independiente.

Las influencias climatológicas, contrarrestadas hasta hoy en lo que se refiere á la preponderancia de las razas por causas puramente políticas, harán que forzosamente todos los países inhabitables para las razas blanca y amarilla pasen al dominio de la raza negra ó al de las razas intermedias que se forman. Así los criollos de las colonias europeas de la América Central y del Africa Ecuatorial, al sublevarse contra la metrópoli, se rebelan, en rigor, contra su raza, pues libres esos países de la población artificial que Europa envía, serán presa de otras razas, como sucedió en Santo Domingo.

La raza negra, si bien puede decirse que no tiene historia, no carece de condiciones para desarrollar la moderna cultura, como demuestran las repúblicas de Liberia y Haiti y como patentiza la civilización americana precolombina que

no se atribuye ya á una raza especial americana, roja ó cobriza, sino á una mezcla de elementos étnicos semejante á la que se produjo en la Malasia. Y aunque es verdad que aquella civilización no llegó ni á ser comparable con la civilización europea, verdad es también que las condiciones mesológicas no permitían el desarrollo de una gran cultura, porque el americano había de sentirse anonadado ante los gigantescos accidentes de configuración de aquel prodigioso continente; las elevadas montañas, los bosques seculares, los caudalosos ríos que van á morir en imponentes estuarios, la vegetación rica y exuberante y la inmensidad de las llanuras, todo contribuye á dar aspecto majestuoso á aquel extraordinario país... ¿Qué significa el hombre entre tan sublime grandeza?... ¡Ah! ¡Si el griego, en vez de ver correr el agua en la fuente Hipocrene, la viera saltar en el Niágara ó en el Tequendamal! ¡Si en vez de mirar reflejada su imagen en las ondas juguetonas del Cefiso y del Aliso, la viese copiada en la caudalosa corriente del Plata ó del Amazonas, Mississipí ó del Orinoco! ¡Ah! ¡Si en vez del Pentélico y el Himeto, en vez del Cytheron y el Parnaso, se hubiesen destacado en el azul cielo de Grecia el nevado de Sorata y el Chimborazo!... Entonces Grecia no sería la cuna de la civilización moderna, y los helenos no serían los maestros de la humanidad: el hombre se anonadaría ante la naturaleza, y en vez de la sagrada y artística estrofa del rito griego, aparecería el fetiche azteca con su sangriento y bárbaro culto, propio á los ojos del salvaje del dios terrible que grabó su omnipotente huella en la brava naturaleza americana.

Cuando gente de raza blanca, arios como los griegos, los ndios, se encontraron en presencia de un país semejante á América por lo imponente, también hubieron de sucumbir en el aislamiento y en el misticismo, llevados de un panteísmo emanatista en que yacen todavía. Y es que no hay razas inferiores ni superiores; no hay más que relaciones del hombre con el medio en que vive.

Como prueba palmaria de la radical influencia mesológica y de la evolución de que es capaz la raza negra, recor-

daré la categórica frase de Eliseo Reclus cuando escribe que «en el espacio de ciento cincuenta años la raza negra en los Estados Unidos *a franchi un bon quart de la distance qui le separait des blancs*». En comprobación de esto, Lyell afirma que, visitando á los negros en Savannah, advirtió que no se percibía allí el olor característico de esta raza. Y Quatrefages, de acuerdo con Reiset, Nott y Gliddon, asegura que entre los negros la inteligencia se ha desarrollado á la par que se modificaba el tipo físico, y que será preciso admitir que se ha formado en los Estados Unidos una *subraza negra* nacida de la raza importada.

Análogas alteraciones sufre la raza blanca en el Norte de América. Es cosa sabida que los ingleses no se establecieron seriamente en este país hasta la época de las emigraciones puritanas, hacia 1620, y la llegada de Penn en 1681. Dos siglos y medio, doce generaciones cuando más, nos separan de aquella época, y, sin embargo, el angloamericano, el *yankee*, no se parece ya á sus antecesores. Desde la segunda generación, el criollo inglés presenta en sus facciones una alteración que le aproxima á las razas locales. Más tarde la piel se seca y pierde su color sonrosado; el sistema glandular queda reducido á su mínima expresión, el cabello se vuelve oscuro y se convierte en liso; el cuello se alarga, la cabeza disminuye de volumen. En la cara las fosas temporales se pronuncian; los pómulos se abultan; las cavidades orbitarias se ensanchan; la mandíbula inferior se hace maciza. Los huesos de los miembros se alargan, al mismo tiempo que su cavidad se estrecha, tanto que en Francia y en Inglaterra se fabrican guantes especiales para los Estados Unidos, guantes que tienen los dedos extraordinariamente grandes. Por último, en la mujer, la cavidad de la pelvis, por sus proporciones, se aproxima á la del hombre.

Hechos son éstos de la mayor importancia, y, sin embargo, no es uso parar mientes en ellos, concediéndose gran atención, ya á teorías abstractas de Sociología, de Filosofía de la Historia ó de Economía; ya, lo que es aun más inocente, á sucesos de la vida política de Europa, en la cual vida cifran los más de los pensadores todo el movimien-

to social del Universo. Así se explica que en la *Historia contemporánea*, de Weber, obra que ha llegado á considerarse como clásica en su género, no se hable nada de movimientos y transformaciones de las razas; y lo que es aún más lamentable, no se dedique ni una página al Japón, como si ese imperio estuviera aún sumido en el marasmo y la abyección en que viven los demás pueblos asiáticos.

La causa de este desdén con que hoy se mira todo cuanto no toca directamente á nuestra raza se debe á que el centro de los estudios superiores está en Alemania, y el exclusivismo germánico se refleja en la ciencia contemporánea, dando extraordinaria importancia á lo europeo sobre lo universal y á lo alemán sobre lo europeo, retrogradando así en cierto modo á aquellos tiempos en que griegos y romanos llamaban *bárbaros* á todos los extranjeros. ¡Entonces los bárbaros eran esos mismos germanos, tan orgullosos en nuestros días!

Los españoles tenemos la gloria de haber impreso siempre á nuestra ciencia, nuestra colonización y nuestra política un carácter humano, expansivo y generoso. Nuestros misioneros y nuestros capitanes, heroicos apóstoles ó conquistadores de América y Oceanía, han dejado obras numerosísimas, que serán por mucho tiempo fuente preciosa de todos los estudios de Filología y Etnografía, y en estas obras campea el espíritu de la fraternidad universal y de la igualdad de todos los hombres, ese espíritu que nos enseñó Dios mismo desde los primeros capítulos del Génesis hasta sus últimas divinas palabras de revelación, cuando, clavado en la cruz del Gólgota, murió por todas las razas, mostrando así que todas son iguales y todas hermanas.

Como ejemplo del carácter expansivo de la colonización española, podemos citar el mismo caso que la isla de Santo Domingo nos presenta: mientras la república dominicana, de origen hispánico, es un pueblo mulato porque los españoles se fundieron fácilmente con la raza negra allí importada, el Estado de Haiti es una nación negra que no conserva otras huellas de la dominación francesa que la religión y la lengua. Ahora bien: dada la supremacía que el elemento

mulato parece ejercer sobre el negro, según de jo indicado, claro está que los mulatos dominicanos llegarán á dominar la isla, y con su dominación se extenderán la lengua y la influencia españolas. De este modo el habla de Cervantes y el espíritu español perdurarán en aquella Antilla, como justo galardón al genio comunicativo é igualitario del pueblo castellano. ¡Hé aquí cómo las naciones, lo mismo que los individuos, recogen tarde ó temprano el premio de la generosidad y del altruísmo!

Europa, con ser la parte más civilizada del mundo, no ha llegado en este espíritu de fraternidad á la altura que requieren las exigencias de los progresos materiales que han unido estrechamente á todos los pueblos. En vano se cita el tratado de París de 1856, que puso fin á la guerra de Crimea, como una prueba de la solidaridad de los europeos, y se cita porque en aquel tratado figuran por primera vez como grandes potencias Italia y Prusia, y es á la par admitida Turquía al derecho común de los pueblos del continente. Quedan, sin embargo, desde entonces más vivas que nunca las luchas entre los opuestos elementos de la población de Europa.

Y es de notar que tales luchas no se suscitan aquí entre las naciones que, histórico-naturalmente consideradas, pertenecen á dos razas distintas, sino entre pueblos muy afines, cuyas diferencias caen más bien bajo la inspección del filólogo y del historiador, que no bajo la del antropólogo propiamente tal. En efecto, los *catorce* millones de individuos de la raza mongólica residentes en Europa están muy lejos de profesar á los trescientos veinticinco millones de individuos blancos ningún odio de raza; y es seguro, como luego advertiré, que estas gentes amarillas se consideran más unidas al resto de los pueblos europeos que á los mongoles del Asia. Es más: corre en la actualidad, como muy verosímil, la creencia de que existen pueblos amarillos que han llegado á convertirse en blancos por una larga residencia en Europa: tal sucede con los vascos, que han conservado como caracteres de la raza amarilla su lengua olofráctica ó polisintética, el cráneo dolicocefalo y la tendencia al aislamiento.

Las luchas pendientes hoy en Europa pueden reducirse á tres fases generales: cuestión de Oriente, rivalidad entre latinos y germanos y amenazas de la autocracia panslavista.

La cuestión de Oriente es un problema secular que arranca de la diversidad de costumbres, religión y gobierno entre Europa y Asia. La separación de estos dos continentes del antiguo mundo no es, como vulgarmente se cree, una cadena de montañas: es algo más alto, es la oposición de ideas y aspiraciones: en Asia, la degradación de la mujer y la poligamia, consecuencia de esta degradación; en Europa, la consideración á la esposa y á la madre y la fidelidad conyugal; en Asia, las castas; en Europa, la igualdad; en Asia, el despotismo; en Europa, la libertad; en Asia, bárbaras religiones; en Europa, civilizadoras creencias modelando las costumbres y guiando á los hombres por la senda del progreso...

La rivalidad y el odio no podía menos de comenzar entre el Occidente y el Oriente mucho antes de que la Historia alumbrase los primeros pasos de los pueblos; así, la fabulosa guerra de Troya es la primera manifestación de esta hostilidad de dos mundos. Vienen después los tiempos históricos, y si Grecia había sido antes la provocadora de los pueblos asiáticos, es luego la agredida, aunque en esta lucha logra imponerse al elemento oriental en las famosas jornadas de Maratón y Salamina, en que las virtudes europeas estaban representadas por Milciades y Temístocles. Más tarde, Alejandro Magno renueva las contiendas de griegos y persas, no con el criterio exclusivo é inhumano de Darío y de Jerjes, que pretendían imponer el mundo oriental al mundo occidental, sino con un criterio nuevo que entonces no estaba aún en sazón de prosperar, y que consistía en unir los pueblos y las costumbres orientales y los pueblos y las costumbres de las tierras ponentinas. Más afortunado que el imperio macedonio fué el romano, dichoso dominador de casi todas las naciones conocidas por los antiguos y vencedor en el Oriente, al cual impuso la civilización occidental, nacida en Grecia, que, latinizada luego, seguía la victoriosa mar-

cha de las triunfadoras águilas de la ciudad del Tíber. Pero Roma cae también; hordas del Norte se precipitan como voraces aves de rapiña sobre el descompuesto cadáver de aquel imperio, y toda Europa es presa de una espantosa anarquía que aprovechan los orientales para inclinar en su favor la balanza de la victoria en aquella lucha de razas. Mahoma funda la unidad árabe, y los musulmanes fanatizados atacan á Europa, consiguiendo apoderarse de España y destruir el imperio bizantino. Durante la Edad Media se entabla una lucha á muerte entre el Oriente y el Occidente, lucha que tiene como punto culminante las Cruzadas, magnífica epopeya, sin rival entre los más grandiosos acontecimientos que registra la Historia universal. Al alborear la Edad Moderna, la civilización oriental es batida en España y vencida luego en las aguas de Lepanto.

Desde este vencimiento data la decadencia de los orientales, que, cayendo cada vez más, han llegado á nuestro siglo, ofreciendo el espectáculo de una civilización agonizante que los pueblos europeos tratan de arrojar del continente, repartiéndose ambiciosamente sus despojos.

Tal es la cuestión de Oriente, que originó y seguirá originando grandes luchas en Europa.

La oposición entre germanos y latinos es otro hecho de excepcional importancia: los germanos, vencedores primeramente de Roma, son después vencidos por la superior cultura del pueblo que habían dominado, y van deponiendo poco á poco sus costumbres y su carácter, hasta alzarse pujante y soberbio el antiguo edificio de la civilización del Lacio, hecho conocido en la Historia con el nombre de Renacimiento. Pero el germanismo reobra en oposición á la restauración latina, y aparece luego la Reforma protestante, movimiento revolucionario contra la saludable tendencia de Roma, que persistía en espíritu dentro de la unidad moral fundada por el Catolicismo.

Á partir de la aparición del protestantismo, los pueblos germanos van aplicando las doctrinas de la nueva religión á la política; y el principio de autoridad, minado, por consecuencia, en su fundamento, va dejando el campo al principio

de la libertad y origina movimientos como la revolución inglesa. En tanto, los pueblos latinos, hostiles á la insubordinación religiosa de los germanos, combaten con éstos por conservar la unidad moral de Europa, representada por la Iglesia, pero no pueden conseguirlo. Termina la lucha, y los latinos se dedican á organizarse interiormente, llevando á cabo por revolución las reformas que, de una manera evolutiva, habían realizado los germanos; estas revoluciones debilitan á los latinos, y España es vencida por Inglaterra en los mares, y Francia en el continente sucumbe al poder prusiano.

Otra familia étnica, los eslavos, aparece últimamente dispuesta á reñir cruenta batalla con los germanos, por la hegemonía del continente. El ideal ruso consiste en que toda Europa pase bajo el yugo del coloso del Norte. Para que se realizase este delirio de grandeza, esta especie de megalomanía de raza, sería necesario trastornar por completo el equilibrio político del mundo. Sojuzgar no sólo al Occidente de Europa, sino también á las jóvenes naciones de América y á los grandes imperios del Asia.

Expuesta así á grandes rasgos la situación actual de la lucha de razas, podremos adelantar algo en la investigación de su porvenir, si nos fijamos además en lo que ha pasado con nuestra especie desde tiempos remotísimos.

El hombre ha visto al mamuth y al rinoceronte reinar en Siberia en medio de rica fauna, ó cuando menos, los ha visto, ahuyentados por el frío, en el Mediodía de Europa; ha presenciado la extinción de estos animales gigantescos. Más tarde llega el hombre hasta cerca del polo, quizá al polo mismo, al propio tiempo que invadía las arenas y los bosques de los trópicos, pisaba los extremos de ambos continentes y poblaba todos los archipiélagos.

Durante millares de años, el hombre ha sufrido la acción de todos los medios exteriores que actualmente conocemos y la de otros de que apenas podemos formarnos idea exacta.

Así, aparece en un principio la raza de Canstadt, dolicocefala y platicéfala, de frente estrecha y deprimida y de grandes protuberancias supraorbitales, mandíbulas volumi-

nosas, marcado prognatismo y pómulos muy salientes y apartados.

Realizando un progreso sobre la anterior, y obedeciendo á nuevas influencias mesológicas, la raza de Cro-Magnón es de alta talla, cráneo grande y de hermosas proporciones, dolicocefala, pero no platicéfala, y frente ancha, recta y espaciosa.

La raza de Furfooz, que viene después, presenta el cráneo redondo, mesaticéfalo y braquicéfalo, y está emparentada con los turanics, pueblos que figuran entre las razas actuales.

Ahora bien: cualquiera que sea la persistencia de los caracteres típicos de las razas, aparece patente que éstas se transforman, y es muy rara y relativamente de corto tiempo la continuidad de caracteres étnicos que presentan determinados pueblos, tales como el egipcio y el vascongado.

De las razas actuales, la malaya y la subraza melanésica no merecen aquí especial mención, dada la brevedad de este trabajo; la llamada indígena *americana* va extinguiéndose de día en día; la *negra* y su derivada la *mulata* parecen destinadas á dominar en los países ecuatoriales, donde blancos y amarillos no pueden luchar con las condiciones del clima. Las razas *caucásica* y *mongólica* diríase que han de vivir aún durante mucho tiempo en lucha por la ocupación de los territorios aptos para la vida de ambas.

Claro está que las razas hoy existentes han de sufrir notables modificaciones; pero los tipos cardinales, el blanco y el negro, no desaparecerán ínterin el planeta no sufra un completo trastorno, de esos que separan una de otras las edades geológicas. En tanto un cataclismo no lo impida, las luchas de raza terminarán por federaciones y por la abolición del régimen colonial, y los pueblos, entregados á su propio albedrío, buscarán las condiciones de medio más adecuadas para su desarrollo. Entonces se observará que así como hoy—refiriéndome al color, por ser el rasgo más ostensible—desde la latitud de Dinamarca, por ejemplo, hasta el Norte de África, hay una gradación no interrumpida desde el blanco más claro al moreno más obscuro, así, cuando

las razas se muevan libremente, se verá de Norte á Sur, desde el danés hasta el nigrício, una gradación de color y de raza que podrá representarse en las cartas geográficas á la manera como se dibujan las líneas isoteras é isothermas.

Tal será el resultado de la lucha, de acuerdo con las profundas máximas de Novicow:

«El Universo es un palenque donde se libran combates perpetuos y se celebran constantes alianzas.»

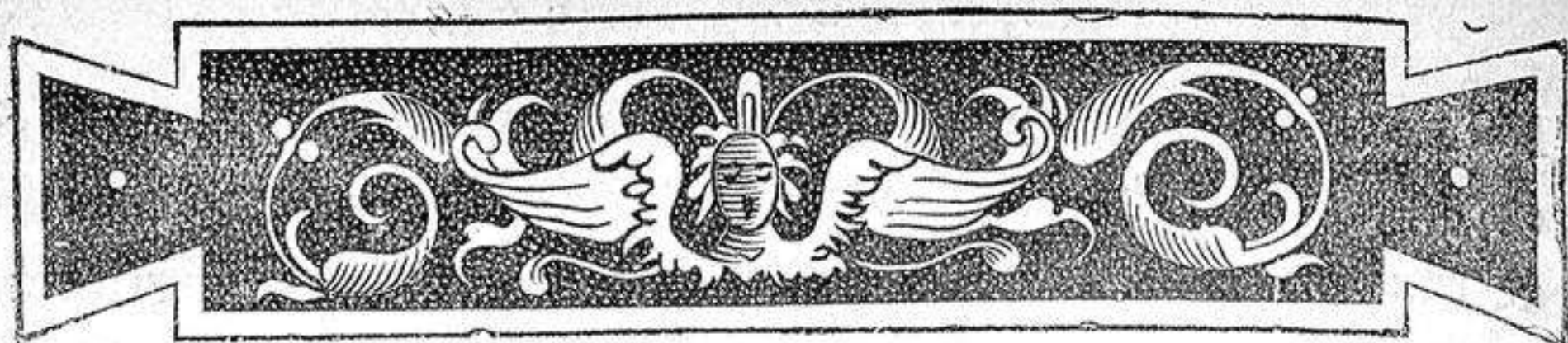
«Entre los mismos animales se observan luchas económicas y mentales.»

«La resultante de la lucha es la adaptación al medio.»

«El progreso consiste en acelerar la adaptación.»

RAFAEL ÁLVAREZ SEREIX.





OPINIONES REGIONALISTAS

Basta tomar en cuenta el clamor que formulan casi constantemente las regiones españolas, fijar la atención en el movimiento de reacción que en favor de la vida provincial viene operándose desde hace bastante tiempo, para comprender que no se trata de una agitación pasajera producida por causas transitorias, por móviles del momento, ni por el afán de fines inmediatos, sino que el fenómeno, por su propio carácter de permanencia y duración, obedece á causas también permanentes y duraderas.

Poco menos de veinte años hará que el fenómeno se manifestó vigorosamente hasta producir alarma en los que sistemáticamente son partidarios de la centralización, como entre los que de buena fe, impresionados por lo para ellos imprevisto de la manifestación, diéronse á pensar que corría grave peligro la integridad nacional, ó que se desquebrajaba esta unidad, formada á costa del sacrificio de todos y llevada hasta la exageración.

Desde luego muchas gentes sensatas y observadoras echaron de ver la injusticia con que se calificaba de tendencia separatista la que lo era solamente reivindicatoria del derecho á la propia vida, y que nada tenía de grito de guerra lo que era nada más que reclamación de defensa; y

no faltaron en el propio centro de la Nación voces que se alzaban en sentido de adhesión á aquella protesta.

Desde entonces fué tomando cuerpo el regionalismo, con más firmeza y cohesión en unas que en otras regiones, según las condiciones de carácter de los pobladores de cada una; pero en todas partes subsistió el mismo espíritu, por no poder nadie sustraerse á los efectos de las causas generadoras, y frecuentemente fueron las protestas contra la centralización formuladas por las representaciones más directas y legítimas del país.

Cierto que las manifestaciones del espíritu regional han pecado muchas veces de exageradas; pero esto es inevitable en todo movimiento de reacción, y no otra cosa es el despertar de aquel espíritu que una reacción contra la acción avasalladora de la centralización, contra la corriente de uniformidad que quiere sujetarlo todo á un mismo patrón, imponiendo un criterio igualitario al modo de ser de todas y cada una de las regiones españolas, amoldándolas á la forma y condición de quien nada tiene suyo, propio y peculiar.

Este fenómeno de protesta, encerrado en forma más ó menos enérgica, representado por tendencia más ó menos templada, obsérvase en todos los pueblos en los que la centralización es abusiva.

El asunto tiene siempre actualidad, y mucha en estos momentos, porque se da el caso de que en Francia, cuna y patrón del centralismo del Estado, como dice muy atinadamente un diario español, y de donde se ha traído á España el molde que oprime á las provincias por ese afán de copiar sin meditación bastante, en Francia, digo, y copiaré palabras de periódico tan importante como *Le Temps*, «ese movimiento que aun aquellos mismos que no quieren seguirlo habrán podido observarlo, arrastra ya á espíritus generosos, llegados de puntos bien distintos; y literatos, artistas y hombres políticos piensan seriamente en una *descentralización* que, sin disminuir en nada los derechos imprescindibles del poder central, proporcione mayor vuelo y desarrollo á otras iniciativas, y haga que sea más fácil y más real la obra misma de las instituciones gobernantes».

Y como, dicho sea con sinceridad, *Le Temps* no procede á la española, fija su atención en el asunto, y opina que es necesario parar mientes en él y ver de abordar la solución dando al país lo que reclama, la libertad práctica, *la libertad de hacer*.

¡Válgame Dios! Á *Le Temps* no se le ocurre que peligra la unidad nacional, que los que tales cosas piden son egoístas y antipatriotas, con todo eso otro de lugares comunes que aquí se ocurren á muchos que, á fin de ocultar su desconocimiento del asunto, imitan al cómico malo que procuraba evitar las silbas del público lanzando los famosos ¡vivas!

Allí se reconoce la importancia de los hechos, y sin prejuicios ni apasionamientos de ninguna clase, se llama la atención de los poderes públicos sobre la necesidad del estudio del problema.

Naturalmente, también hay en Francia quien parece asustarse de esas voces que piden descentralización, debiéndose hacer notar dos cosas.

Que son personas eminentes las que en uno ú otro sentido se ocupan del asunto, y que los argumentos expuestos para combatir pretensiones tan legítimas son idénticos á los que en España se usan.

F. Coppée, el insigne poeta y autor dramático, ocúpase en rechazar la descentralización, y á fe que en su artículo, gallardamente escrito, nada se encuentra razonable. Toma el asunto por encima, y poeta enamorado de la unidad, duélese de que haya quien se resista á que ésta lo avasalle todo; mejor dicho, no es amor á la unidad, es amor á París, porque Coppée, y poco ha lo decía un crítico del autor de *Pour la couronne*, es esencialmente parisién.

Dice el mencionado escritor que los que piden la descentralización consideran á París como una amenaza constante al país, y que califican la plétora de vida de éste como hipertrofia del corazón de la Francia, como congestión del cerebro de la nación.

Y supone que la corriente descentralizadora trata de restablecer todas las antiguas organizaciones parciales que han desaparecido, y ya en esta preocupación, combate enérgica-

mente la desmembración del territorio y entona un canto á la unidad, encerrada, lo mismo en la frase de Luis XIV, *el Estado soy yo*, que en el principio proclamado por la Convención, *la Francia una é indivisible*.

Y seguidamente invoca todas las representaciones de la unidad francesa: Luis XI, Richelieu, Luis XIV, Robespierre y Napoleón, y presenta á Alemania fuerte por la unidad.

Cierto que olvida Coppée que Alemania ha hecho la unión *federándose* unos Estados con otros, respetando en cada uno todo lo que es vida propia y subsistiendo organismos peculiares de algunos.

Al fin, á vuelta de ataques y defensas, Coppée no se opone al crecimiento de las literaturas regionales, ni tampoco á que se aumenten las facultades de Ciencias y Letras en las provincias, ni á otras cosas análogas que piden los partidarios de la descentralización.

Pues ahí estamos, cabe decir al insigne poeta: si la vida de las literaturas regionales no se opone á la vida de la literatura nacional, antes bien contribuye poderosamente al esplendor y desarrollo de ésta, ninguna razón hay para que la prosperidad y desarrollo de la vida provincial en otros órdenes se oponga al engrandecimiento de la nación; que si ésta se sostiene con el concurso y el sacrificio de todos los miembros, cuanto más vigorosos sean éstos, más fuerte y poderosa será aquélla.

La resistencia contra las exageraciones de la centralización, que aniquila la vida provincial y ahoga todo germen de prosperidad en las regiones, no puede ser amenaza á la integridad del territorio, ni tentativa de sustraerse á la acción directriz del centro, precisamente porque es verdad evidente que la unión hace la fuerza, y porque, de cualquier modo, tampoco es posible romper la unidad cuando ésta misma, como unidad entendida, asegura la vida de todos los que contribuyen á formarla.

Y así como esto es innegable, y sólo por perturbación puede ponerse en duda, también lo es que dentro de esa unidad ha de existir la *variedad*, tan patriótica como aquélla, que garantiza la vida y tranquilidad de todos y cada uno, re-

sultado de la función normal, esencialmente armónica, de todos los organismos.

Que el restablecimiento de lo que es propio y peculiar de las provincias tiende á ese fin, no puede dudarse.

Que así opinan los que por ese renacimiento trabajan, se demuestra con sus mismas opiniones.

Véase lo que dicen en Francia.

Andrés Theuriet, bien conocido en España por su reputación literaria, es Presidente de la Sociedad de Etnografía y artes populares.

Más como exposición que como defensa de los propósitos y fines de esa Sociedad, Theuriet ha escrito un excelente artículo, cuyo extracto me parece de oportuna publicación.

Trátase de hacer estudios relativos á la vida provincial de otros tiempos: de reunir todos los documentos y datos sobre las costumbres, usos, literatura, arte é industria populares en las provincias de la antigua Francia; de celebrar congresos—el primero tendrá lugar en el Poitou—y exposiciones, con ejecución de bailes, cantos y músicas populares, representaciones de obras dramáticas y ceremonias de carácter local.

Además de esto, se darán conferencias acerca de la literatura oral, las tradiciones y el dialecto del país.

Si esta empresa obtiene el éxito que se espera, la Sociedad, en reuniones anuales, evocará en todas partes de Francia la imagen de la vida provincial, exhumando las reliquias del pasado que, teniendo carácter de originalidad, importa su conservación para la inteligencia de la historia particular y nacional.

Pudiera preguntarse si hay propósitos de hacer revivir el pasado. Á esto contesta Theuriet muy bien: Lo muerto nadie podrá hacerlo revivir. Pero hay que tener en cuenta que esas cosas han vivido vigorosamente y han estado asociadas á la vida de nuestros predecesores.

Nuestros padres han gozado y sufrido rodeados de todo eso que constituye el menaje del país. En esos viejos relojes, cubiertos de rústicas pinturas, han sonado para ellos las horas tristes y alegres: ellos hablaron ese dialecto, ese idio-

ma local con la ruda armonía de sus vocablos y giros pintorescos; los han mecido al son de esas canciones populares tan sencillas y melancólicas; y si es verdad que el medio ambiente influye sobre el pensamiento, el sentimiento y la imaginación, esas reliquias del pasado tienen para nosotros un doble interés, histórico y familiar; son parte de nuestro patrimonio y debemos al menos inventariarlas.

Las exposiciones que la Sociedad proyecta pueden producir la resurrección de alguna industria, que renazca todavía más pujante.

La música y las canciones populares, los dialectos y los provincialismos, pueden hacer concebir las mismas esperanzas. La audición de las canciones campesinas no dejará de ser provechosa para los músicos y los poetas. Aprenderán mejor, escuchándolas, que el secreto de emocionar y conmover no consiste en buscar sonoridades, ni en emplear palabras sonoras, sino en la propiedad del acento y en la sinceridad de la inspiración; aprenderán á amar la naturaleza y á detestar la huera retórica y la vana declamación.

En cuanto á los dialectos y demás modificaciones del lenguaje provincial, Theuriet hace notar de cuánta utilidad será para los que aman la lengua nacional y quieren conocer sus orígenes, hacer así un estudio refrescante y nuevo.

Los escritores jóvenes podrán descubrir un verdadero tesoro de frases alegres, expresivas, sencillas, sentenciosas, impregnadas de un fresco y rico olor de la tierra. Será un rejuvenecimiento y un caudal de riqueza para su vocabulario, y estas riquezas más apreciables para ellos porque las ha producido el sol nacional y no han tenido que buscarlas en tierras extrañas.

Theuriet cuenta todavía con otros provechosos resultados.

Esas tentativas, repetidas, producirán un reverdecimiento y darán vitalidad muy grande al espíritu provincial. Reunidas así tales reliquias de otros tiempos, inventariado ese patrimonio, cada provincia renacerá al amor por esta multitud de objetos familiares que constituyen su originalidad, y que una centralización excesiva les había hecho desdeñar. Se conocerá mejor á sí misma y se estimará más. Tendrá con-

ciencia de sus condiciones naturales y se ocupará con más perseverancia y energía de hacerlas valer, sin tener siempre los ojos fijos en el París absorbente que la hipnotiza y le roba toda iniciativa. Como Anteo, recobrará toda su fuerza en su propia tierra.

De esta suerte, concluye el escritor mencionado, cada pequeña patria francesa constituirá un hogar generoso y animado y de cada uno de estos hogares se exhalará un igual calor de ternura por la patria grande, que al mismo tiempo será más fuerte y también más virilmente amada.

Las ideas expuestas por Theuriet coinciden con las contenidas en la conferencia cuyo extracto apareció en esta REVISTA, ideas que seguramente harán su camino, con más ó menos lentitud, sí, pero al fin lo harán porque la necesidad ha de imponerlas.

Hoy por hoy, muchas gentes, ó superficiales ó interesadas, cierran los ojos á la luz, no atienden al fondo de la cuestión, concediendo gran importancia á los detalles del momento, sin cuidarse de lo permanente, que son las causas.

Tengamos en cuenta que ninguna idea, ninguna doctrina, se ha propagado sin exageraciones, modificándose más tarde en todo lo que con la realidad pugnaba, subsistiendo lo práctico, quedando el remanente lógico y natural.

Y lo mismo sucederá, así es de esperar, con el regionalismo.

AURELIANO J. PEREIRA.

Madrid Agosto 1895.





ANTONIO DE SERPA PIMENTEL

(AUTOBIOGRAFÍA)

(*Conclusión.*) (I)

«Después de cuatro años, en 1876, ocurrió la crisis financiera ó monetaria, que de ambos modos se llamó, sin duda porque participaba de uno y otro carácter. Debióse principalmente dicha crisis á haber jugado á la Bolsa con los fondos españoles y á la creación de establecimientos financieros del todo innecesarios. No sólo no motivaron la crisis las operaciones realizadas por el Gobierno, sino que, merced á ellas, adquirimos gran crédito en Londres, por el hecho de haber transcurrido cuatro años sin que acudiésemos á aquel mercado, lo que me permitió, para acabar con la crisis, proporcionar dinero á los principales Bancos, según sus condiciones y los fondos del Estado que poseían, para lo cual hice que inmediatamente trajeran de Londres, á precio moderado, todo el oro á mi parecer preciso. Á los pocos meses (sin otra pérdida que la de los que carecían de me-

(1) Véase la página 225 de este tomo.

dios de vida), los establecimientos de verdadero arraigo habían devuelto al Estado el dinero que les prestó y éste á su vez hizo lo propio con los banqueros de Londres, compensándose así ambas operaciones. Todo esto consta en las memorias y documentos presentados á las Cortes.

El Ministerio durante cuyo mando acaecieron los hechos que acabo de referir dejó el poder antes del mes de Abril de 1877. Un año después volvíase á encargar Fontes de la formación del Gobierno, que organizó con casi todos los Ministros de su Gabinete anterior. Invitóseme también y acepté. Por primera vez entré en el Ministerio sin poner dificultades ni sentir repugnancia, y fué asimismo la primera vez que no debí entrar, porque dicho Gabinete era como una restauración ministerial, y tales restauraciones son siempre inconvenientes á la par que poco duraderas. Y así sucedió, porque al año caía de nuevo el Gobierno de que yo formaba parte.

Siguióle un Gobierno organizado por Anselmo Braamcamp, amigo personal mío aunque adversario político, y después otro Gobierno que presidió Antonio Rodríguez Sampaio.

Durante esos dos Ministerios á que no pertenezco, compuse y publiqué mis dos obrillas *Alejandro Herculano y su tiempo* y *Cuestiones de política positiva*. Si alguna vez hago de ellas una nueva edición, habré de refundirlas y aumentarlas, porque las escribí á vuela pluma y con escaso estudio.

En Diciembre de 1881 volvió á ser llamado Fontes Pereira de Mello para constituir Ministerio; conservó casi todos los Ministros del Gabinete Sampaio y me rogó que aceptase la cartera de Negocios extranjeros. Hallábame entonces en París procurando negociar un nuevo tratado de comercio, porque Francia había denunciado todos sus tratados comerciales anteriores. Mi respuesta á la invitación de Fontes fué una negativa terminante; pero su insistencia y las circunstancias de orden político que alegaba hicieronme replicar que aceptaba, si bien con la expresa condición de salir en la primera oportunidad que se presentase ó cuando se modificara parcialmente el Gabinete.

En aquel Ministerio, y con una cartera ingrata como es la de Negocios extranjeros en un país pequeño y alejado, por su posición geográfica, de las cuestiones más graves de política internacional, intenté hacer algo útil. Encontré en la secretaría un documento interesante firmado por nuestro Ministro en Londres, mi amigo D. Miguel de Antas, acerca de nuestra antigua cuestión con Inglaterra respecto á los territorios de la embocadura del Congo, cuya soberanía habíase negado siempre á reconocer aquella potencia. Traté de estudiar la cuestión histórica á fondo, principalmente en las publicaciones del sabio Vizconde de Santarem y del Marqués de Sá da Bandeira. Y como nuestro Ministro en Londres estaba en las mejores relaciones políticas y particulares con sir Carlos Dilke, á la sazón *leader* del Gobierno inglés en la Cámara de los Comunes, con grandísima influencia en el Gobierno y de ideas modernas—verdadero hombre de Estado,—resolví entablar negociaciones oficiales para hacer un tratado con Inglaterra, en virtud del cual reconociese esta potencia nuestros derechos sobre el Congo. Sir Carlos Dilke hallábase bien dispuesto y quedaron acordadas las bases principales.

Acaeció entonces una cosa que empezó á contrariarnos. Encargóse Dilke de una cartera secundaria, como hay muchas en el Gobierno inglés, y dejó, por lo tanto, de ser *leader* del Gabinete y de ocuparse en negocios importantes, políticos y diplomáticos. Por este motivo, y quizás también por algunas influencias é intrigas extrañas, empezó á echarse atrás el Ministro de Negocios extranjeros tocante á varias de las condiciones que antes parecían aceptadas y á mostrarse exigente, resultando de aquí que el tratado, que estuvo á punto de concluirse y firmarse, no podía sernos ya tan marcadamente favorable como en un principio, y eso que nos asistía toda la razón.

Así que al presentarse la primera modificación ministerial—caso que, según convine con Fontes, había de aprovechar yo para salir del Gabinete,—salí, en efecto, separándome sin pena de la cartera de Negocios extranjeros, y contribuyendo á que pasase á ella mi compañero y amigo

Barboza du Bocage, que ultimó el tratado con Inglaterra sobre el Congo, prosiguiéndolo en los términos en que yo lo había dejado. Sabido es que el Gobierno inglés no lo ratificó á causa de la seria oposición de Alemania y presumo que también por los manejos del Rey de Bélgica, que ya entonces pensaba en la famosa y singular creación del Estado libre del Congo, que le indemnizase de los gastos considerables que hizo auxiliando las exploraciones de Stanley en el interior del África, el cual Estado ahora se dice que va á liquidar sin conseguir aquella indemnización, como sospeché y preví, cosa para la que no se necesitaba tener ojos de lince.

Apenas dejé el Ministerio, me comisionó mi sucesor en el departamento de Negocios extranjeros, incansable como pocos en la defensa de los intereses de nuestro país, para que fuese á París, Berlín, El Haya y Londres á tratar del asunto del Congo, y entonces también representé al Gobierno, juntamente con nuestro Ministro en Berlín, en la célebre conferencia diplomática que en esta capital se verificó de Noviembre de 1884 á Febrero de 1885, llamada la Conferencia del Congo.

Á propósito de lo que allí pasó, escribí no ha muchos días, con motivo de haber anunciado los periódicos extranjeros que se iba á liquidar el célebre Estado libre ó colonia del Rey de los belgas, el artículo siguiente:

«Habiendo Stanley, como otros, atravesado atrevidamente el Africa, creyó que había en aquellas regiones valiosas riquezas que explotar, y que podía formarse un gran Estado ó colonia, cuyos derechos de descubridor le pertenecían. Y necesitando capitales para conseguir su exploración, que al principio parecía científica únicamente, se dirigió á una persona rica é inteligente, al Rey de Bélgica. Pero el Estado ó colonia que se formase en el interior no tenía porvenir á no disponer de una salida al mar, que, según la naturaleza indicaba, había de ser la embocadura del río Congo con sus márgenes.

»Acontecía, sin embargo, que la embocadura del Congo no se podía atribuir á los descubrimientos de Stanley,

porque la descubrieron siglos antes los portugueses, y éstos mantenían su antigua pretensión de dueños del terreno adyacente á dicha embocadura, á pesar de no ejercer dominio efectivo por la oposición que siempre les hizo Inglaterra, la cual, á última hora, llegó á firmar un tratado por el que reconocía nuestros derechos. En estas circunstancias logró el Rey de Bélgica que el Príncipe de Bismarck, que entonces *mandaba en todo*, no sabemos con qué condiciones, porque el Príncipe de Bismarck no da nada sin obtener algo en cambio; logró, decía, que aquél obligase á Inglaterra á que no ratificara el tratado que acababa de hacer con Portugal y convocara en Berlín la célebre Conferencia del Congo.

»En ella, contra lo que muchos creen, no se trató de la creación del Estado libre del Congo, ni de los derechos de soberanía que alguna nación tuviese ó dejara de tener en las márgenes del Congo ó en cualquier territorio interior. La conferencia duró varios meses y salió de ella un trabajo un tanto anodino por el que se establece que en el vasto territorio que forma la cuenca del Congo, sea cual fuera la nación de las representadas en la conferencia á quien perteneciese, habría libertad religiosa y de navegación por el Congo y el Níger, prohibición del tráfico de esclavos, neutralidad en caso de guerra entre las naciones aludidas, ningún derecho diferencial de bandera, y que durante veinte años por lo menos tampoco habría derechos de entrada ni de tránsito para las mercancías que se importasen. Perseguíase con los dos últimos puntos que se les hiciese la boca agua á las naciones comerciales como Inglaterra y Holanda.

»Pero entonces, ¿para qué sirvió la conferencia? Para que á su sombra se negociase, con la connivencia oficial de Bismarck, el reconocimiento del Estado libre del Congo por las naciones europeas allí representadas; el cual Estado libre, después de reconocido, se adhirió, como se establecía que cualquiera Estado independiente podía hacerlo, al tratado internacional de la conferencia de Berlín.

»Desde que empezó la conferencia y paralelamente á las

negociaciones de los tratados entre las naciones para el reconocimiento del Estado libre del Congo, era opinión general, aunque sólo se dijera al oído ó en conversaciones particulares, que á aquel Estado se le reconocerían ambas márgenes del Congo desde su embocadura, pretiriendo nuestras pretensiones ó derechos. Sin embargo, Francia, que también tenía intereses en la cuestión, no se nos mostraba desfavorable. Inglaterra quería darnos un bocadillo de la margen izquierda, junto á la embocadura. Y el Príncipe de Bismarck, que cuando se trata de intereses de su país quizás peque de poco escrupuloso, pero que fuera de este caso desea ser correcto y no hacerse odioso ni aun á las naciones pequeñas de las que nada teme, puso un *basta* á las pretensiones de Stanley, de los representantes de los Estados Unidos y del Rey de Bélgica, y al Estado libre del Congo le asignó solamente la margen derecha del Congo menos Cabinda, y nosotros, además de esto, nos quedamos con la margen izquierda hasta Ambrás en el litoral, y en el interior con mucho más de lo que nos quería reconocer Inglaterra,

» Todo el que conoce algo lo que es la administración colonial, advirtió muy luego que el nuevo Estado del Congo, aunque comunicara con el mar por una ancha zona de terreno y por un río como el Zaire, y aunque poseyera ambas márgenes, habiendo renunciado á imponer ningún derecho á las mercancías que se importaran y aun imponiéndolo, no podía en los primeros años ni en los primeros decenios, ni tal vez antes de medio siglo, obtener un razonable ingreso líquido con la administración de aquel gran Estado, salvaje en su mayor parte, y necesitado de gastos de importancia y de empleados prácticos y probos para su explotación.

» Esto puede hacerlo una nación, nunca un solo individuo, aunque sea rey y muy rico.

» Hé ahí la razón de que, según dice *Le Temps*, piense estudiarse el mejor medio de liquidar el Estado del Congo. Los gastos han crecido de modo extraordinario, sin que los ingresos aumenten proporcionalmente. ¡Y cómo no! Nece-

sítase ignorar por completo lo que son colonias, y colonias en un país como Africa, para imaginar lo contrario. El Rey de Bélgica pierde el dinero que ha gastado en esa fantasía que el célebre Stanley le metió en la cabeza. No nos da pena ninguna. Las acciones poco generosas también se pagan á veces en esta vida.»

Durante la conferencia de Berlín me sirvió de algo mi vicio de periodista. Escribí multitud de artículos, que logré publicasen como de sus respectivas redacciones periódicos franceses de diversos colores políticos acerca de lo que pasaba en la conferencia. Un distinguido periodista francés, muy relacionado en la prensa de su país, me sirvió de intermediario. Recibía, copiaba y modificaba, según lo creía oportuno, mis artículos, y presumo que varios de éstos que salieron á luz en diarios nada sospechosos influyeron favorablemente para nosotros en algunos individuos de la conferencia que no eran secuaces del Rey de Bélgica y de Stanley ó *servi a mandatis* del Príncipe de Bismarck.

Cuando regresé de la conferencia de Berlín duraba aún el Ministerio Fontes, el último de los formados y presididos por él. Sin hacerle la oposición en la Cámara, discrepé del Gobierno en algunos de sus actos, no porque en sí y en absoluto fueran malos y censurables, sino porque me parecieron intempestivos ó inoportunos, contándose entre los mismos el contrato para las obras del puerto de Lisboa.

En política y administración la oportunidad es condición esencial. De ordinario es excelente, ventajoso, óptimo construir carreteras y ferrocarriles, puentes y arsenales y todas las mejoras materiales de utilidad que no cabe poner en duda. Pero todo esto exige gastos públicos, y cuando éstos exceden, no diré en su *quantum*, sino en su interés, á los recursos actuales del país y hasta á sus recursos probables, durante la época en que tales mejoras han de producir sus beneficiosos resultados económicos, las repetidas mejoras son excesivas y por tanto inoportunas, y conducen más ó menos tarde á la pérdida del crédito del Estado y á la bancarrota. Aquel sistema, que desaprobé en lo que entendí que tenía de exagerado, continuó con circunstancias agra-

vantes en el Ministerio que sucedió al de Fontes, y la pérdida del crédito y la bancarrota llegaron al fin, como no podía menos de suceder. No basta que una cosa sea en absoluto buena y útil para que resulte conveniente; es necesario que no acarree consecuencias que produzcan males mayores que los bienes.

Fontes Pereira de Mello falleció poco después de la caída de su último Ministerio. Entonces, la mayor parte de mis amigos políticos, antiguos Ministros, me designó para jefe del partido regenerador, al cual pertenecía yo treinta años ha. No cabe duda de que hicieron tal elección fundándose en que yo era el decano de los exministros, circunstancia que motivaba despertase mi nombre menos competencias y rivalidades que cualquiera otro. Acepté únicamente porque preví que, de lo contrario, el partido se iba á fraccionar, lo que en aquella ocasión hubiera sido perjudicial para la cosa pública, frente á un Gobierno fuerte al que todos combatíamos francamente, por creer errónea su política y muchas de sus determinaciones inconvenientes, por no emplear palabra más expresiva.

Á no ser por la circunstancia que acabo de indicar, nunca hubiera aceptado un cargo para el que conozco que tengo el mayor de los defectos en un jefe político: el no agradarme el mando y detestar el ser Ministro.

Para este modo de sentir tengo, aparte de razones de índole particular, las dos siguientes:

Que en mi país, y me parece que también en otros, excepto en Inglaterra, para que los Ministros desempeñen bien su oficio, necesitan por modo imprescindible ocupar casi todo el tiempo en el estudio y resolución de asuntos insignificantes, y nada hay tan aburrido.

Que—y esto es para mí de suma importancia—al Ministro en nuestro país le absorben todo el tiempo los negocios de política y administración, sean pequeños, como antes dije, sean de verdadera importancia. Quien prefiere á todas las cosas de este mundo la literatura y la ciencia en general; quien, muy distante ya de las pasiones de la juventud, considera el placer supremo la lectura de los libros de his-

toria, política, progresos científicos, revistas periódicas y últimas producciones de los escritores célebres, se ve obligado á prescindir, para desempeñar medianamente su cargo, de esta ocupación agradable. Hé ahí por qué detesto el ser Ministro. Voy á justificar este parecer mío con lo que en un tiempo me aconteció.

Cuando fuí, durante cinco años seguidos, Ministro de Hacienda, tuve que dejar mis acostumbradas, entretenidas é interesantes lecturas. Apenas me alcanzaba el tiempo para los mil asuntos de aquel departamento. Con gran espanto mío, al salir del Gobierno me hallé tan ignorante del movimiento literario y científico, ó, para mejor decir, tan ignorante de los adelantos del mundo, que tropecé con dos ciencias nuevas de las que no tenía la menor idea y de las de mayor importancia en la segunda mitad de este siglo, por las consecuencias que han de producir en lo futuro.

Una de ellas es la ciencia, si puede llamarse así, ó conocimiento de los hechos prehistóricos, que para la historia del hombre y de la tierra, para las ciencias que se relacionan con la humanidad y la geología, para la antropología é historia de las razas, y hasta cierto punto para la ciencia á que dieron el nombre bárbaro de sociología, encierra elementos y consecuencias incalculables.

La otra ciencia nueva con que me encontré, y de la que no tenía la menor idea, si es que también se la puede llamar ciencia, porque verdaderamente no lo es, sino idea científica que ha causado honda revolución en muchos ramos del saber, es la llamada hipótesis de Darwin, la cual, aun con no ser más que hipótesis, ha trasformado las ciencias naturales. Los trabajos y largas investigaciones y experiencias de Darwin y de otros naturalistas prácticos, la idea de la variabilidad ó no fijeza de las especies botánicas y zoológicas, de la selección natural y evolución progresiva, de la continuidad no interrumpida en el desarrollo de la vida en el globo, han ocasionado una revolución no solamente en las ciencias naturales, sino hasta en las ciencias morales y sociales, á pesar de la guerra que viejas y seculares preocupaciones hacen á estas nuevas teorías.

Todo esto lo ignoraba yo; todo esto fué para mí una novedad, únicamente porque durante algunos años dejé de leer revistas y libros. Y no quiero que vuelva á ocurrirme. Tal es una de las razones por que me repugna ser Ministro.

Finalmente, en Enero de 1890, habiendo presentado la dimisión el Gabinete que hacía cuatro años se hallaba en el poder y que contaba con mayoría en las dos Cámaras, después de aceptar el *ultimátum* de Inglaterra en la cuestión de la soberanía en los territorios del interior del África oriental, fuí encargado de formar Ministerio. No podía rehusar siendo jefe de un partido que había hecho la oposición al Gobierno dimisionario. Declinar el poder en aquellas tristes circunstancias hubiera sido una cobardía. Pero no lo eludí. Aceptado como estaba el *ultimátum* inglés, tocábale al nuevo Gobierno el ingrato cometido de negociar la capitulación. Por esto aquel Ministerio y aquella situación duraron pocos meses.

Hé aquí, querido Bulhão Pato, mi autobiografía política. Procuré hablar *quantum satis* de mí y lo menos posible de los demás, á fin de no tener que avalorar y criticar actos ajenos; de donde resulta que cuanto acabo de escribir es de escasísimo interés para el público. Pero cumplí lo que me pediste.

Soy un político tachado con razón de optimista, nota discordante en medio del pesimismo ahora tan generalizado. En mi ya larga vida he seguido siempre con interés el movimiento político, y veo que hemos conquistado la libertad y la igualdad civil, que hace sesenta años era aún para la mayor parte un *desiderátum* y para muchos una utopía. La actual generación concede poca importancia á ese adelanto porque no vivía en tiempos en que se carecía de él. Las costumbres públicas han mejorado y progresado por modo notable; la tolerancia, virtud esencialmente moderna, es mayor que antes; se aplica con más perfección la justicia, y la criminalidad, no obstante los recientes atentados del anarquismo, que constituye una locura ocasional, ha disminuído. Á la cuestión propiamente política sucede

ahora la llamada cuestión social. Hállase en sus comienzos, pero al fin, como todas las cuestiones, ha de resolverse en un período más ó menos largo. Tocante á los progresos científicos, han sido de tal orden en nuestro tiempo, que esta sola circunstancia basta para que los que piensan miren con agrado la vida moderna. De aquí que sea yo optimista.

Cierto que la ciencia novísima, á la que aun hay quien niega su calidad de tal, llamada sociología, está tan atrasada que no es fácil prever con vislumbres de exactitud los principales acontecimientos futuros de la vida social del mundo. No obstante, y aun antes de haberse hablado de esa ciencia y de bautizarla, quien meditaba en los sucesos pasados que refiere la historia y en los por él presenciados, anunciaba al punto, sin aspirar por esto al título de profeta, muchos de los sucesos que habían de realizarse. Acuérdate que á un distinguido caballero francés, amigo mío, que habrá como treinta años que estuvo en Portugal y con quien departía acerca del estado político de su país, dije muchas veces que abrigaba la convicción de que ocurriría un hecho importante en vida mía. Referíame á la caída del segundo imperio. No me engañé, y eso que por aquella época estaba Napoleón III en todo el esplendor de su influencia y poderío.

¿Cabe hacer actualmente respecto á Europa ó á varias de sus principales naciones, sin peligro de error, algunas profecías semejantes? Creo que sí. Hoy atraviesa Europa una situación difícil. En la *struggle for life*, en la lucha por la vida, en el campo económico, Europa es combatida y derrotada por América. Hubo un tiempo en que América nos mandaba sus admirables productos naturales de primera necesidad, y Europa, en cambio, mandábale los productos de su industria. Hoy América produce industrialmente y tan bien, y dentro de breve plazo podrá producir de todo como Europa. En este caso la decadencia de Europa sería, á lo que parece, inevitable. En esa lucha por la vida, ¿cuáles son las principales ventajas de América? Una de ellas consiste en no tener el peso de las deudas públicas que

aplasta á los contribuyentes y ciudadanos activos de todas las naciones de la vieja Europa. La otra, más importante aún, consiste en que sobre éstas gravitan también los gastos de los grandes ejércitos permanentes, y aparte de los gastos, absorben aquéllos las fuerzas vivas de los Estados, millones de mancebos en todo el vigor de la juventud, que en vez de emplearse productivamente hacen ejercicios militares y son, por lo tanto, inútiles para la producción de la riqueza pública. Y de aquí resulta además que buena parte de los brazos restantes que podían trabajar, para eludir el servicio militar y las contribuciones, hijas de los enormes gastos militares y de la deuda pública, emigran á América, donde son menores las cargas, sobre que hay terrenos no explotados, y por consiguiente, mayor campo en que aplicar el trabajo con probabilidades de lucro. Esta situación de Europa es muy perjudicial.

En cuanto á las deudas públicas de los Estados, las repúblicas americanas, empezando por la más importante y adelantada, van siguiendo los ejemplos y errores de la vieja Europa. Pero en lo que se refiere á los gastos militares, conservan aún una gran ventaja sobre Europa, mientras no disminuyan en ésta sus ejércitos permanentes ni sus exagerados gastos de guerra; lo que no sucederá—aquí viene mi fácil profecía—en tanto no vuelvan á formar parte de Francia la Alsacia y la Lorena. La separación de los Estados por nacionalidades es uno de los hechos predominantes de nuestro siglo y ha sido la causa esencial ó el protexto de todas las guerras internacionales de Europa desde fines del primer imperio francés, y sólo habrá paz segura y definitiva en esta parte del mundo cuando cada nacionalidad constituya un Estado independiente. Y al decir nacionalidad, nos referimos menos al origen étnico y á las cuestiones de raza, para las que se muestra indiferente la gran masa de la población, que á la voluntad de esta misma.

Tiempo atrás, Europa no podía desarmarse á causa de la cuestión de Oriente, pero esta cuestión ya ha perdido casi toda su importancia. El imperio otomano en Europa es hoy un cadáver, al cual no han enterrado aún por no haberse

puesto de acuerdo las potencias respecto á quién se ha de quedar con el territorio ya pequeño que aquel cadáver ocupa. Actualmente la única cuestión de importancia que obliga á Europa á permanecer en pie de guerra y á que no disminuyan los gastos militares que arruinan á varias naciones es la cuestión entre Francia y Alemania con motivo de la Alsacia y la Lorena. El equilibrio que resulta de la triple alianza ó de cualquiera otra combinación del mismo género no será sino un equilibrio inestable. Paz segura, desarme general, cesación de los grandes gastos militares y de arrebatarse á la agricultura, la industria y el comercio brazos sin cuento, con lo que se sacrifica los intereses de Europa frente á América, se tendrán después que se resuelva la repetida cuestión. Probablemente no alcanzaré á verlo, pero sucederá en plazo más ó menos largo. Así me lo dicta mi optimismo.

Tocante á nuestro país, también discrepo de los pesimistas.

Entiendo, contra el parecer de algunos de éstos, que la nacionalidad portuguesa es de las que están más perfectamente definidas y que su cometido histórico no se puede dar por completamente terminado. Somos un pueblo expansivo y colonizador á pesar de lo corto de nuestra población y de la pequeñez del territorio que ocupamos en Europa. Y así como poblamos la mayor parte de las islas del Océano Atlántico y el Brasil, tenemos todas las condiciones para colonizar y poblar el vasto territorio que poseemos en el continente del África occidental, cuyo desenvolvimiento en los últimos años es innegable y resulta rápido y progresivo.

Creo en este porvenir.

La biografía de cualquier persona que en más ó menos ha influido en la política de su país no se ciñe á sus actos públicos, sino que debe abrazar, aunque sólo sea en resumen, su modo de pensar; he tratado de cumplir también con este punto en lo que dejo escrito y de la mejor manera que me ha sido posible, satisfaciendo el deseo que me manifestaste, mi querido Bulhão Pato.

Haz el uso que se te antoje de esta sincera autobiografía, que me pediste para el libro que piensas publicar, y dispón siempre de tu antiguo y leal amigo

A. DE SERPA PIMENTEL.»

Aunque lo indicamos en nota al comienzo de este artículo, no queremos dar por terminada nuestra modestísima tarea de traductores sin poner de realce una vez más el mérito que resulta del modo sencillo y franco con que se expresa el Sr. Serpa Pimentel.

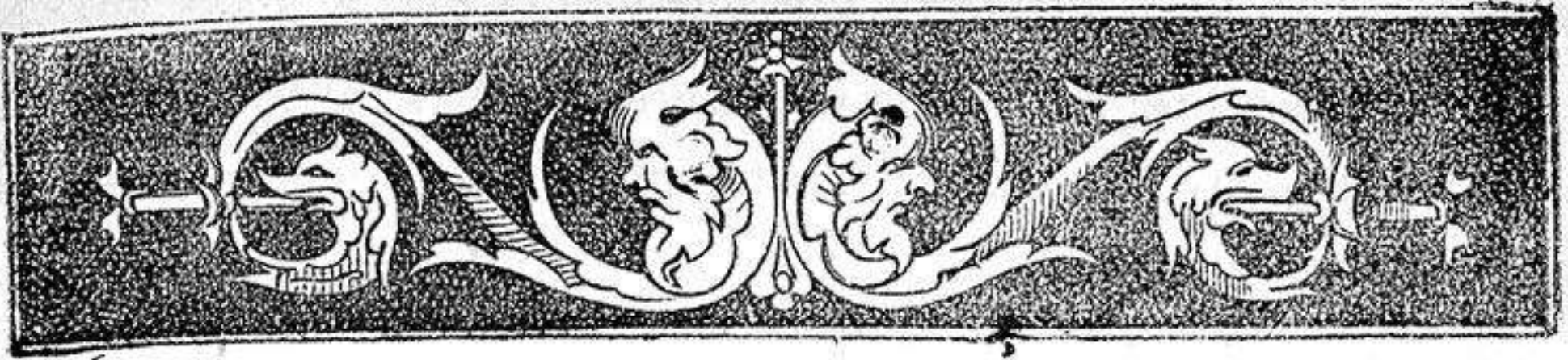
Pero como nada iguala en elocuencia á los hechos, adviértese al punto que se lee la biografía que el insigne político portugués es una de las personas que mayores y más grandes servicios han prestado á su patria. Con acierto plausible acudió ésta á sus talentos y laboriosidad en momentos de angustia, y los resultados obtenidos demuestran que atesora Serpa Pimentel las dotes de un gran estadista.

La repugnancia que siente á ser Ministro—en esta época en que son tantos los que se desviven por gobernar al prójimo—y la razón que alega encantan al lector: Serpa Pimentel prefiere el estudio, al que con tanto provecho dedica su actividad, á los oropeles del mando.

Como es persona, según advierte el Sr. Bulhão Pato, de buena salud á pesar de su aspecto delicado, confiamos que ha de enaltecer aún más su nombre, para lo que Dios querrá concederle largos años de vida.

Quién, agobiado por los mil cuidados que pesan sobre un gobernante en circunstancias difíciles, halló tiempo para ir silencioso á llorar sobre la tumba en que descansan los restos de su desventurado hijo, tiene un hermoso corazón. Que es de intachable honradez, sus actos lo pregonan. Su talento, bien probado está. ¿Qué más se necesita para ser un gran hombre?

R. ÁLVAREZ SEREIX.



LA VIUDA

I

Fuera pueril reproche
tildar su corazón de flaco y tibio
porque en traje de alivio
dignóse abrir anoche
las puertas de su hogar, antes cerrado
como sombrío templo á la memoria
del muerto consagrado,
y la sacerdotisa
inauguró sus tes de primavera
y recobró la plácida sonrisa.
Contra la ruin murmuración la escuda
que haya durado, al fin, su amarga pena
un poco más del año de viüda
que el libro santo de la ley ordena.

II

Chispeaban los diamantes
en sus cabellos negros y abundantes,
negrura y claridad que coronaba,

en consorcio feliz, el *medio luto*,
porque manda la moda en su estatuto,
cuando la noche del dolor se acaba
y el consuelo amanece,
que vayan clareando los vestidos,
de sombra y luz teñidos,
como diciendo que á la *pena negra*
sigue la *pena gris*... Cuenta la fama
que las heroicas hembras
de la sombría religión de Brahma,
al llegar el infausto
día de su viudez, en holocausto
de amor, se arrojan á la misma llama
donde arden sus maridos,
con la esperanza de vivir con ellos
en el eterno espíritu fundidos.
¡Sublime abnegación! Mas ¿qué remedio?
La misma ley brahmínica nos prueba
que, en la incesante vida que renueva
el mundo, y la materia fecundiza,
para que no renazca á vida nueva,
cual todo, el corazón, sólo hay un medio:
reducirlo á ceniza.
Que en tanto que circule
por él la sangre juvenil, y corra
la savia por el árbol,
que las señales de su tronco borra,
de nuevo echarán flores
los árboles desnudos y ateridos,
de nuevo se abrirán á los amores
los corazones por la muerte heridos.

III

De su dolor testigo,
trémula, sin color, desmelenada,
la arranqué del cadáver de mi amigo;

y se agitó convulsa, entre la vida
y la muerte, cual rama desgajada
por invisible rayo,
y con voces dolientes
volvió de su desmayo,
al esposo llamando, y como fuentes
vivas se hartaron de llorar sus ojos,
y cubrió largo tiempo de crespones
sus pálidas facciones,
y de talar y negra vestidura
el aéreo perfil de su figura.

IV

Pero el tiempo, cual mago misterioso,
tocó su corazón con blanda mano;
su bálsamo piadoso
puso en la herida del dolor insano;
devolvió as
el delicado esmalte, á su cintura
la delgadez flexible,
á su pecho la altiva curvatura;
y la sacerdotisa
del templo del dolor colgó sus hábitos
y recobró la plácida sonrisa.

V

¿Y qué puede importar, desde la altura
de la inmortalidad, donde domina
el alma del difunto
la creación divina,
ver lejana la tierra como un punto
en la infinita creación perdido,
y cual punto á su vez imperceptible
de este grano de arena,
la mujer y su olvido
ó su fidelidad inextinguible?

VI

Brillaban las arañas
en el recinto abierto á los sonidos
y rústicos perfumes
del valle y las montañas,
primaverál efluvio que convida
al amor de la vida.
Correcto diplomático
bebía, á sorbos lentos,
el licor aromático,
entregado á sus graves pensamientos;
y los demás hablaban en voz baja
ó callaban, atentos,
en tanto que una joven
de ojos azules y cabellos de oro,
en el marfil sonoro
tocaba una sonata de Beethoven.
En esto, un caballero,
entrando en el salón, hizo un saludo
ceremonioso y mudo,
sentóse al lado de la viuda, y ella
no sé lo que sintió, que, conmovida,
brilló en sus ojos la fugaz centella
de la emoción, en vano reprimida,
y su pecho latió, como un oleaje,
debajo de las blondas de su traje.

VII

Cimbréase la espiga al peso leve
del pájaro que en ella se ha posado,
y su tallo sutil también se mueve
en seguida que el pájaro ha volado.
Por eso, no estoy cierto,

ante un pecho de viuda conmovido,
de si piensa en el ánima del muerto
ó en pájaro de amor recién venido.

VIII

¿Y qué le hemos de hacer? Eterna dura
la ley que, destruyendo y renovando,
naturaleza impone
á toda criatura.

Por eso dijo Brahma: «Esa es la hoguera;
la que haya de ser fiel, al punto muera»
sabiendo que, si tarda
en arrojarse al tálamo de fuego,
fácil será que arda
el fuego dentro de ella,
y que, ya de sí misma compasiva,
menos horrible tálamo reciba
en su regazo el cuerpo de la bella.

LIBRERIA EDITORIAL DEL JUAN ALCOVER
ALCALÁ DE HENARES



LA VERDAD DEMOSTRADA ⁽¹⁾

III

GUERRA

Como pudiéramos llamar el Ministerio de Fomento de gastos reproductivos, puede llamarse el Ministerio de la Guerra de gastos improductivos.

Mas otra cosa peor sucede con la existencia del Ministerio bélico (que se da de cocotazos, permítasenos la frase, con la democracia). Este Ministerio tiene que apadrinar la odiosa redención á metálico, ó tiene que imponer el servicio militar obligatorio. La civilización, esta tan decantada civilización de los tiempos presentes, no ha podido influir bastante para constituirse las nacionalidades sin la horrible plaga de los ejércitos permanentes, y fomenta la existencia de éstos la obligación contraída de disputarse el poderío colonial unas y otras naciones.

El diputado Sanz enumera las reformas que han de hacerse previamente al servicio militar obligatorio, y que reclaman capítulo en el presupuesto de gastos. Esas reformas son para que la vida interior de los cuarteles sea tal que

(1) Véase la página 286 de este tomo.

puedan estar y soportarla la mayoría de los españoles; mas teniéndose presente que la igualdad absoluta, á fin de que todos vengan al ejército por el mismo tiempo, ésa no existe tampoco en ninguna nación, ni es conveniente, porque vendría á paralizar, á matar la vida intelectual é industrial, toda vez que tendrían que abandonar todos los jóvenes sus carreras ó las profesiones á que se hubiesen dedicado.

Se opina por unos que el número de soldados debe estar en proporción con la población de un país, mientras opinan otros que el ejército debe estar en proporción con el fin que ha de realizar, con la situación topográfica, política é histórica de cada país. Aquí pudiéramos recordar la preciosa fábula de los galgos y los conejos, esto es, que estando en estas y otras razones (los Sres. Amat y Sanz), ha venido á contristarnos la guerra de Cuba, que nos lleva hombres y dinero por impericia ó vanidad nacional; y como de esto se trata, no tenemos acierto bastante para dar en la cabeza á la formidable víbora llamada *el filibusterismo*.

El proyecto presupuesto del Ministerio de la Guerra se ha discutido con tanta detención, que no existe punto de comparación con la manera de discutir el último presupuesto de 1893-94, puesto que se ha discutido extensamente la organización dada al ejército español. «Y sin embargo, decía el Sr. Lloréns, en los escaños de los conservadores sólo veo hasta cuatro diputados; en los demás lados de la sala no se hace visible nadie más que la guardia negra establecida para escolta del Gobierno conservador, con la obligación de prestar servicio permanente, por el ilustre jefe del partido fusionista, Sr. Sagasta, y los republicanos que acompañan á la minoría carlista». Añadiendo: «Va haciéndose necesario que en tiempo oportuno se presente un proyecto de reforma al reglamento del Congreso, diciendo que sólo cuando se trate de cuestiones personales, y pueda, por consiguiente, estallar un escándalo, tengan los diputados la obligación de asistir á las sesiones».

Buen epigrama ó sarcasmo.

Veamos ahora una conclusión:

	Guerra.	Marina.
Presupuestos.....	138.772.000	23.000.000
Personal de esos presupuestos.....	83.000.000	17.000.000

Si es cierto que desde el año 1876 se han hecho esfuerzos inauditos para reducir las escalas, es lo cierto que el número de generales políticos es aún abrumador.

La comparación con Europa es la siguiente para un ejército en tiempo de paz:

Alemania.....	Un oficial para 24 soldados.		
Francia.....	Un ídem	22	íd.
Inglaterra.....	Un ídem	21	íd.
Austria-Hungría..	Un ídem	15	íd.
Bélgica.....	Un ídem	14	íd.
Portugal.....	Un ídem	13	íd.
España.....	Un ídem	8	íd.

Esto, como dijo el crítico, ello mismo se comenta.

Aun creemos necesario citar otra comparación para que se vea claro dónde están los orígenes de nuestras desdichas, y cómo se tuerce el sentido del honor tratándose de presupuestos del Estado:

Presupuesto de Guerra.	Cuesta cada soldado.
Inglaterra.. 438 millones.	1.920 pesetas.
España.... 138 íd.	1.700 íd.
Italia..... 442 íd.	1.230 íd.

Luego viene costando cada soldado:

En Alemania..	1.450 pesetas.
En Austria....	1.000 íd.
En Bélgica....	970 íd.

De donde se deduce fácilmente la desorganización preponderante de nuestro orden económico en el presupuesto de la Guerra. Ejemplo reciente le tenemos en la oscura campaña de Africa delante de Melilla. Gracias que en Asia,

conquistando hermosos territorios en Mindanao, hemos reverdecido nuestros laureles. En América, historia de tantas glorias españolas, Dios quiera que nuestra bandera extirpe de raíz tanto traidor como se esconde en Cuba.

De la discusión técnica mantenida por los diputados Sanz y Lloréns, enfrente de la Comisión, representando á ésta los diputados Amat y Aznar, se pasó á la discusión política, inaugurada por Salmerón, infatigable para combatir. « Dichosamente, dijo, todo aquéllo de que todavía quedan aquí dignos representantes ha desaparecido para no volver. La fuerza militar en nuestro tiempo aspira y tiende con fuerza irresistible á ser la fuerza total de la Nación; no sólo puede decirse que ha terminado, como nota característica de los tiempos, la división entre el ejército y el pueblo, el antagonismo entre el militar y el paisano, sino que el verdadero peligro del militarismo, que radica en el carácter de clase, y que quisiera por tanto la imposición del interés de clase sobre el general de la Nación, se ha conjurado en absoluto desde el momento en que se ha hecho función de toda la Nación. »

Esto, á nuestro modo de ver las cosas, tiene más de teórico que de práctico. Pero todo quiere empezar y bueno es que vaya inculcándose en el ánimo de los ciudadanos la función militar; porque si nobleza obliga, obligados van á estar todos los españoles á no tener para España más que nobles sentimientos, que han de apartar los intereses egoístas, que han sido costosísimos en la Nación, por haber querido medrar cualquier personalidad inconsideradamente, ó por haber pretendido un determinado partido político avasallar la opinión y explotar egoístamente los intereses generales del país.

Ventaja es que el contingente militar haya podido disminuirse de 110.000 hombres á 82.000. Pero no es esto el ideal perseguido, puesto que se considera mejor llegue un día que el número menor de soldados voluntarios, llegando á ser veteranos, puedan servir más que un número mayor de reclutas, disminuyendo así el contingente hasta 70.000 ó 60.000 hombres; calculándose, que sobre la base de los

70.000 costarían unos 18 millones los soldados del servicio obligatorio, mientras que 50.000 hombres voluntarios sólo costarían 13 millones.

Aspecto político tiene esta cuestión, lo impone la realidad y duele tener que reconocerlo así, porque la consideración primordial debiera ponerse en el aspecto humanitario y después en el económico. Amando al semejante se condena el militarismo, fijándose en los sacrificios pecuniarios se repele el presupuesto de la Guerra; pero la política, más influyente siempre de lo que se cree, exige y consigue, dentro como fuera de España, que haya ejército, disciplina cruel, tributos onerosos y premios inmerecidos.

A Salmerón le sorprende, examinando el presupuesto del Ministerio de la Guerra, la desproporción enorme, inverosímil, cuando se le compara con los presupuestos de otras naciones de Europa, entre el personal y el material.

Pues no cabe sorpresa ante la historia contemporánea, donde aparecen los españoles fomentando motines, inquietos en demasía, turbulentos por naturaleza, sin cuidarse de exigir responsabilidades á cuantos españoles desempeñan la autoridad, fomentándose también el desprestigio de ésta. Alardes separatistas por no tener la capitalidad de un cuerpo de ejército, el salto del tapón para romper el estancamiento de las escalas, príncipes de la milicia se nombran, en contraposición de suprimir Francia el empleo de mariscal. Todo revuelto nos lleva á dar de cabeza á la sima de unos presupuestos imposibles.

Resulta la administración central del Ministerio de la Guerra dotada con 3.299.397 pesetas en España, mientras que en Alemania se gasta menos para mantener en tiempo de paz un ejército de 600.000 hombres. Se teme en España, casi puede asegurarse, que para poner en pie de guerra un ejército de 50.000 hombres de infantería y 9.000 de caballería había de tropezarse con grandes dificultades, y tenemos entre ayudantes y oficiales á las órdenes 253, mientras que Italia, con un ejército de unos 200.000 hombres, no tiene más que 100 entre ayudantes y oficiales á las órdenes, estando representada cada una de aquellas plazas por un gasto

anual de unas 5.000 pesetas. Detalles son estas cosas, pero con ellos se forma el conjunto que da por resultado presentarse el monstruo llamado *déficit*, que tantos estragos hace en la tierra española.

Detalles son la partida referente á asistentes, cuyo número está calculado en España en 8.500 soldados, dados de baja del contingente votado por las Cortes; el número de músicos, que está calculado en 2.407, y su presupuesto en algo más de un millón de pesetas; el sostén del cuerpo de Alabarderos, que se equipara próximamente su presupuesto al que tienen dos regimientos de infantería, y el de la Escolta Real al de un regimiento de caballería.

Seguramente que estas cuatro partidas, bajo el punto de vista económico y de los apuros que tiene el Erario público, no pueden defenderse en buena lógica. Pero compárese el daño que hacen al país esos organismos con el que sufre por las ambiciones militares que ponen su objetivo en elevarse á los más altos puestos de la milicia; compárese igualmente con la desorganización que introducen en la sociedad española los políticos que toman como instrumento de sus desmanes el militarismo; además, la música, por ejemplo, en el ejército, sus aires populares, sus melódicos acentos y sus sones bélicos influyen en el ánimo de todos, desde el rancharo hasta el general. No hay proeza bélica que no tenga su himno, no se comprende bien el ardor del guerrero como no vaya acompañado de pasos dobles, y ningún compositor músico nacional ni extranjero, sin excluir á los de más renombre, ha dejado de dedicar un pensamiento al dios Marte.

Podrá tildarse de socialista el despilfarro que se haga en el Ministerio de la Guerra manteniendo el cuerpo de Alabarderos; pero fíjese la atención que éstos en general salen de la clase del pueblo que ingresan en aquel cuerpo por su brillante hoja de servicios, ó al menos debiera ser una recompensa merecida llamar al veterano á prestar un servicio de honor y de pocas penalidades. Si el socialismo triunfante extinguiese el cuerpo de Alabarderos, habría incurrido en una contradicción más.

Los cuerpos auxiliares del ejército español han merecido también detenido estudio del Sr. Salmerón, quien ha dicho: «¿Sabéis, señores diputados, en cifra total, cuál es el número de jefes y oficiales, comprendiendo el generalato, de estos cuerpos auxiliares? El enorme número de 2.026 para un ejército de 82.000 hombres, que se hallan distribuídos en los servicios que voy á examinar rápidamente, fijándome en algunos de ellos en la forma que vais á oír».

Y pasa á hacer la crítica del presupuesto de gastos representado por el cuerpo Jurídico militar, llegando de uno en otro presupuesto al de Sanidad militar, que está representado por algo más de dos millones de pesetas. Contundentes son las razones expuestas en contra de la organización actual de todos los cuerpos auxiliares de nuestro ejército, puesto que dicen todas en contra de la organización vigente, lo cual no es de extrañar, dado el abandono en que tienen en general la instrucción la mayor parte de las primeras figuras de nuestro ejército y decimos mal, porque no es tanto defecto de instrucción de lo que se adolece, como de poco cuidado en el esmero del servicio, cosa que ha de notarse más en tiempo de guerra, donde la personalidad aparece entre todas las jerarquías á campo raso. Napoleón vencía porque daba el ejemplo, Espartero subyugaba á sus soldados, siendo el primero en el peligro, en los sufrimientos y en mantener la disciplina.

En cuanto al clero castrense, podrá haber deficiencia en el personal, pero su necesidad es imprescindible. No se comprende la idea de patria en la tierra sin tener fija la idea de la patria *celestial*. Un talento como el del Sr. Salmerón, su superioridad, no ha de poder brillar en su totalidad concretándolo todo á lo terrenal. Querer llevar al soldado á una muerte segura, sin pensamiento ulterior al de la patria, así ésta se llame España, es el mayor de los delirios; que el cumplimiento del deber tiene su perfección únicamente cuando se trata de Dios, no de los hombres.

Otra cosa es, y muy bien pensado está, criticar, como lo ha hecho Salmerón, que para un presupuesto de 119 millones de pesetas, importe el personal de cuerpos auxiliares 8

millones, mientras que en el material de Artillería sólo se emplean 5 millones, y en el material de ingenieros, comprendiendo lo que corresponde á las necesidades de las fortificaciones del país y á las otras obras peculiares del cuerpo de Ingenieros, otros 5 millones, llegando al punto por demás interesante de la alimentación del soldado español.

¡Pobre y heroico soldado! Sin pasar más allá del año 1833, la crítica imparcial no puede ver más que una serie de impurezas de la realidad entre gentes que tuvieron siempre *barro á mano*, y no les faltó *carne de cañón* para los sangrientos festines preparados por odiosas ambiciones personales, sostenidas por la impunidad, como han venido cometándose de día en día uno ú otro delito político (salvaguardia esta denominación de muchos delitos comunes).

De la comparación minuciosa, hecha con notable cuidado, entre el alimento del soldado francés y el que tiene el soldado español, la ventaja de aquél supera con mucho á la de éste. El soldado francés tiene en tiempo de paz un kilogramo de pan, 250 gramos de carne, 100 gramos de legumbre fresca, 30 de legumbre seca, la sal correspondiente, 25 centilitros de vino y 3 centilitros de aguardiente. En tiempo de guerra tiene la galleta, que ya, merced á los adelantos de este género de industria, aun en campaña se hace pan, y se hace pan á diario; pero cuando no le hay se le dan 735 gramos de galleta, 300 gramos de carne fresca, 250 de carne salada, ó bien 200 gramos de tocino; arroz ó legumbre seca 30 gramos, su sal correspondiente, su azúcar, café, 25 centilitros de vino y 6 centilitros de aguardiente. Todos estos datos han sido consignados por el Sr. Salmerón.

Perjudicado sale con la comparación el soldado español, mas su sobriedad lo suple todo. Recientes están dos hechos del sufrimiento de que es capaz el pueblo español. Este pueblo entregó las reservas militares que le fueron pedidas para ir á combatir en el Riff; viéronse por las calles de nuestras principales poblaciones los reservistas, con escaso alimento, mal vestidos y poco menos que sin hogar, sufriendo resignados la suerte deparada por una mala administración militar. De nuestro ejército hemos visto salir para la isla de Cuba, muy

mal equipadas, tropas que iban á combatir en defensa de la integridad de la patria, sin que el entusiasmo nos llevase á reclamar contra imprevisiones y responsabilidades que deben merecer siempre verdadero castigo. La explicación no resulta, siendo cierto que impunes quedan muchos delitos, quedándolo más cuando están cometidos por elevadas jerarquías. Ciudadanos de derecho mantiene el presupuesto español en todas las esferas oficiales, la dignidad de la toga cuesta cara al contribuyente español (como que es contribución á la manera de la de consumos, que nadie escapa á su yugo. ¡Ah, la curia con todas sus ramificaciones!). Mas el remedio al precio alto con que está tasado el *derecho* en el presupuesto contrasta con la baratura con que circula el deber.

ANSELMO FUENTES.

(Continuará.)





EL LICENCIADO DON DIEGO DE COLMENARES

Y SU HISTORIA DE SEGOVIA
Y COMPENDIO DE LAS PRINCIPALES CIUDADES DE CASTILLA

(Continuación.) (I)

Cuando Colmenares se dispuso á escribir su *Historia de Segovia*, se encontró con la revolución que habían producido las patrañas inventadas por el Padre Román de la Higuera y sus secuaces, y él, que era amante de todo lo que contribuyera al esclarecimiento de la historia de la ciudad que le vió nacer, no tuvo la suficiente entereza para rechazar aquel aparente tesoro de noticias que tan á la mano se le presentaba, y ansiando llenar los vacíos que encontraba al hacer la Historia de Segovia, aceptó como bajados del cielo aquellos cronicones donde se daban resueltas todas las dificultades que á él le parecían insuperables y donde se presentaban del modo más sencillo aquellos hechos de los cuales hasta entonces no se había tenido la menor noticia.

Colmenares se encontró que los historiadores de otras ciudades admitían con júbilo los santos y obispos que tan generosamente les daban aquellos cronicones, y él, siguien-

(1) Véase la página 273 de este tomo.

do esta corriente, que era general en su época, acepta lo que dice Destro y en el capítulo IV de su Historia inserta el siguiente pasaje de aquel supuesto autor:

«Sanctus Hierotheus, natione hispanus (quem à Paulo conversum discipuli sui Dionysii gloria clarum fecit) ad Hispanias se contulit; prius Episcopus atheniensis; post Segovie in Arevacis Episcopus sanctitate mirandus habetur. Anno 71»; esto es: «San Hieroteo, de nación español (que convertido por San Pablo le hizo esclarecido la gloria de San Dionisio su discípulo), vino á España habiendo sido primero Obispo de Atenas, después Obispo de Segovia en los Arevacos, es tenido por admirable en santidad. Año 71».

«Esta es la noticia, dice á continuación (§ V del mismo capítulo IV) el historiador segoviano, que tantas y tan doctas plumas a ocupado y con tan pocos aumentos de luz que parece reserva para sí la divina misericordia, de cuya inmensidad esperamos tan soberano fauor, pues no permitirá que siempre se ignoren acciones exemplares de vno de los mayores padres (después de los Apóstoles) que veneran ambas Iglesias griega y latina». En tanto (llevados de la deuoción y deffeo) diremos con breuedad lo que conjeturamos sobre esta noticia de Destro». Así se expresa el célebre Colmenares, y cuando parece, según de estas frases se desprende, que va á hacer un estudio crítico del párrafo que presenta del supuesto Destro, reduce todas sus conjeturas á comprobar lo que dice este autor acerca de la nacionalidad de Hieroteo, citando varios escritores que, llenos de credulidad, se inspiraron en él, y que, por consiguiente, afirmaron también que San Hieroteo era español, cita, por fin, un trozo de los *Adversarios* del falso Luit Prando, que dice que «Hieroteo, habiendo sido Gobernador de Tarra-gona, por Tiberio, pafsó año de cuarenta y cinco á Chipre, donde, oyendo á San Pablo, se convirtió y le siguió»; y dice luego que, habiendo acompañado á este santo, le dejó por Obispo en Atenas, donde estuvo tres años, habiendo renunciado después; pero Colmenares se encuentra sin saber en qué entretenerle hasta hacerle aparecer luego como Obispo de Segovia, y sale del paso diciendo: «aunque ignoramos

(§ VIII) su ocupación después de renunciado el obispado de Atenas, parece se volvería á la compañía de San Pablo», etc., y acomodándole ya otra vez con el Apóstol de las gentes, de admitir, como lo hace el cronista segoviano, su venida á nuestra patria, no cuesta gran trabajo creer que le acompañara aquel discípulo que había dejado la sede de la culta Atenas por seguirle; y haciéndose Colmenares, sin duda alguna, reflexiones análogas á ésta, dice en el mismo capítulo, § IX: «Viniendo, en fin, San Pablo á España, como dexamos escrito (año 64) y predicando en Toledo y su comarca, pasó sin duda á estos pueblos Areuacos y dexó por Obispo de nuestra venturosa ciudad á su discípulo divino Hieroteo, como escriue Destro», y continúa diciendo (capítulo IV, § IX) que «causaba admiración su santísima vida, convirtiendo y enseñando á nuestros segovianos; y fundando nuestra Iglesia con advocación tutelar de la Anunciación de Nuestra Señora, etc.» Dice después (§ X) que en ambas Iglesias, griega y latina, se ignoran lugar, tiempo y modo de su muerte; pero esto no le da que pensar y se limita á esperar con gran credulidad que «alguna dichosa diligencia lo descubra (lo que es más seguro), la inmensa misericordia divina se digne hacer tan soberano fauor á su Iglesia... Pues ya comenzó el fauor con el descubrimiento de su cabeza en el Convento Cisterciense de Nuestra Señora de Sandoval (1), junto á León, en 5 de Abril año 1625...»

Por esto se demuestra que Colmenares creía sin recelo las patrañas que inventaban los que siguieron al Padre Román de la Higuera, con el objeto de afianzar y dar alguna aparencia de autenticidad á las muchas fábulas que urdieron, dejándose llevar por su exaltada imaginación.

(1) Sobre este célebre descubrimiento se escribió un libro titulado: «Invención felicísima de la cabeza del divino Hieroteo, hallada á cinco de Abril del año MDCXXV en el monasterio de Nuestra Señora de Sandoval, de la orden del glorioso Padre San Bernardo», por D. Fr. Tomás Bravo de Mendoza, impreso en Salamanca, año de 1625, en 4.^o

El Marqués de Mondéjar (*Discurso histórico por el Patronato de San Frutos*) impugna la exactitud de esta invención, é insiste sobre lo mismo en sus disertaciones eclesiásticas.

Cit. por Baeza: *Apuntes biográficos de escritores segovianos*, págs. 215 y 216

Es gran lástima que el ilustre cronista de Segovia no hubiera alcanzado los tiempos en que el Marqués de Mondéjar, no pudiendo presenciar en silencio cómo se arraigaba en la conciencia del pueblo y aun entre los hombres instruídos la mal tramada conseja de la vida y obispado del falso Hieroteo, levantó su autorizada voz y descubrió el fraude en su *Censura de historias fabulosas* (1), pasando desde entonces, todo lo relativo á tan *divino* prelado á la región de las fábulas greco-hispanas (2).

Si Colmenares hubiese podido penetrarse de las juiciosas ideas del erudito Marqués de Mondéjar, hubiera ganado mucho esta parte de la Historia de Segovia; pues es indudable que habría descartado todos estos hechos, que aceptó «llevado de la devoción y deseo» y en vista de que, aunque lo habían tratado ya doctas plumas, no consiguieron hacer luz en asunto de tanta importancia, por la falta de datos en que basar las investigaciones.

Admitido por el diligente licenciado D. Diego de Colmenares que San Hieroteo fué el primer Obispo de Segovia, no hace ninguna consideración acerca de la falta absoluta de noticias de los prelados sus sucesores, y sin excitar su curiosidad el caso raro de que en más de quinientos años no haya quedado ninguna memoria de ellos, dice sencillamente (cap. IV, § X): «También nos falta la noticia de los sucesores de este gran prelado y obispos nuestros hasta el tercer Concilio toledano, año quinientos ochenta y nueve.

(1) «Discurso histórico por el Patronato de San Frutos contra la propuesta cathedra de San Hierotheo en Segovia», por D. Gaspar Ibáñez de Segovia, Marqués de Mondéjar. *Cæsar Augusti*, editus apud Joannis de Har MDCLXVI, in 4.º, cita esta obra Nicolás Antonio en su *Bibliotheca vetus*, tomo I, cap. 79.

Contra estos discursos escribió en el mismo año el Dr. D. Cristóbal de Moya, canónigo de la Santa Iglesia segoviana, un tratado apologético en favor de la cátedra de San Hieroteo en Segovia. Además, el Obispo de aquella ciudad D. Diego Escolano publicó en el año siguiente, 1667, el Cronicón de San Hieroteo, en el que apoya el tratado del Dr. Moya, amplía las objeciones contra el Marqués de Mondéjar y establece rezo á San Hieroteo como á primer Obispo de Segovia.

(Véase la nota 39 del tomo I de la obra de Colmenares hecha en Segovia en 1846.)

(2) *Historia eclesiástica de España*, por D. Vicente de la Fuente.—Madrid 1873. Véase la segunda edición, tomo I, párrafo 15, pág. 66.

Dios las comunique para que veneremos sus memorias y encaminemos nuestras acciones á imitación de las suyas».

El Padre Argáiz, uno de los que más contribuyeron á esparcir los falsos cronicones, habiendo examinado la obra de Colmenares, dice de ella que está escrita con mucha verdad y erudición, y confiesa que no ha leído cosa que más le haya satisfecho (1). Este benedictino, en su empresa de dotar á todas las ciudades de santos y Obispos, debió observar en la *Historia de Segovia* que su autor, al expresar su religioso deseo de que Dios comunicara las noticias de los Obispos que se desconocían desde San Hieroteo hasta el año 589, dejaba el terreno preparado para que algún *suceso milagroso* las descubriera, y no debió echar en olvido esta circunstancia, pues vemos que en su *Población eclesiástica de España* (impresa en Madrid, 1667), en el tomo I, pág. 90, hablando de *Segovia* presenta sus obispos y da á conocer no sólo la cronología de aquellos cuyas noticias ansiaba Colmenares, sino que va aún más allá y enumera dos anteriores á San Hieroteo: San Audilio mr., discípulo de Santiago (segoviano), año 36, y San Epeneto, que era Obispo cuando vino San Pablo, año 64.

No es necesario que me detenga á probar lo fantástico de estos obispos, lo caprichoso de sus nombres y la carencia absoluta de fundamento para sostener su existencia. Grandes críticos han demostrado ya en distintas obras, por todos apreciadas, la enormidad de los errores y lo absurdo de las invenciones del Padre Argáiz y sus compañeros en la propagación de los falsos cronicones; y hubiera yo pasado en silencio noticia tan burda como la que este benedictino nos ofrece, al no haber visto en autores contemporáneos, y en particular dos que escriben acerca de Segovia, que han tomado al pie de la letra esta lista de obispos fabulosos que presenta el Padre Argáiz y la insertan al frente de la cronología de los prelados de la diócesis segoviana, sin hacer ninguna aclaración acerca de ella y cual si fuera su existencia tan evidente como la del Obispo que en

(1) *Teatro monástico de la Santa Iglesia de Segovia*, pág. 297.

la actualidad ocupa aquella sede. Bien sé que éstos son autores que sin la menor noción de crítica histórica y sin tener conciencia de lo que traen entre manos, buscan acá y allá datos y noticias que ensartan de un modo más ó menos censurable; pero como sus libros son muy conocidos entre los segovianos, no he podido resistir á la tentación de hacer aquí estas indicaciones para que se tengan en cuenta al leerlos, y al hojear el más moderno de ellos, no se le atribuya el mérito á que se hace acreedor por los excesivos elogios que le acompañan.

IV

Los que propalaron la supuesta venida del falso Hieroteo á España, inventaron otras varias noticias que sirviesen para comprobar su estancia en la diócesis donde le hacen aparecer como Obispo; así es que, unida con la relación de su episcopado en Segovia, corre la tradición comúnmente admitida de que trajo consigo desde Antioquía, como recuerdo, varias imágenes de la Virgen, citándose entre otras la Virgen del Henar, que cuando predicó en Cuéllar la dejó en la aldea de San Cristóbal del Henar, distante una legua de dicha villa, y la imagen de Nuestra Señora de la Fuencisla, que afirman los que de ella tratan que se hizo en vida de la Santísima Virgen María, y se entretienen algunos escritores en consignar, entre otros detalles, que fué una de las que mandó labrar el apóstol San Pedro y á las que dió color el evangelista San Lucas y que luego la trajo á Segovia su glorioso prelado Hieroteo.

Probado está ya suficientemente que no hubo tal venida, ni, por lo tanto, semejante episcopado, y no admitiendo ninguno de estos dos hechos, por carecer de pruebas históricas en que fundarlos, claro es que, por la misma razón, tampoco se puede admitir la procedencia que se atribuye á las mencionadas imágenes, ni una antigüedad tan remota como la que, siguiendo esta creencia, les corresponde.

Puede afirmarse desde luego, aunque no se puede fijar

de un modo cierto el año en que se labró la imagen de Nuestra Señora de la Fuencisla, que es una de las primeras que en España se veneraron, y precisamente á la falta de noticias fehacientes acerca de la fecha y del artista que la talló se debe el que la tradición haya ido á buscar su origen en lo más remoto; en lo que sería un dato irrecusable para demostrar su más exacto parecido con el original que representa, y por esto han cifrado su empeño algunos escritores en hacer creer que es una de las que se atribuyen á San Lucas, del cual, según la fama popular hay otras varias obras idénticas á ésta en distintos puntos de España.

Sea de ello lo que quiera, pues no es éste el lugar para que me detenga en discutir estos pormenores, parece ser que cuando ocurrió la venida de los árabes á nuestra península, ya de tiempo inmemorial el pueblo segoviano veneraba esta sagrada imagen de la Madre de Dios en una pequeña ermita que estaba situada en la entrada occidental de la ciudad de Segovia, en las peñas que llamaban entonces Grajeras. Sabido es que al extender los árabes su dominación por el territorio español, los cristianos, para librarlos de caer en poder de los sectarios de Mahoma, escondieron en cuevas y torres, en pozos y bóvedas y, en fin, en los lugares más ocultos á la vista del invasor, los objetos más valiosos: allí llevaban las joyas de sus templos, las reliquias de sus santos y las imágenes que más adoraban, siendo muchas en número las que se han encontrado en diversas épocas y en distintos puntos de este territorio. Largo catálogo podría citar de ellas, pero son de todas conocidas, y sólo consignaré que los segovianos, deseando también librar á la imagen que tenían de Nuestra Señora, de que cayera en manos de los infieles, la ocultaron, según el célebre Colmenares, que, tratando de este particular, dice en el capítulo X, párrafo I de su renombrada obra: «En nuestra ciudad el beneficiado D. Sacaro escondió en las bóvedas de San Gil una imagen de la Virgen Madre de Dios que estaba á la entrada occidental de nuestra ciudad, en las peñas nombradas entonces Grajeras y hoy de la Fuen-

cisla, por las fuentes que destilan. Con ella escondió un libro que perdió el descuido de los antecesores y nuestra desgracia, conservándose hasta nuestros tiempos una hoja por guarda ó aforro de un libro de canto de la misma iglesia. Era la hoja de pergamino tosco en que se leía en letra propia de los godos lo siguiente: «Dominus Sacarus Beneficiatus huius almæ Ecclesiæ segoviensis hanc tulit imaginem Beatæ Mariæ de rupe supra fontes, ubi erat in via & cum alijs abfcondit in ifta Ecclesiæ. Era DCC.LII». Estaba la tinta muy gastada del tiempo y divisábase más abajo «Misera Hifpania». Mucho perdimos con este libro, y sin duda la noticia de cuándo, á quién y cómo se entregó nuestra ciudad».

Esta inscripción, que trae Colmenares como encontrada con la Virgen de la Fuencisla, es poco aceptable y dista mucho de tener la fuerza histórica que se requiere. El licenciado Simón Díaz y Frías, que escribió veintitrés años antes que el célebre cronista segoviano las *Encenias de la Fuencisla* (1), no sólo cita la mencionada inscripción que dejó el supuesto D. Sacaro diciendo que era *un escripto de mano de letras antiquísimas góticas*, sino que la copia imitando en lo posible la forma de letra. De este autor la tomó Colmenares recibéndola como buena, y no debió, según parece, alcanzar á verla, pues tal vez si la hubiera examinado no hubiera caído en la ficción, que probablemente tuvo el mismo origen que los falsos cricones.

En efecto, no hay más que fijarse en la referida inscripción, y se ve que está llena de anacronismos que prueban que no debió ser escrita en tiempo de la invasión árabe, pues la palabra *Dominus*, equivalente á la castellana *Don*, era título honorífico que se daba en España á los que ejercían jurisdicción, siendo en un principio muy pocos los que

(1) La obra se titula: «Encenias de la devotissima ermita y nuevo santuario de la Madre de Dios de la Fuencisla y solemnisimas fiestas que en la traslacion de esta imagen hizo la ciudad de Segovia, escriptas por el Licenciado Simon Diaz y Frias».—Impresa en Valladolid por Juan Godínez de Millis, 1614, en 4.º

disfrutaban esta distinción (1); y en cuanto á los clérigos, no se encuentra prueba alguna de que empleasen este título en la época en que D. Sacaro apareció. Si se examina la palabra *Beneficiatus*, que se halla también en la inscripción mencionada, vemos era desusada por los godos, lo cual indica que el ya dicho letrado fué fraguado por alguna persona piadosa pero poco discreta para acreditar el culto de la Virgen de la Fuencisla, cuya venerable imagen no necesitaba esa invención (2) para que los segovianos la adoraran, reconociéndola como especial Patrona de la ciudad y su provincia.

*
* *

Cuando se encontró la imagen de la Fuencisla fué colocada, según cuenta Colmenares, sobre la puerta principal del nuevo templo de la Iglesia Catedral (3), donde estuvo hasta el milagro de la judía despeñada. Tratando de este maravilloso suceso, refutó (cap. XXI, §. I) al licenciado Simón Díaz y Frías, que en sus *Encenias* imaginó que estando en Segovia el Rey D. Fernando III y D. Juan Briena, Rey de Jerusalén, ocurrió el milagro de Mari-Saltos, que fué bautizada por el Obispo D. Bernardo, asistiendo al acto el monarca de Castilla y siendo padrino el de Jerusalén. Á esto dice el cronista segoviano: «Cierto es que D. Juan Breña entró en Toledo en 5 de Abril de 1224 años, y este mismo año volvió á Italia sin volver á España en su vida. Y nuestro Obispo D. Bernardo entró en la villa año 1227, con lo

(1) En el *Diccionario de autoridades*, que compuso el siglo pasado la Real Academia de la lengua española, en el tomo III, pág. 334, refiriéndose á la palabra *Don*, dice, entre otras cosas, que «era título de distinción que se ve poco usado en nuestras historias entre la clase noble, aun por aquellos que hacen en ella gran papel». Y dice luego que una de las varias mercedes que se hicieron al Conde de Cabra fué darle privilegio para que se pudiera llamar don.

(2) Véase la *Historia eclesiástica de España* que escribió V. de la Fuente.

(3) Tratando de este particular dice el Sr. La Fuente en su ob. cit. (tomo IV, cap. I, § 9, pág. 44): «No debió hacerse por entonces gran caso de ella, pues que se colocó á la puerta de la Catedral, que se acabó de construir en 1112».

que parece que no pudieron concurrir al bautismo». Pero Colmenares anduvo á tientas indagando la fecha del milagro por no haber examinado ni leído la obra del Cerratense que tan á la mano ó cerca de sí tenía, como dice el Padre Fidel Fita en un erudito informe sobre la *Judería de Segovia*, leído ante la Real Academia de la Historia. He examinado detenidamente este curioso trabajo, y de él presentaré datos de los principales autores que tratan este punto para que se puedan apreciar las variantes que en ellos se notan.

Fray Rodrigo de Cerrato, en su código *Vitas Sanctorum* (folio 199 v. y 200 v.), refiere con precisión y con la gravedad que le caracteriza el tiempo en que aconteció el prodigio, el fallo injusto de que fué víctima la hebrea y la visión que tuvo al ser despeñada, con todos los pormenores de este suceso memorable, y merece entero crédito este sabio dominico, porque vivió en el siglo XIII, y el mismo dice: «Parum postquam hoc contigit, *ego veni Segoviam*; audivi huius miraculi famam vidi *predictam feminam*; vidi de hoc multos testimonium perhibens».

Ya Fray Alonso Espina, que escribió en 1459, en su *Fortalium fidei*, desfiguró un tanto la verdad de este suceso incurriendo en algunos errores que el Padre Fidel Fita tiene buen cuidado en apuntar.

D. Juan Pantigoso, que en 1523 compuso la *Relación de la traslación que se hizo en la ciudad de Segovia de las reliquias de San Frutos, su patrón, desde el Alcázar á la iglesia de Santa Clara, sábado 25 de Octubre año de mil y quinientos y veinte y dos*, narra también el caso de la judía despeñada, y ya por descuido ó más bien por su poco sentido crítico, equivocó la fecha de la defunción de Mari-Saltos con la del prodigio de la Fuencisla, resultando de aquí otro error cuyas consecuencias vemos bien pronto, pues Calvete en su *Historia de la vida del glorioso San Frutos* (fol. 275 v. 278 v.), anticipa la fecha del milagro y supone que ocurrió en 1204, y continuando esta serie de confusiones en las *Encenias* del licenciado Simón Díaz y Frías, aparece trasformada esta fecha en 1224, y acaso por equivocación puso luego el despeño y muerte de la hebrea en 1237, fecha que

consta como la de su defunción en su epitafio, que está en el claustro de la Catedral. Es lamentable que, tratando un punto tan interesante, no estén en lo cierto aquellos escritores que con más detenimiento trataron de Segovia, siendo esto debido á lo poco que investigaron para encontrar el origen de algunas noticias; pues cualquiera de ellos que hubiera acudido á buscar sus fuentes en los autores más próximos al suceso, habría hallado en el Cerratense un precioso manantial de datos de irrecusable valor en su códice *Vitas Sanctorum* (1), donde trasmitió á la posteridad una gallarda muestra de sus profundos conocimientos.

V

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE
ESTADO BARCELONES

Firme Colmenares en su laudable propósito de recabar para su patria todos los timbres de gloria que contribuyeran á acrecentar su fama, nos presenta á Segovia sirviendo de cuna á una de las mujeres más ilustres de nuestra historia, á D.^a Berenguela la Grande, cuyo nombre inmortal es recordado con entusiasmo por todos los españoles al lado del de otras reinas tan esclarecidas como D.^a María de Molina y D.^a Isabel la Católica.

Al consignar el erudito cronista que D.^a Berenguela nació en Segovia, se apoya para sostener esta opinión en haber confirmado el Rey ciertos privilegios al Obispo y Cabildo de aquella ciudad en Septiembre de 1181, y la razón que da para ello está contenida en las siguientes palabras (2): «Aunque ignoramos el día de su nacimiento (se refiere á doña Berenguela), consta que fué este año, pues antes nunca se nombraba en ninguno de los privilegios que hemos visto», y tra como prueba estas palabras de la ya citada confirmación: «*Cum uxore mea Alienor Regina et cum filia mea Infantis Berengaria, etc.*», y añade que no estando nombrada en

(1) Esta obra se conserva en el archivo de la Santa Iglesia Catedral de Segovia.

(2) *Historia de Segovia*, cap. XVIII, § III.

ningún documento anterior, parece conjetura bien fundada haber nacido la Infanta D.^a Berenguela en Segovia, pues recién nacida no la mudarían.

Fundados en la autoridad de Colmenares han seguido algunos escritores esta opinión, y sin ocuparse de buscar algún dato que diera más luz sobre este particular, en obras de diferentes clases, vemos que ponen en Segovia el nacimiento de esta insigne princesa; pero la ciudad de Burgos le disputa la honra de ser la cuna de D.^a Berenguela, y esta última opinión es generalmente admitida, porque se apoya en inducciones de gran peso (1).

En cuanto á la fecha, que la retrasó el cronista de Segovia en diez años, hay un documento irrecusable. Dice el Sr. Rada y Delgado que consisten las pruebas que alegan los que sostienen que nació en Burgos en que cuando contrajo el monarca sus nupcias con D.^a Leonor fué á esperarla á Zaragoza, donde llegó la ilustre prometida por Septiembre de 1170, acompañada del Arzobispo de Burdeos, y que habiendo pasado el Rey con su consorte á Tarazona y de allí á Burgos en los últimos días del mes de Septiembre, á los once meses aparece ya nacida D.^a Berenguela, y D. Alfonso celebrando Cortes en Burgos para hacerla jurar por su legítima sucesora. «Luego que esta Infanta D.^a Berenguela fué nascida, el Rey D. Alfonso, su padre, mandó facer Cortes en Burgos et fizola jurar por heredera del reyno, et fué fecho ende privilegio, et dado en fieldad et en guarda en el monasterio de las Huelgas de Burgos» (2). El privilegio que indudablemente resuelve la cuestión en cuanto á la época del nacimiento de esta Reina es el otorgado por Alfonso IX al hospital de Jerusalén y á D. Pedro Arias, prior del mismo, en el lugar de Alcubillas, sito en la ribera del Esgueva, cuyo privilegio otorgado en la antigua villa de Ramaga menciona ya á la Infanta Berenguela (*cum filia mea Infanti-*

(1) Véase la página 377 del tomo I de las *Mujeres célebres de España y Portugal*, por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, Barcelona, 1868, dos volúmenes folio con retratos al lápiz.

(2) Crónica general, folio 390. D. Rodrigo, libro IX, cap. V.

sa *Berengaria*), y lleva la data del año 1171, ó sea la era MCCIX (1).

Puede, pues, afirmarse, en vista de los documentos citados, que en el año 1171 nació D.^a Berenguela y que Burgos es la ciudad que tiene más probabilidades de haberla servido de cuna, y creo queda también demostrado (como ya dije anteriormente) que Colmenares retrasó en diez años su nacimiento, no probando este historiador suficientemente que se efectuase en Segovia, como sostiene apoyándose en aquel privilegio que dió el Rey D. Alfonso en Septiembre de 1181, estando en la mencionada ciudad con su familia y corte, á su obispo D. Gonzalo y Cabildo y cuyo original se encuentra en su archivo catedral.

VI

Continúa Colmenares narrando los sucesos importantes que ocurrieron en su ciudad natal, y cumpliendo su propósito de consignar lo más notable que hubiera acontecido en las principales ciudades de Castilla, va á la vez presentando los hechos de alguna trascendencia que en ellas se verificaron; resultando así su renombrada obra una historia particular muy completa, al mismo tiempo que un compendio bastante apreciable de la historia general de España.

El cronista segoviano anduvo siempre muy diligente buscando por cuantos medios tuvo á su alcance las muchas noticias que se necesitan para formar una obra como la suya; manejó un gran número de autores de todos los tiempos y naciones, y cuando revolviendo los archivos ya oficiales ó particulares, de que se sirvió desempolvaba algún pergamino en el que hallaba algún dato que habían omitido los que anteriores á él trataron el asunto á que el documen-

(1) Este privilegio le cita Núñez de Castro en su *Crónica de Alfonso VIII*, pág. 87; el padre Angel Manrique, Obispo de Badajoz, en sus *Anales cistercienses*; existía en el monasterio de Masallano, sito en tierra de Campos, y le inserta D. Juan de Dios de la Rca y Delgado en sus *Mujeres célebres de España y Portugal*, nota 2.^a de la pág. 378, tomo I.

to se refería, se apresura á insertarle en su historia y se complace en consignar que ninguno la había publicado antes que él, como puede verse en diferentes pasajes de su obra.

Escribiendo de aquellos reinados y acontecimientos cuyo estudio ya estaba hecho por la historia general, refleja la opinión de su época, y el juicio que sobre ellos hace no se separa del que ya tenían formado la mayoría de los autores.

Tal sucede refiriéndose á D. Pedro I de Castilla, cuyo reinado ha sido causa de acaloradas discusiones por su accidentada vida y por los trágicos sucesos que durante ella se realizaron. Divídense los que de esto se han ocupado en dos bandos: unos le llaman Cruel, los otros Justiciero, y cada cual alega hechos para demostrar la verdad de lo que sostiene, y cita casos que según se los examine pueden inclinar la opinión á que se atribuya al referido monarca castellano ya el calificativo de Justiciero, ya el de Sanguinario.

En cuanto á Colmenares, sólo diré que desde que empieza á narrar su reinado le trata con el mayor rigor, pues hablando de su subida al trono dice (cap. XXV, párrafo I) que D. Pedro «era de ánimo duro y crédito fácil, robustas fuerzas y pasiones impetuosas, causa de que reinase desconfiando siempre de sus vasallos y ellos mal seguros de su poder; así todo su reinado fué guerras, sangre y muertes». Más adelante, refiriéndose á las instancias que en 1355 le dirigió el Reino para que apartara de su lado á D.^a María de Padilla y viviese como Dios manda con su legítima mujer la reina D.^a Blanca, dice que «la indómita naturaleza del Rey, nada atento á la justicia por quien los reyes reinan, juzgaba á desautoridad que los vasallos osasen proponerle corrección». Cita luego el caso de que habiendo estado en Toledo haciendo pesquisación de los alborotos allí ocurridos, ordenó algunos castigos, y entre otros mandó ahorcar á un viejo de ochenta años que tenía un hijo de diez y ocho, el cual pidió al Rey que le consintiera morir en su lugar porque no pendieran de la horca las canas del anciano.

no, y el Rey aceptó el cambio haciendo ahorcar al joven, y añade: «Parece que no podía haber sido malo padre que mereció tan buen hijo. Advierta esta dureza quien busca abono á las crueldades de este príncipe». Con frases también severas censura la muerte que D. Pedro mandó dar en Sevilla al Rey de Granada y á los 37 caballeros que le acompañaban, «faltando (1) á todas las obligaciones divinas y humanas, sin reparar en el nombre aborrecible que tales acciones habían de causarle en las naciones y siglos siguientes, único freno de la absoluta potestad de los reyes». De lo anteriormente trasladado puede deducirse el juicio que á Colmenares le merecía el turbulento D. Pedro, cuyo reinado ha originado animadas controversias entre los historiadores que de él se han ocupado.

El bastardo D. Enrique se puso al frente de los descontentos, que eran muchos, y habiéndose levantado en armas contra D. Pedro, dieron al Infante el título de Rey y le coronaron como tal. Entró después en Burgos por Abril de 1366, adonde se dirigieron gran número de ciudades del Reino á darle obediencia; pasó luego á Toledo, que hizo lo mismo, y allá envió Segovia sus procuradores que besasen la mano y rindiesen pleito homenaje al nuevo Rey, el cual, estimando la demostración (dice el cronista segoviano en el cap. XXV, § X de su historia), ordenó que sus hijos fuesen llevados á la seguridad á aquella ciudad y alcázar, donde murió el Infante D. Pedro, que, según algunos cuentan, estando asomado á una ventana muy alta se cayó de los brazos del ama que le tenía, la cual, arrebatada por el dolor, se arrojó tras él. El epitafio que se puso en su sepultura dice: Aquí yace el Infante D. Pedro, fijo del Señor Rey D. Enrique II. Era MCCCC, IIII», año 1366.

El Padre Flórez, en sus *Reinas Católicas* (2), refuta á Colmenares y á Salazar demostrando que D. Pedro no murió en la infancia ni fué hijo de la Reina D.^a Juana. Veamos las razones en que apoya su refutación el insigne autor de la

(1) Capítulo XXV, § VIII de la Historia de Segovia.

(2) Tomo II, págs. 672-674.

España sagrada. Dice que no todos los autores hablan de este hijo del Rey D. Enrique, y añade que le extraña que el epitafio le titule Infante, y cree que en esto se fundó Salazar (1) para afirmar que fué hijo de la Reina D.^a Juana; pero niega lo sea, porque en la fecha que este D. Pedro estaba en Segovia la Reina se hallaba en Aragón con sus hijos y vino á Burgos después de coronarse Rey D. Enrique, y permaneció en dicha ciudad con sus hijos hasta que, perdida la batalla de Nájera, se volvió con ellos á Aragón, y esto no se compone con que D. Pedro fuese hijo de la Reina, pues de serlo, estaría con ella como los dos hijos D. Juan y D.^a Leonor; y debía venir con ellos como vinieron los dos y no debía D. Pedro apartarse del lado de su madre, como no se apartaron los demás. Fué, pues, hijo de otra madre, y el título de Infante que le da el epitafio de Segovia muestra que se puso muy posteriormente, pues el mismo padre no le dió tal título en la donación que hizo en Segovia después de muerto el hijo (2), la cual dice que «porque rueguen á Dios por las ánimas del dicho Rey mío padre é de nuestra madre, que Dios perdone, é del dicho D. Pedro, mío fijo, é por la nuestra vida é salud, é de la Reina D.^a Juana, mi mujer, é de los Infantes D. Juan é D.^a Leonor é D.^a Juana, míos fijos é fijos de la dicha Reina mi mujer». Aquí se ve el título de Infantes sólo en los hijos de la Reina y no en D. Pedro. Pero aunque no hubiera más pruebas, basta este privilegio para convencerse de que no fué hijo de la Reina D.^a Juana el expresado D. Pedro, pues hablando el Rey de él, le nombra hijo suyo, y luego tres habidos en la Reina, de los cuales dice «míos fijos é fijos de la dicha Reina mi mujer». Estas dos clases prueban que D. Pedro no era hijo de D.^a Juana, sino de otra, porque si si todos fueran de una, no debía el Rey poner en una clase el hijo suyo y en otra los de la Reina, dando á éstos el título de Infantes y no á D. Pedro; queda, pues, convencido el asunto por muchos medios. En cuanto á la manera que

(1) *Casa de Lara*, tomo III, pág. 223.

(2) Colmenares inserta este documento en el cap. XXV, § XI.

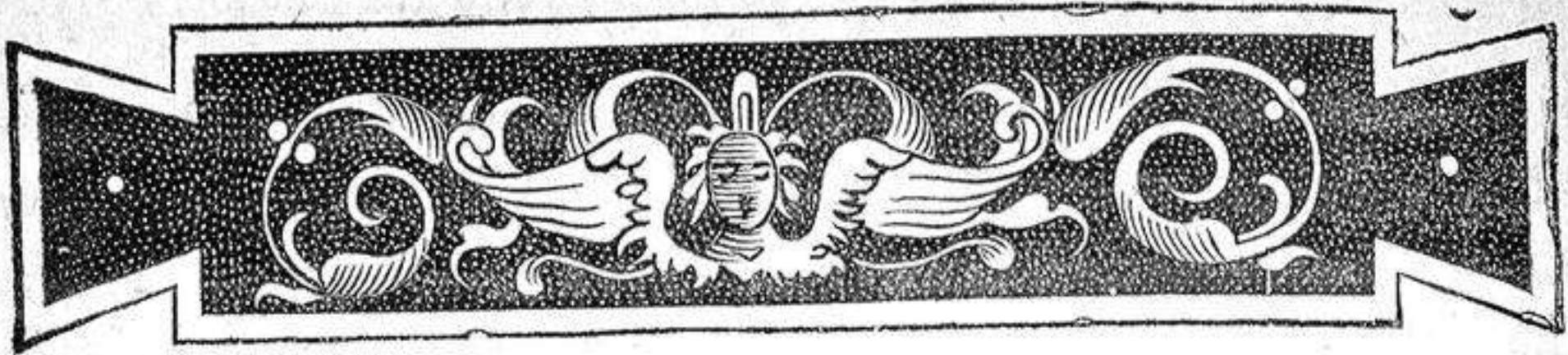
tiene Colmenares de referir la muerte del citado D. Pedro, añade el Padre Flórez: «Si esto denota ser niño de pecho, tiene malos vestidos, pues la ausencia anticipada del Rey más de nueve años antes de 1366, y el fundar capellanes que rogasen á Dios por el alma del dicho D. Pedro, no viene bien á un inocente caído de los brazos de su ama. Tenemos, pues, por cierto que murió en Segovia y que era hijo del Rey D. Enrique II (por el privilegio mencionado); pero no de la Reina D.^a Juana, ni sabemos la edad».

Las razones expuestas por el erudito agustino son de las más evidentes, y prueban el error en que incurrió el cronista segoviano tan sólo por creer de buena fe lo que le contaron respecto á la muerte del citado D. Pedro y por no examinar detenidamente el privilegio que poco después de fallecido éste dió el Rey su padre D. Enrique al Cabildo de la Catedral de Segovia, documento que Colmenares se limitó á insertar en su renombrada obra, del cual hizo un estudio minucioso el ilustre Padre Flórez para refutar (como se ha visto anteriormente) al autor de la Historia de Segovia.

GABRIEL MARÍA VERGARA Y MARTÍN.

(Continuará.)





EN EL NIÁGARA

En el abismo, tumba á su grandeza,
se desplomaba el Niágara tronante,
oda suprema, cántico incesante
que tributa al Señor naturaleza.

De tan soberbio cuadro la belleza
velaba nubarrón amenazante;
quejábase la selva murmurante,
herida por el viento con fiereza.

Súbito el sol mostróse refulgente,
despedazando su ominoso velo;
el iris arquëóse en el torrente,

y pensé que el Autor de tierra y cielo
su obra sublime á contemplar salía
y en ella deleitado sonreía.

SALOMÉ

RECUERDO BÍBLICO

Ya es hechicera, leve mariposa,
que de esplendor y néctar se embiraga
en los verjeles do inconstante vaga
con ala de colores, primorosa;

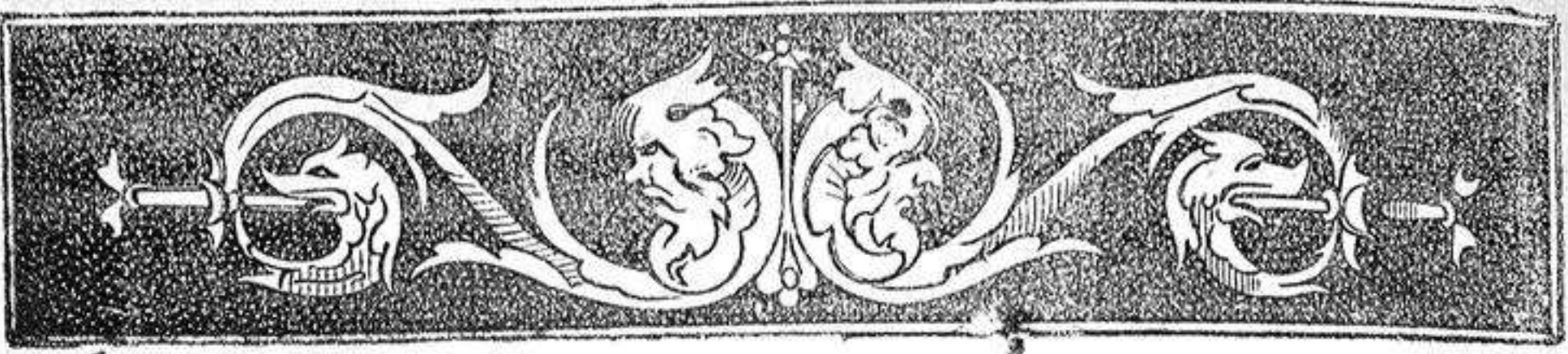
ya se columpia, cual ufana rosa
que el cefirillo juguetón halaga;
ya en el ardor de exaltación aciaga,
huella el pudor, bacante lujuriosa.

Como rendida por cansancio grave,
reclínase después, finge descuido
que muestra más desnuda su belleza,
y con acento que murmura suave,
cual tenue brisa en el jardín florido,
de Juan á Herodes pide la cabeza.

EMILIO BLANCHET.

Barcelona.





LAMBERTITO (1)

Lamberto, desde el mirador de cristales, oculto en la sombra, contemplaba aquella escena; corrían escalofríos por su cuerpo, y su sonrisa sarcástica, aquella meliflua contracción de su boca había desaparecido y un como oculto terror se pintaba en su semblante al ver arrodillada á los pies del doctor á Rosario, á la víctima de sus maldades, herida y expirando su pobre prima. Por perverso que fuera su instinto, malvada su alma y aviesa su intención, no podía sustraerse al temor que infundía en su ánimo aquel cuadro de desolación y llanto; impresión de terror y cobardía que se hizo más ostensible cuando la silueta de un sacerdote, puesto de estola, se asomó al comedor con la urna de los Santos óleos. Aquella majestuosa figura, joven y de severas y distinguidas líneas, le aterró, y tuvo que agarrarse á la barandilla para no caer, pues sus piernas se doblaron repentinamente. La presencia del sacerdote determinó en su corazón un miedo cual el que debe presentarse en el condenado á muerte cuando, leída la sentencia, se le aparece el sacerdote, único consuelo que le resta de una sociedad que le rechaza. La lengua se le pegó al paladar y estuvo por arrojarse al jardín

(1) Véase la página 323 de este tomo.

huyendo de la presencia del que con la Santa Unción venía á abrir las puertas del perdón á su pobre prima, á aquella infeliz víctima de su sed de oro.

Recatóse cuanto pudo en la sombra, huyendo de la luz; su negra alma necesitaba la oscuridad para que en ella no se viera su podredumbre, ni la luz le delatara.

El sacerdote habló algunas palabras con el doctor y, tomando un libro de rezo, comenzó la recomendación del alma. En aquel momento daban las tres, y la brisa de la madrugada comenzaba á agitar el follaje de los árboles y á blanquear el cielo. Era la hora del alba, venía la luz del día, y con ella, entre ráfagas de la pura y dorada luz del sol, envuelta en aquel tamo de oro, acariciada por el aroma de las flores y el cántico de los pajarillos, el alma de Luisa voló al cielo, abandonando la tierra y las miserias de la humanidad corrompida; subió al cielo sin haber manchado la pureza de sus alas, dejando tras sí el perfume de sus virtudes y en el llanto y desconsuelo á sus padres en triste soledad.

XXIX

DESOLACIÓN.

Pintar el cuadro de desolación en que se halló sumida la casa de los señores de Alloza, sería querer reproducir por medio de frases la intensidad del cariño y del dolor paternal, lo cual es imposible. Al amanecer de aquel triste día, Luisa pidió al sacerdote fortaleciera su alma con los auxilios de la santa religión y se despidió de Alfonso y de sus padres, perdonando de todo corazón al autor de su muerte y de las desgracias ocurridas en aquella tarde funesta. Su muerte fué, cual su vida, la de un ángel, y el sacerdote, al notar el último suspiro de Luisa, dejó correr sus lágrimas, exclamando:—¡Un ángel más en el cielo! ¡Ruega, hija mía, por tus pobres padres y éste tu padre de confesión!

El sacerdote, el digno D. Antonio, cayó de rodillas, y abrazado á D. Rafael y sosteniendo entre ambos á Caroli-

na, desvanecida con aquel terrible golpe, lloraron, y aquel amargo rocío llevó consuelo á su corazón abrasado por el dolor.

Alfonso, aterrado, muerto de espanto y como aletargado, continuaba de rodillas, con la mano de Luisa entre las suyas cubriéndola de besos. De sus ojos no escapaba una lágrima; secos, escaldados y enrojecidos, pintábase en su rostro, no la desesperación, sino el desconsuelo. No decía una palabra y contemplaba la hermosa cabeza de Luisa, caída sobre el respaldo de la butaca, lanzando tan sólo hondos suspiros. En la sombra que proyectaban las colgaduras del balcón y casi oculto entre ellas, Lamberto, de rodillas y contemplando el Crucifijo que alumbrado por la luz amarillenta de dos velas se destacaba sobre la negra cruz, oraba y parecía que de sus lacrimosos ojos iba á desprenderse su alma; tal era su descompuesto y descolorido semblante. Los criados de la casa contemplaban arrollidados y arrasados los ojos la triste escena que alumbraba la luz del alba.

—¡Dios nos da la felicidad y los hijos, y él nos los quita! ¡Bendita sea mil veces su infinita bondad!—dijo D. Rafael con trémula voz ahogada por las lágrimas.

—Este es el mundo, miserias y desdichas en este tránsito por la tierra, y en ella templa el Señor, visitándonos, la fuerza de nuestra fe y confianza en sus bondades acatando sus designios.

—Es verdad, D. Antonio; pero el dolor se sobrepone en estos momentos al respeto que á los mandatos del Señor debemos manifestar.

—No, D. Rafael, no; llore usted, descargue su corazón regándole con la amarga lluvia del dolor. Dios pone las lágrimas en nuestros ojos para con ellas templar el humano sufrimiento cuando es herido en sus más sensibles fibras y nuestro pecho destila aflicción. Lloremos y oremos para pedir á Dios, como lo hace D. Lamberto—repuso el buen sacerdote.

En cuanto los periódicos de la mañana dieron la noticia del atentado de Ramón, comenzaron á invadir el cerrado portal numerosas visitas; un dos por ciento de amigos ver-

daderos, con el espanto y el disgusto, corrieron presurosos, hallándose con la triste nueva, más terrible que el hecho del cual venían á consolar á sus amigos y recibiendo del portero aquella funesta nueva. Un diez por ciento de conocidos y en los que la representación de D. Rafael y su posición los envanecía con llamarse amigos de la casa, y un setenta ú ochenta de personas á quienes, sin afectarles lo más mínimo lo sensible del acontecimiento, acudían con el fin de enterarse de lo ocurrido por boca de los dueños y poder luego dar la noticia como tomada de fidedigno conducto, es decir, del propio cosechero, y con ello tema para el rato de conversación de antecomida en el murmuradero de la plazuela de Santa Catalina ó sastrería de honras y reputaciones, entre los desocupados sastres de la holganza provinciana.

Cortó el portero, hombre práctico y conocedor de la falsa sociedad, por lo sano, y hartó de preguntas y averiguaciones, tomó una mesita, puso en ella un pliego de papel y con ello recado de escribir, consignando en la cabecera del pliego la desgracia, y se encerró en la portería, abatido por el dolor que en todos los de la casa había causado la muerte de la señorita y escapando de esta suerte de enojosas y curiosas preguntas é inquisiciones.

Poco más de las ocho eran cuando Julián, acompañado de su madre, entraban en la portería.

—¡Dios mío! ¿Qué es lo que ha ocurrido aquí?—se dijo la pobre anciana en viendo cerrado el portal.

—Madre, aquí hay más de lo que nos han dicho—repuso Julián pálido y convulso.

Llegaron á la portería; el buen viejo, en cuanto vió á los pobres y leales amigos de la casa, prorrumpió en amargo llanto, abrazándose á Julián.

—Hable usted, hable, amigo mío, no tema; ¿qué ha ocurrido? La verdad toda, toda, se lo pido de rodillas.

—¡Julián, Julián, la señorita muerta!

—¡Dios mío! ¿Asesinada por Ramón?

—No; por el susto, al ver herida á Rosario.

—¡Dios santo!—exclamó la anciana cayendo desplomada.

—Rosario, Ro... sa... rio—balbuceó Julián sin voz ni alien-

lo. ¡Herida por su hermano! ¡Ah! Mi venganza va á ser horrible. Ni el infierno me detiene.

—¿Julián, adónde vas?—replicó el portero cogiéndole por un brazo.

—Á matar, á asesinar, á beberme la sangre de ese malvado. Suelte usted, suélteme.

—No, tú no te moverás de aquí: te lo mando, y á un viejo no le desobedecerás. Auxiliemos á tu madre y luego óyeme con calma; yo te prometo ayudarte en todo, y buscaremos al asesino y nos beberemos su sangre.

—¿Se ha escapado?

—No, Ramón está en la cárcel; pero ten por seguro que él ha sido el brazo; lo que hemos de buscar es la cabeza que impulsó al asesino.

—Pero, Rosario...

—Está tranquilo, no tiene nada, tanto que la encontrarás en pie ayudando á las muchachas á arreglar el ángel que nos han robado.

Julián nada contestó, y con el portero volvieron en sí á la pobre anciana, que con sus lágrimas y lamentos partía el alma de su hijo y del buen viejo.

—Ahora ya estás enterado de cuanto ha sucedido; subid, y calma, no matéis más y más el corazón de los pobres señores.

Angela y Julián subieron penosamente la escalera; al llegar ante la puerta temblaban, sin atreverse á penetrar en aquel cuarto, tan lleno de dicha y esperanza ayer, tan lleno de dolor y quebranto hoy. Penetraron calladamente y se encaminaron al comedor, en donde se oía hablar. En él se encontraba el sacerdote, el Sr. D. Antonio, consolando á Alfonso, á quien por fin el llanto había acudido á sus ojos, reduciendo á lágrimas aquella terrible lucha que había sostenido sin poder conseguir el llanto. Alfonso, caído en una silla, lloraba y estrechaba la mano del sacerdote. Al verlos entrar, Alfonso no pudo reprimirse y, abalanzándose al cuello de Julián, le estrechó, diciendo con amargo acento:

—Nos han asesinado, Julián de mi alma; ¡ellas, ellas dos han sido las víctimas!

Julián nada dijo, pero sus lágrimas cayeron sobre los hombros del marqués y juntos, abrazados, lloraron algunos segundos.

—Vamos, vamos, señores, que son ustedes hombres y deben hacerse superiores á la debilidad del dolor. Son católicos, y por tanto confían en la bondad de Dios que á tales pruebas nos somete.

—¿Y Rosario, señor marqués?

—No temas por ella; aun cuando herida, no ofrece cuidado. La Virgen la salvó de la bala, pero no ha querido salvar del espanto á Luisa, y nos ha dejado en el llanto y la desolación; y sus padres, heridos y aletargados por el dolor, no saben ni comprenden todavía la desgracia que sobre todos nosotros ha caído.

—Pero ¿me conocerá Rosario, señor marqués?

—¿Note he dicho que está andando por la casa? En la estancia de Luisa está; no hay quien la saque de allí. Ahora la llamarán.

—¡Ay, qué desgracia, señor marqués!

—Inmensa, Ángela, inmensa. Y Dios quiera que no sea de más alcance tanto infortunio. Pasen ustedes á esa habitación por la galería y llamarán á Rosario.

—¡Ah, señor marqués, yo no quiero irme sin dar un beso á la señorita! ¡Es la última prueba del cariño que la profesaba que le puede dar ya esta pobre vieja! ¡Hija de mi alma! ¡Por qué Dios no me habrá llevado á mí y dejado en el mundo á la señorita!

Y la pobre anciana enjugaba sus llorosos ojos toda temblorosa.

—Venga usted, madre, venga y no aumente con su llanto la pena de los señores.

Y tomándole la mano, la llevó á una de las habitaciones interiores.

Lamberto, en tanto, permanecía haciendo oración arrodillado ante el Crucifijo: pocos momentos antes de la llegada de Julián, el buen sacerdote había arrancado, no sin esfuerzo, á los padres del lado del cadáver de su hija, y por unos momentos quedó la estancia mortuoria abandonada. Un silen-

cio aterrador reinaba y sólo el chascar de las velas con sus oscilaciones le interrumpía. Lamberto volvió la cabeza y se encontró solo con el cadáver, reclinado aún en la butaca: levantóse como asustado y miró con espantados ojos al cadáver, y de costado, y sin apartar su mirada, salió como huyendo de la habitación. Al encontrarse en el comedor respiró con fuerza y cual si le quitaran un peso de encima de á su pecho. ¿Qué era aquello? Para otro, la conciencia que le gritaba; para él, un vago temor ó superstición al cadáver de su prima. Era que comenzaba á recoger el fruto de su obra, con una intranquilidad que no se explicaba, no se daba razón, pues de dársela hubiera sido porque tendría conciencia, y en él no la había.

El comedor estaba solitario: sólo el destrozado espejo con sus brillantes rayas se presentaba como rayos que convergían á su pecho; allí, aun tuvo miedo: parecíale ver á cada momento abrirse la puerta del gabinete y presentarse su prima señalándole y diciendo: «¡Ése, ése es el asesino de nuestra dicha, Alfonso!

Asomóse á la galería y allá en las habitaciones interiores oyó llantos y suspiros, y mezcladas con aquéllos las voces de Julián y de Rosario. Abriéronse desmesuradamente sus ojos, y quiso sustraerse á aquella sugestión que le dominaba y escapó receloso en busca de una tranquilidad que no encontraba.

Huyó al recibimiento y hallóse en él con un guardia civil que entraba con una carta en la mano. La presencia de aquel uniforme, que hasta entonces le había sido indiferente, le hizo correr por su cuerpo un escalofrío y erizarse el vello de su cuerpo.

—¿El señor marqués de Guadaljaque?

—Sí, señor, aquí está. ¿Quiere usted algo para él?

—Esta carta de mi comandante.

—¿Del comandante?

—Sí, señor.

Aquellas palabras del guardia le devolvieron algún tanto la tranquilidad; creía él, por lo menos, que era alguna indagación realizada con el delincuente.

El guardia saludó marcialmente y se retiró, pidiendo antes permiso.

—¡Demonio! ¡Lo que hoy me pasa nunca me ha sucedido! ¡Cualquiera diría que tengo miedo! ¡Miedo yo á los muertos! ¡Tonterías de chiquillos, de que aún no me he curado! Otra cosa es Julián: á ese bruto sí que le temo; y como, por más que me diga, á mí me parece que me conserva ojeariza, y es además tan solapado como yo, de ése es de quien yo me he de guardar, de sus puños, con los que no quisiera poner mi cuerpo en contacto. Hemos llegado felizmente al término de mis propósitos, ya soy heredero de mis tíos y tendría triste gracia el perder el fruto de mi empeño y maquiavélico plan. Hay ahora que andarse con mucho cuidado, no hiciera el demonio, aun cuando no hay por dónde, que se descubriera mi hipocresía. Y, vamos, que ¡maldita la gracia que me ha hecho la presencia del guardia civil! No sé por qué, el tricornio, el gorro ese con sus tres puntas con apariencias Padre Eterno, me ha sabido á rejalgar. ¡Como si á mí me importara un bleo el guardia ni toda la compañía!

Lamberto se entró en el despacho y, tomando del bote del tabaco un cigarrillo, se puso á fumar tranquilamente; pero al oír que alguien se acercaba, cambió repentinamente el aspecto de su cara, tomando un aire tristón y lloroso.

Eran Alfonso y D. Rafael, que con el doctor Machí llegaban para extender el certificado de la defunción. Bajó el pañuelo de los ojos y se arrimó á la estantería, dando un profundo suspiro y apretándose el corazón con ambas manos.

Nada le dijeron, y sólo D. Rafael, al verle tan afectado, se acercó abrazándole y suspirando hondamente.

—Lamberto, ¿por qué no descansas un poco?

—Deje usted, tío, deje usted, que ya descansaremos cuando Dios nos dé fuerzas para resistir tantas pruebas como á las que nos somete su divina voluntad.

—Más debía usted procurar por sí, Sr. D. Rafael—respondió el doctor esparciendo los polvos de la salvadera sobre el escrito que acababa de firmar.—Lamberto es joven, y fuerte

su naturaleza para resistir á pruebas como la presente, y mucho le incumbe el deber de consolar á sus pobres tíos.

Lamberto nada contestó y bastóle levantar los ojos al cielo y asentir con la cabeza á lo dicho por el doctor.

—Pues la escena que ha tenido lugar allá en las habitaciones de las muchachas ha sido también dolorosa—repuso el doctor.—Yo he tenido que dar un antiespasmódico á la pobre anciana y á la herida; y... vamos, que el pobre Julián también tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse.

—¡Infelices! Pero cuando menos allí el peligro por hoy ha desaparecido y aún pueden ser felices. ¡Pero en esta casa ya sólo imperará la tristeza y el dolor entre estos pobres viejos, sin auxilio, calor ni afecto de los hijos, qué son la alegría en nuestra ancianidad.

—Tío, ¿acaso no queda en el mundo quien los quiera á ustedes como padres?

—Sí, Lamberto, lo creo, pero nunca, y no te ofendas, tu cariño podrá borrar la memoria de mis hijos, ni tu cariño y afecto hacer debilitar su memoria.

—Ni tal pretendo, tío; nunca el nombre de sobrino puede ser el de hijo, por más que haga para demostrarlo. Las leyes del corazón no las rompen los hombres, y lo que Dios dispuso respétanlo los hombres.

Alfonso nada decía: comprendía que, muerta Luisa, su representación en aquella familia había de pasar á un estado pasivo y que perdería en intensidad cuanto había estado en el umbral de la puerta de llamarse hijo. La entrada del sobrino le relegaba á un segundo lugar, lugar que sólo una amistad singular podía conseguir después del afecto de familia. No era que la envidia ni los celos se despertaran en su ánimo apagando el dolor que le causaba la pérdida de Luisa, de su felicidad, por la que tanto había luchado, y que de hoy en adelante ya no tendría más dicha que el recuerdo de aquella mujer á quien tanto había amado. Todas sus ilusiones desvanecidas por una infame calumnia; calumnia que, cual se ha dicho, había sido verdaderamente la mancha de aceite; Luisa muerta, Rosario herida, su hermano encarcelado y camino del presidio quien, hasta entonces había sido un

hombre honrado; soledad, llanto y desolación en los padres de Luisa, tristeza y luto en el alma de Alfonso, que de un soplo veía destruída su dicha; soledad nuevamente en su casa, que ya la soñaba alegre y embellecida con la presencia de Luisa. Todo aquel hermoso sueño desvanecido, desplomado cuando sólo faltaban horas para alcanzar la meta de sus aspiraciones; cual el náufrago, se ahogaba en la orilla después de haber luchado contra las encrespadas olas y cuando su mano tocaba ya la peña en que había de hallar su salvación.

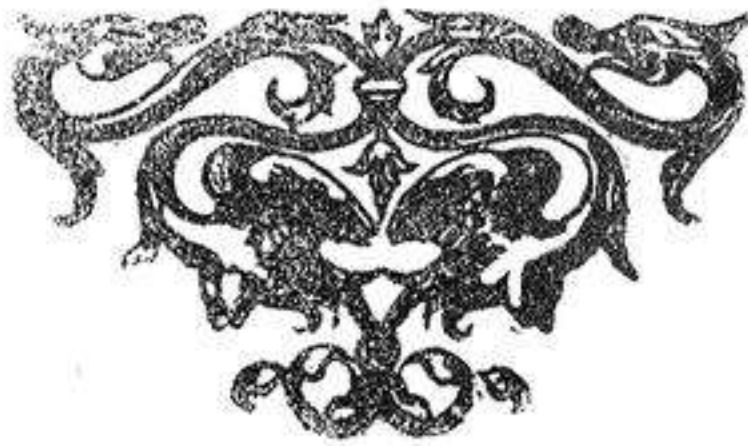
Todo aquel caos de ideas, de desgracias, de muerte y de lágrimas giraba en vertiginoso círculo ahogándole con sus cadenas, cegándole con su dolor. Alfonso, en su delirio, llamaba á Luisa, invocaba el nombre respetado de sus padres pidiéndoles consuelo en su tribulación y fortaleza á la Santa Virgen para conllevar aquel infortunio á que se sujetaba su corazón. Encerróse con Rosario, Julián y su buena madre, la pobre anciana, en la estancia en que descansaba el cuerpo de Luisa. Había sido trasladada á su cuarto; y abierto el balcón que daba al jardín, dejaba penetrar la luz espléndida del sol, cual si con sus haces de dorados rayos quisiera envolver el blanco cuerpo de la joven que dormía el eterno sueño para arrebatarla.

Rosario, sentada en un taburete al lado del ataúd, contemplaba á Luisa silenciosamente y dejando correr sus lágrimas. Angela, de rodillas ante el improvisado altar, rezaban con silbeo continuado, interrumpido por hondos suspiros. Julián nada decía y en pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza caída, contemplaba aquel cuadro de dolor y de desolación. Alfonso entró calladamente y, arriando su cuerpo contra el muro de la galería y cruzadas las manos, oraba mentalmente. D.^a Carolina no parecía por ningún lado, ni era posible: el espanto de la escena de la tarde anterior, la muerte de su hija después de una noche de horrible sufrimiento la habían sumido en un estado de estupor, de indiferentismo, que nada agradaba ni complacía al buen doctor. Habían retirado á la pobre señora á una de las habitaciones interiores, al cuidado de las madres de unas amigas de Luisa.

El padre de Rafael entregó su representación á Lamber-
to, quien quedó con el encargo de entender en todo cuanto
necesario fuera. Alfonso no quiso salir del cuarto de Luisa,
no queriendo abandonarla un momento hasta el en que tu-
viera lugar el entierro, que se había dispuesto para las cinco
de aquella tarde por causa del calor del verano y temores
de epidemias no muy lejanas de la frontera, y allí, comba-
tido por el dolor y acompañado de Julián, que procuraba
sacarle de vez en cuando á la galería, permanecieron hasta
la tarde.

JOAQUÍN CASAÑ.

(Continuará.)





DON JOSÉ DE CÁRDENAS

Y EL PRESUPUESTO DE FOMENTO (I)

VI

EL FONDO DE LAS REFORMAS EN SEGUNDA ENSEÑANZA

Achaques de los años y quebrantos de salud me han obligado á interrumpir en Julio el examen del discurso más intencionado y profundo y de mayor importancia oído en el Congreso sobre instrucción pública, con motivo de los presupuestos, en los debates de última hora.

Quedamos en las eruditas exposiciones del orador acerca de prácticas y de principios más en boga en las naciones cultas. Decía, y decía muy oportunamente el Sr. de Cárdenas que, sumadas todas las opiniones y todas las reformas de los pedagogos de Europa y América, la resultante era una enseñanza general, clásica, sin asignaturas superfluas, pero con las precisas. Y añadió: «Así como el Sr. Cánovas del Castillo pedía, respecto de la protección, la necesaria, yo en cuanto á la enseñanza pido la necesaria, pero con un sistema que, sin ser tan exclusivista que tal vez traiga in-

(1) Véase la página 648 del tomo anterior.

convenientes, sea análogo á aquel á que se acomoda hoy en general la enseñanza, á saber: que sean pocas asignaturas y se aprendan de tal manera que no se abandonen desde el primero hasta el último año...» Hablaba luego el señor de Cárdenas, con su discreción conocida, de exámenes en general, y en particular de los de ingreso, tan necesitados de que se formalicen; se manifestaba sorprendido ante la marcha de los colegios y escuelas sabias ó latinas de los países del Norte, sobre todo de la Escandinavia, y al fin concluía diciendo: «Debo insistir, después de lo expuesto, en que, á mi juicio, las reformas de la segunda enseñanza del señor Groizard no son ninguna revolución, no plantean ninguna novedad, ni sorprenden ni extrañan; porque apenas se ha hecho en ellas más que traducir en hechos los acuerdos del Congreso pedagógico hispano-portugués-americano, que se celebró aquí en 1892».

Esta es la madre del cordero, como vulgarmente decimos. Sabido es que los acuerdos del citado Congreso pedagógico de 1892 provienen de algunos elementos que se inspiran en las viejas opiniones de la Institución Libre de Enseñanza, y nadie desconoce tampoco que los teorizantes pedagogos de la Institución Libre, que tanto han influido de muchos años acá en las decisiones de los Ministros de Fomento, aun arrancando á veces sus afirmaciones de verdaderos axiomas, han tenido la fatalidad de errar grandemente en la aplicación, en la imposición y en el desarrollo de sus buenos propósitos. «Antes que intentar tener sabios, hemos de formar hombres», dicen.—Perfectamente; pero la dificultad consiste en los procedimientos más adecuados para formar hombres. Y por extraviados caminos vienen luego complicaciones y confusiones inadmisibles, errores sin cuento que dictan decretos tan ridículos y absurdos como el de 30 de Septiembre de 1887, impracticado, impracticable y en absoluto contraproducente.

Es una verdad incontestable lo que el Sr. de Cárdenas señala con insistencia. Lo primero que hay que fijar en materia de reformas es el carácter que éstas han de tener. Hemos de ser muy exigentes en este punto.

Tratándose de la base fundamental de todo programa, lo hemos dicho y repetido muchas veces, y no hemos de cansarnos en insistir todavía. Sabido es que el fin de la enseñanza *primaria* es cultivar los primeros desarrollos de las facultades del niño, consagrándose el maestro á dar á conocer principalmente lo más indispensable á todo hombre; que el fin de la enseñanza *superior* ó de *Facultad*, suponiendo una *educación* literaria ya formada, tiene por tarea comunicar el mayor saber posible, y que la *segunda enseñanza* es la obligada á resolver un problema muy distinto: á la segunda enseñanza corresponde dirigir las evoluciones y completar el desarrollo de la vida natural, moral y social del hombre, por lo que de antiguo se denominaba acertadamente estudio de Humanidades.

Dos son los objetos que está llamada á llenar la enseñanza en los Institutos: 1.º, dar la ilustración necesaria, la instrucción general para los usos ordinarios de la vida, al joven de buena familia, al hijo de casa con cierto desahogo que, no pretendiendo terminar una carrera literaria, quiere, sin embargo, ampliar, durante la mocedad y antes de consagrarse á sus propios asuntos, los conocimientos adquiridos en la escuela de primera enseñanza, y 2.º, preparar á la juventud para emprender con fruto una cualquiera de las carreras del Estado.

El cuadro de asignaturas ha de llenar, pues, estos dos objetos, sin que sea práctico ni conveniente que coexistan en los Institutos cuadros generales de índole distinta, porque si cada objeto exigiese diverso cuadro, también lo exigiría cada carrera, que evidentemente necesita preparación distinta, y aparte de la complicación que tal sistema traería, no es justo que se obligue al niño de diez ó doce años, inconsciente y sin experiencia bastante, á decidir de una manera casi irrevocable sobre el porvenir de su vida. En los Institutos debe haber una sola preparación general, un solo cuadro de asignaturas.

Pero lo que nos falta decir es que el cuadro único de asignaturas, del cual hablamos, debe basarse más en la educación que en la instrucción del alumno. La instrucción ¿ha de

serlo todo para el hombre? ¿No hay algo que todavía vale más, algo sin lo que la instrucción no solamente no da todos sus frutos, sino que aun corre el riesgo de producir antes el mal que el bien? ¿No hay algo, en fin, que se desatiende por demás entre nosotros y que se subordina demasiado á la instrucción, es decir, á la adquisición de los conocimientos intelectuales?

Sí; al lado y aun por encima de la instrucción, por encima de la cultura intelectual, es preciso poner de una vez la cultura moral, la educación pública.

La educación se dirige al corazón, á la conciencia; la instrucción se dirige al espíritu. La educación es la cultura del alma; la instrucción es la de la inteligencia. La educación, que desenvuelve en el hombre las grandes y saludables inspiraciones del deber, de la justicia, de la dependencia, de la abnegación y todas las altas ideas que se resumen en la de Dios; la educación, que hace á los hombres morales, como la instrucción hace á los hombres ilustrados y sabios, la educación debe ponerse al lado y aun por encima de la instrucción del hombre.

Es indudable que la instrucción adorna el espíritu, lo embellece, lo enriquece con variados y útiles conocimientos, extiende su influencia sobre la naturaleza y ensancha indefinidamente sus límites. Todo esto es incontestable. Pero esos conocimientos tan preciosos son al fin y al cabo distintos de nuestro ser. Podemos poseer esos conocimientos sin ser mejores, sin vernos realzados en nuestra dignidad, sin ser más acreedores al respeto de nuestros semejantes ni á nuestra estimación propia. Al contrario, la educación, que nos hace penetrar en las ideas del deber, de la benevolencia y del sacrificio; la educación, que da claridad á los pensamientos y presta vigor y energía, y obliga á hacer buen uso de todos los bienes y por consiguiente de los conocimientos adquiridos; la educación, que limita nuestros deseos y nos enseña á vencernos y á subordinarlo todo al bien, se confunde con nuestro ser, lo levanta, lo purifica y lo engrandece. Podremos encontrar á un sabio que no sea digno de estimación; pero un hombre cuya alma esté modelada por una buena

educación será siempre apreciable en su propio concepto y en el de sus semejantes.

Sin la educación, la instrucción es más peligrosa que útil. Sin ella, se enseña á los hombres sus derechos sin inculcarles al propio tiempo sus deberes; se les inspira la afición á la independendencia, sin enseñarles también la subordinación, el respeto y la obediencia legítima; se aviva el orgullo de su fuerza y de su ciencia, sin darles la humillación de sus defectos y el deseo de corregirlos. Sin la educación, pueden, por consiguiente, fomarse jóvenes instruídos, inteligentes y que sepan mucho; pero podrán ser indóciles, rebeldes á toda traba, enemigos de toda autoridad, aun de la más natural y suave, envidiosos de toda superioridad, esclavos de sus inclinaciones y dispuestos á utilizar todos los conocimientos que hayan adquirido para el triunfo de su egoísmo y la satisfacción de su codicia.

Causaba pena ver siempre que personas de buen sentido no abrían los labios más que para ponderarnos las excelencias de una instrucción *integral* y la eficacia de una educación prácticamente científica. Han transcurrido años durante los que sólo han estado en gran predicamento en Europa, y sobre todo en España, aun como medios de educación, las ciencias exactas, físicas y naturales, con evidente menosprecio de las leyes fisiológicas y morales de la cultura. Muchos sabios habían echado en olvido que el hombre no se desarrolla, ni vive, ni se perfecciona solamente con pan, álgebra ó manipulaciones dadas, y quisieron conceder el primer lugar á las ciencias positivas, como también lo reclamaron Spencer, Huxley, Bain y tantos otros, sin pensar—¡ellos, los positivistas!—que la salud es la más apetecible ventaja de la vida, y que nadie podrá negar que la moralidad sea realmente la salud en la vida del espíritu.

Quísose hacer del hombre un operario artístico ó científico, instruído y hábil exclusivamente en su industria; hablóse de *americanizar* al hijo de España y en general al europeo, fomentando ese individualismo, fundado en el interés particular, que olvida lazos y trabas sociales y engendra la anarquía, en vez de formar ciudadanos de altos alientos, enarde-

cidos por el amor á sus hermanos, encariñados con su patria, encarnados con el espíritu público y libres y generosos en medio de todas las esclavitudes de la vida. Afirmóse que los conocimientos de hechos eran superiores á los sentimientos; quedaron desde aquel momento en menosprecio los resortes más influyentes de la educación, y se quiso fomentar la instrucción sin los valiosos recursos que en todos tiempos, y principalmente en el periodo de la vida destinado á la segunda enseñanza, son necesarios para completar el ser humano.

Felizmente pasó de moda el repetido plagio: «Más industriales, más comerciantes y menos doctores». Hay con frecuencia exageraciones que llegan á la utopía y están presentadas en frases de relumbrón que á primera vista seducen. Las familias de los estudiantes de nuestras Universidades saben perfectamente que hay miles de abogados sin pleitos, miles de médicos sin enfermos, una farmacia en cada esquina é innumerables licenciados y doctores que no hallan medio de utilizar sus particulares estudios y se ven obligados á abandonar su carrera para crearse fuera de ella una posición siquiera humilde. Esto y mucho más saben las familias de los alumnos, y sin embargo, no desisten, porque... no tienen otro recurso. ¿Qué ha de hacer de sus hijos el padre de poca fortuna que no es agricultor ni artesano? ¿Qué han de hacer los hijos del jefe ó del oficial de un ministerio ó gobierno de provincia, los hijos del militar de cierta graduación y los del pequeño propietario? No es tan fácil ni halagüeño resignarse á vestir la blusa y ocupar un puesto de aprendiz en alguno de nuestros atrasados talleres de carpintería ó de cerrajas. No siempre hay plazas en el ejército ni son para todos los jóvenes las limitadas escuelas de ingenieros. La senda más socorrida es la de las carreras universitarias, y no hay en muchos casos otro medio que seguir alguna de ellas.

No cabe duda que así crece la fatal empleomanía, y crece tanto, que en las antesalas de los ministerios no caben ya los pretendientes... pero ¿qué otro camino queda? Llamamos pomposamente industriales á los que casi en la miseria

viven de un trabajo manual cualquiera; llamamos comerciantes á simples revendedores, y no es de extrañar que muchas personas no lleguen á comprender entre nosotros la significación de las palabras y hasta confundan al artesano con el artista. Hablamos de industria, de comercio y de artes; achacamos nuestro atraso á la falta de capitales, cuando lo que todavía nos falta son verdaderas escuelas, que bien organizadas no existen en España, aunque el Estado sostenga con lujo establecimientos dedicados á artes y oficios, más caros que las más importantes de nuestras Universidades y pésimamente comprendidos. Están por crear todavía verdaderos estudios de aplicación y especiales, donde se aprenda de qué modo el arte, la industria y el comercio, dejando de ser operaciones meramente mecánicas, pueden ennoblecer al hombre y llevarle por más seguro camino á la prosperidad y aún á mayor honra.

Tal vez sea cierto que muchos malos empleados ó ineptos aspirantes á empleos podrían ser buenos industriales ó comerciantes. Tal vez, pero no suelen ser los hombres de larga carrera literaria los que más fomentan la empleomanía. Algunos abogados sin pleitos ó algunos profesores sin discípulos no son un gran peligro para el Estado; lo son mucho mayor los obreros sin trabajo, los agricultores teóricos sin capital ni tierras, y sobre todo, los que se dedican á breves estudios técnicos y obtienen título en esas pequeñas carreras que nacen y mueren á capricho de un Ministro deseoso de novedades. Las clasificaciones infinitas de las casas de estudio; la creación en una misma capital de unas mismas enseñanzas repetidas en diversos locales; la importancia excesiva dada á las divisiones y subdivisiones ilógicas de un tecnicismo peculiar de cada grupo, son también causas principales que fomentarán la empleomanía.

Los resultados negativos y aun fatales de estas corrientes, cuya influencia se ha dejado sentir más ó menos de muchos años á esta parte en las reformas de enseñanza de toda Europa, han llamado ya la atención de los más eminentes sociólogos, y el mismo Guyau—tan radical en sus teorías filosóficas y religiosas—resuelve ya el gran problema, afir-

mando que la verdadera educación no puede ser la que materializa y esteriliza los cerebros con el agotamiento de sus fuerzas, sino la que los hace cada vez más fecundos con el desarrollo de «capacidades diversas entre variados medios». Se reconoce ya que los sentimientos son muy superiores y muy preferibles á los conocimientos de hechos, y claro es que, entre los sentimientos, son mejores aquellos que tienen por objeto el culto del bien y de lo bello.

Además, la ciencia sistemáticamente positiva había de flaquear al fin extremando sus ideales y propendió á suprimir toda educación moral, relegando á último término los sentimientos religiosos que sirven de freno á los sentimientos egoístas, y desechó igualmente la moral tradicional del deber absoluto y de la sanción, así como todas las instituciones sociales que no descansan sobre el derecho del mayor número.

Era una consecuencia legítima de las premisas sentadas; pero consecuencia que no pueden mirar ya con buenos ojos hasta muchos de aquellos antiguos adeptos del positivismo en todas sus fases.

Nadie desconoce, pues, ahora el poder de la educación, y sobre todo la necesidad imprescindible de educar—más que de enseñar—durante ese período que la juventud consagra á los estudios del Instituto. Así aparece ya en el extranjero una reacción, ó si se quiere una evolución notoria, y principalmente en Italia, cuyas recientes reformas de enseñanza dan el predominio á los estudios morales, sociales y estéticos. Hasta en Alemania, cuna de la escuela esencialmente realista, aparecen marcadas tendencias á unificar en lógico sentido los estudios de segunda enseñanza. En el plan de 1882, los tres primeros cursos de la Escuela (*Real-Schulen*) corresponden á los tres primeros del gimnasio clásico, hasta el punto de que es lícito á los alumnos que se consideren con capacidad bastante para estudios más serios y largos, pasar de una escuela real á un gimnasio. Y eso que en Alemania y también en Inglaterra arraigadas costumbres limitan y suavizan esa pendiente hacia el realismo, pues la familia tiene marcada afición á que los estudiantes todos completen en la Universidad sus estudios literarios generales, an-

tes de consagrarse á las tareas especiales de una profesión ó una carrera. No dejemos tampoco sin recordar que en la novísima reforma de Italia se prescriben tres años de Filosofía en la segunda enseñanza; en el primer año se estudia Psicología descriptiva; en el segundo año, Lógica formal y tradicional, y en el tercer año, Moral privada y social con principios de Derecho y de Política.

En toda Europa aparece la necesidad de que los alumnos sientan y piensen mortificando menos su memoria; la necesidad de una reforma filosófica de los estudios científicos, de tal suerte que pueda llegarse á una buena cultura del corazón y de la inteligencia, fijándose al fin los Gobiernos en que el problema pedagógico es también cuestión de alta política. Sabido es que al inaugurar el Emperador Federico III su reinado dijo al Príncipe de Bismarck:

«Creo que el acierto en la educación de la juventud está íntimamente ligado con las cuestiones sociales. Hemos de hacer accesible á las capas más extendidas una educación elevada; pero hay que evitar que una *semi-instrucción* venga á crear peligros graves, dando origen á pretensiones de más holgada existencia que las fuerzas económicas de la nación no permitan satisfacer. Sería un gran desacierto impulsar solamente la instrucción, descuidando la educación del hombre.» El examen de los hechos no deja dudas acerca de la sabia previsión y gran prudencia contenidas en las anteriores palabras. Claro es que una educación perfecta—sin buscar á toda costa el utilitarismo ó el interés personal é inmediato—debe comprender algunas elevadas nociones científicas, pues sin ellas resultaría incompleta é inadmisibile la cultura general del alumno de segunda enseñanza; pero sería preferible que tales nociones, en vez de ser minuciosas en sus detalles prácticos, hicieran comprender la belleza de la teoría y el alto sentido filosófico á que antes nos referíamos. La enseñanza científica suele ignorar las realidades de orden moral y es menester que no las ignore.

Podrá, sin embargo, objetarse que no todos los alumnos de segunda enseñanza están destinados á carreras literarias, y que muchos, muchísimos, han de consagrarse luego á es-

tudios de las facultades de Ciencias, Medicina ó Farmacia, á las carreras militares ó de ingenieros. Todo esto es exacto; y no obstante, creemos que la objeción no tiene fuerza ni es pertinente, porque abrigamos el convencimiento de que los estudios, por ejemplo, de Fisiología ó de Ciencias naturales hechos en el Instituto, han de servir muy poco al estudiante del Colegio de San Carlos, que se dedicará especialmente á estas materias, y es bien seguro que más falta han de hacerle, andando el tiempo, algunas nociones literarias. Por lo mismo creemos también que, mejor que minuciosos detalles históricos ó geográficos, convienen á la futura gente de letras rudimentos acerca de las evoluciones y de las perspectivas del cosmos... En los Institutos se requiere educación general ante todo; en las Universidades y escuelas especiales, conocimientos técnicos adecuados á cada carrera.

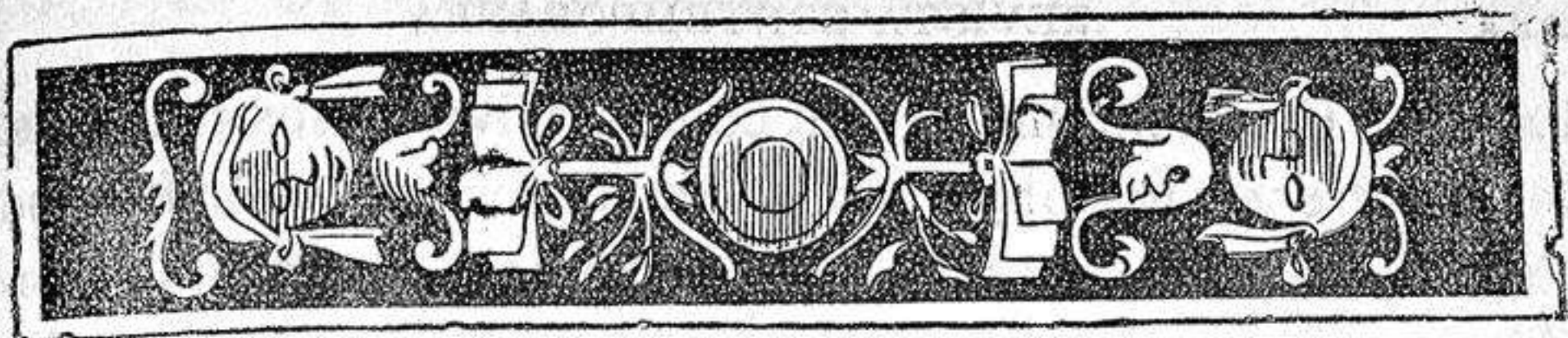
Sentadas estas premisas, y volviendo ahora al plan del Sr. Groizard, ¿qué puedo añadir? Tiene muchísima razón el Sr. de Cárdenas cuando afirma que el Sr. Groizard no ha podido hacer revolución alguna con sus pretendidas reformas, que no plantean novedad alguna, ni siquiera dan idea de un ciclismo que no comprenden; no sorprenden ni extrañan más que por la insistente premura en precipitarlo y perturbarlo todo en un curso, sin organizar previamente nada, sin dictar ni una regla para el pretendido desenvolvimiento gradual de las asignaturas, sin cuidarse de que precediesen las instrucciones más elementales é indispensables relativas á los programas. Ideas de la Institución Libre, retazos del Sr. Sánchez Román y quizás alguna trasnochada genialidad propia, formaron naturalmente en los centros oficiales una práctica monstruosa, imposible, casi acéfala, que con razón hubo de alarmar á profesores y á padres de familia.

Felizmente, el actual Ministro de Fomento, hombre inteligente y de independencia y energía, ha dado al traste con tan funestos ensayos y tantos delirios.

Y aquí interrumpimos, para cobrar aliento, el estudio de la hermosa oración del Sr. de Cárdenas.

E. SOLER ARQUÉS.

(Continuará.)



BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

Le Phtisique et son traitement higiénique (*Sanatorios.— Hospitales especiales.— Cura por el aire*), por el doctor E. P. LEÓN PETIT, médico del Hospital de Ormesson. Prefacio del Dr. Hérard, académico de Medicina.—París, Félix Alcan, editor, 1895.—En 8.º, IV-303 páginas con 20 figuras en el texto. Encuadernado á la inglesa, 4 francos.

La tuberculosis es, más que una enfermedad, una grave cuestión social, que actualmente se presenta en todos los pueblos civilizados, cuya vitalidad disminuye y cuyo porvenir compromete. No carece de interés fijar con cifras la importancia de los múltiples peligros de la tuberculosis humana. Más útil es aún indicar los medios poderosos de que dispone la ciencia moderna de la higiene para luchar contra ese mal, en el individuo y en la sociedad.

Comisionado por el Ministro de la Gobernación de Francia, el Dr. León Petit ha examinado atentamente los sanatorios y hospitales que se dedican especialmente al tratamiento higiénico de la tisis en las principales naciones de

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares.

Europa. Ha hecho un estudio comparativo de los tratamientos que tienen por objeto combatir los estragos de la tuberculosis, los cuales tratamientos se fundan en medidas profilácticas unas y curativas otras, y ahora resume en su libro las observaciones. Alemania y Suiza ofrecen los mejores ejemplos de organización de sanatorios para los tísicos de pago y de establecimientos para los tuberculosos pobres, ejemplos que Francia y los demás países deben apresurarse á imitar. Ya, por lo que se refiere á la tuberculosis infantil, la iniciativa privada ha hecho mucho en la república francesa: los hospitales marinos y el Asilo de niños tísicos señalan el camino que se debe seguir. Falta completar la obra de defensa contra el azote, y el Dr. Petit, que ha sido uno de los primeros en tomar parte activa en el combate social contra la tisis, presenta, con la autoridad que le dan sus trabajos anteriores, un programa que no vacilamos en recomendar encarecidamente á los médicos é higienistas, al Gobierno y hasta á los mismos enfermos.

*
* *

Elementos de geografía astronómica, física, política y descriptiva, para uso de los Institutos, Seminarios y Escuelas Normales, por D. TEODORO DE SAN ROMÁN Y MALDONADO, doctor en Filosofía y Letras, Licenciado en Derecho civil y canónico, catedrático por oposición de Geografía é Historia en el Instituto de Toledo.—Toledo, 1894.—En 4.º, VIII-333 páginas: 6 pesetas.

Basta hojear esta obra del entendido catedrático señor San Román para comprender que ha logrado condensar acertadamente materia tan compleja como la geografía, y, sobre todo, que expone las lecciones con sencillez y claridad tales que el alumno las aprenderá sin dificultad de ninguna clase.

*
* *

La superstition socialiste, por el Barón R. GAROFALO, profesor de la Universidad de Nápoles, etc. Traducido del italiano por AUGUSTO DIETRICH.—París, Félix Alcan, editor, 1895.—En 4.º, XVI-299 páginas: 5 francos.

Hace pocos días que el ilustrado editor de París Sr. Alcan dió á la estampa la cuarta edición de la obra intitulada *La criminologie*, escrita por el célebre pensador italiano Sr. Garofalo, y casi al mismo tiempo sale á luz otro libro del mismo autor, *La superstition socialiste*, que seguramente llamará la atención de todas las personas á quienes interesa el actual movimiento socialista.

Según el autor, el peligro no procede de las clases obreras, cuyos individuos, salvo algunos fanáticos, no se cuidan para nada del colectivismo, cosa tan distante de la vida real. El peligro verdadero reside en la persuasión en que están gran número de personas pertenecientes á la clase media, y aun á la elevada, de que el socialismo denota verdad y progreso. Tal creencia produce, en primer término, el efecto negativo de que se deserta de la lucha de las ideas y queda el campo libre á la propaganda de la doctrina socialista; en segundo término, paraliza á los Gobiernos en el combate que deberían librar al socialismo.

Garofalo opina que importa poner á las clases mencionadas en guardia contra los artificios socialistas; señalar lo que hay de vacío, falso y contradictorio en esas doctrinas seductoras á primera vista, y arrancarles la máscara científica con que se cubren actualmente.

*
**

Otras publicaciones.

Al escritor puertorriqueño F. Degetau y González, autor de «*Juventud*».—Gran número de compatriotas del Sr. Degetau, impresionados por la lectura de su último libro, *Juventud*, proyectaron hacerle una manifestación de simpatía y

adoptaron para ello el procedimiento de recoger en un folleto los juicios que dicha obra ha merecido á la prensa periódica.

Tal es la historia del opúsculo, que, efectivamente, constituye verdadero título de gloria para el Sr. Degetau y González.

San Ignacio de Loyola en Alcalá de Henares. Estudio histórico por M. Serrano y Sanz. Madrid, imprenta de Juan Iglesia, 1895. En 8.º, 46 páginas, 2 pesetas.—Sirven de base á este curioso folleto los muchos datos que proporciona el documento que contiene las informaciones que sobre la vida y costumbres del Santo se hicieron en la ciudad Complutense durante los años 1526 y 1527. Merece plácemes el Sr. Serrano por su diligencia y acierto.

María del Olvido (Narración vulgar), por Luis Vega-Rey. Guadalajara, imprenta y encuadernación provincial, 1895. En 16.º, IV-94 páginas.—Conocido es el autor de nuestros lectores por varios de sus excelentes trabajos. El que motiva esta nota puede asegurarse que, con estar impreso, no ha salido á luz, toda vez que el Sr. Vega-Rey no ha estampado más que 25 ejemplares para regalarlos á los amigos. Como aquel escritor declara, hay mucho de autobiografía en su interesante obrita última, que es un acabado estudio de mujer, desde los puntos de vista psíquico y fisiológico.

Resumen de las observaciones meteorológicas efectuadas en las Península y algunas de sus islas adyacentes durante los años 1891 y 1892, ordenado y publicado por el Observatorio de Madrid. Madrid, tipografía de los sucesores de Cuesta, 1895. En 4.º, XVIII 428 páginas.—Es fruto, como los volúmenes anteriores, de paciente laboriosidad, por la que se han hecho dignos de aplauso el astrónomo D. Carlos Puente y los auxiliares don Francisco Cos y D. Victoriano Ascarza. Preceden al tomo unas breves advertencias escritas con la galanura de estilo y el saludable rigor científico de todas las producciones que firma el ilustre director del Observatorio, D. Miguel Merino.

Ligeros apuntes sobre las supersticiones de Galicia, por don Jesús Rodríguez López. Lugo, imprenta de *El Regional*, 1895. En 8.º, 144 páginas, 2 pesetas.—El autor es literato de nota

y médico acreditado. Divide la obrita en nueve capítulos denominados: Supersticiones en general.—Historia de la superstición.—Causas de la superstición.—Supersticiones en la actualidad.—Supersticiones de culto superfluo.—Supersticiones de culto indebido.—Divinación.—Mala observancia.—Maleficio.

Resulta muy entretenido el libro por la multitud de casos que refiere y las mil ingeniosas observaciones que hace con singular donaire el Sr. Rodríguez López. Lástima que éste no haya quitado á su escrito cierto sabor volteriano, que á trechos le desluce, menos explicable aún porque el autor, médico muy acreditado y de clarísimo talento, es un buen católico.

La Lealtad, periódico del laborioso pueblo de San Feliu de Guixols (Gerona), ha publicado en 1.º del mes corriente un notable número extraordinario que avaloran muchísimos grabados primorosamente hechos. Contiene artículos de los Sres. Jaume, Viñas, Bosch, Artigas, Pujol, Isern, Vidal, etc., y poesías muy inspiradas.

Historia y Arte.—Contiene en el núm. 6.º hermosos trabajos de los Sres. Benot, Ferrari, Gómez Moreno, Danvila y Rodríguez Mourelo. Además lo ilustran cuatro magníficas láminas, dos de ellas al agua fuerte, separadas del texto, y varias incluídas en él.

A.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

EMISIÓN DE 1890

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

Décimonoveno sorteo de amortización.

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 27 de Septiembre de 1890, tendrá lugar el décimonoveno sorteo de amortización de los billetes

hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1890, el día 10 de Septiembre, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, rambla de Estudios, 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 825.000 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 825.000 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 8.250 lotes de á cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, en representación de las doce centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.750.000 títulos emitidos y los 825.000 colocados, conforme á la tabla de amortización y lo que dispone la Real orden de 14 del actual, expedida por el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 8.162 bolas sorteables, deducidas ya las 88 amortizadas en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el Presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo, además, la Comisión ejecutiva, Director gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Octubre próximo.

Barcelona 21 de Agosto de 1895.—El Secretario accidental, *Manuel García*.